ÚNA FINGAL

APÁGAME

zafiro

Sinopsis

Desengañada de su matrimonio y de su aburrida existencia, Suzanne Daniels se refugia en las novelas románticas, viviendo sus fantasías de un modo tan real que muchas veces son causa de problemas o circunstancias hilarantes.

Tras encontrar un enigmático colgante en la calle, se inscribe en el club de lectura de una encantadora librería de Brooklyn y empieza a experimentar, con sorpresa y estupor, las sensaciones inimaginables que le causa la lectura de *Apágame*, una novela erótica escrita en el siglo XVIII.

Empoderada gracias a los pasajes de la historia, se decide a dar un giro radical a su vida y se muda con Tabitha, la librera, a Silverfield, un pueblecito del condado de Cumberland, donde inaugurará una nueva librería. Allí se encuentra rodeada de buenas y divertidas amistades, consigue un trabajo de ensueño y recibe las atenciones personalizadas de Adrien Westwood, un joven paramédico y bombero que le hace perder la cabeza.

Todo es demasiado perfecto… Hasta el fatídico día que pierde el colgante, y al poco tiempo Will, su marido, aparece dispuesto a recuperarla. Los dos hombres lucharán por el amor de Suzanne. Adrien le ofrecerá la vida con la que siempre soñó, Will, la promesa de un hombre nuevo dispuesto a sacrificarlo todo por ella. ¿Por quién de los dos se decidirá Suzanne? ¿Recuperará su amuleto y su sosiego?

Apágame

Úna Fingal

Dedicado a los nobles Book's Wings, Ainhoa, Maty, Miguel Ángel, Paris, Tanya y la pequeña Wings, por darme alas para volar por un mundo feliz

I

Retiré su camisa con la parsimonia precisa para erizar cada centímetro de su piel. De modo deliberado, posé mis trémulos labios sobre su torso firme y musculoso. Allí prolongué una suave succión. Al punto brotaron innumerables corpúsculos, cual setas bajo la lluvia. Los conté y saboreé con la punta de la lengua y así, al final, había dibujado una húmeda senda que me proporcionó tanto placer a mí como a él. No me disgustaba tocar y paladear aquel cuerpo curtido por el sol implacable y perfumado por la brisa de todos los mares. Él gozaba rendido a la lujuria y gemía con los ojos cegados por una venda, mientras nosotras atábamos a la cama sus fornidas extremidades mediante pañuelos de suave seda, al compás de las risas de Muriel. Ella disfrutaba libidinosa, pero yo sentía compasión por aquel bravo marino, que, a pesar de las cicatrices, era bien parecido, muy alto, corpulento, pectoral velludo y rebeldes cabellos oscuros. Con la mayor alegría de vivir asomada a su miembro, éste nos saludaba más erecto que el palo mayor de un navío. Íbamos a desplumar al oficial cuando él creía que disfrutaría de dos putas del puerto. Sin embargo, nosotras distábamos mucho de desempeñar tan distinguido oficio, lo nuestro era el latrocinio, aunque, para ello, mi hermana Muriel en ocasiones me echaba de la habitación y llegaba hasta el final con el infeliz de turno. No era mi caso, yo, virgen intacta, contaba diecisiete años por entonces y aunque había aprendido bien el noble arte del manoseo y las mamporreras, jamás hombre alguno se había adentrado y aliviado en mí. A tales incautos ni siquiera les daba tiempo, porque para cuando abrían los ojos, se encontraban desplumados, atados, erectos, solos y muy, muy frustrados. Así habíamos aprendido a subsistir, abandonadas desde niñas en Liverpool, las hermanas Turner, y nos las apañábamos. Pero aquella tarde, mientras sobaba al atractivo oficial de la Marina Real Británica, sentía algo muy encendido dentro de mí. Un ardor capaz de consumir mis sentidos cuanto más pasaban mis manos sobre sus músculos de héroe griego, y cuando mi sinhueso topó con sus pezones, tan enhiestos como su amiga del alma, noté que los míos también se alzaban como tirados por un sedal y se endurecían como puntas de lanza. Sentí que iban a

rasgar la tela de mi ropa interior a la par que un jugo cálido manaba de mi entrepierna y mi bajo vientre ardía de un modo inusitado, fiero y abrasador.

—Te palpita el higo, ramera, puedo verlo en tu cara —murmuró mi hermana, mirándome con aquella furia suya.

—Síííí, oh síííí… Permitid a vuestros sabrosos frutos palpitar sobre mí y dentro de mí. Mis labios anhelan vuestro néctar. Sed traviesas, preciosas —susurró el marino en el paroxismo de la excitación.

—Seeee, vamos a ser muy traviesas y malas contigo, corazón —silabeó mi hermana, cual serpiente lasciva.

Miré su cosa enorme y agarrotada de puro tiesa, y el fuego que expandía embravecidas olas de lava dentro y fuera de mi flor sagrada ardió y consumió todas mis carnes, quería pegarme a su piel, meterlo dentro de mí, empujarlo y absorberlo con la fuerza de un titán, agitarlo con la furia de una guerrera picta. Luego miré a mi hermana sin comprender y al ver su cara mi fuego se sofocó de repente.

Entonces, Muriel hizo la señal…

* * *

Suzanne Daniels cerró el libro y lo devolvió a su lugar en la pila como si quemara. La había sorprendido su hipnótica portada, en la que una hermosa y sensual mujer envuelta en llamas se mordía el labio inferior en modo sugerente, *Apágame* rezaba el título. «En esta novela erótica…», empezaba la sinopsis. Lo abrió por la mitad y leyó hasta que el carraspeo exagerado de algún cliente la devolvió a la realidad de modo abrupto y con el sentimiento de culpa bien visible en sus sonrojadas mejillas.

—Puede hojearlo tranquilamente, querida, no quema… Aunque no debería mentirle, por dentro da verdadero sofoco, así que si quiere arder… ¡hágalo suyo! —rio pícara una mujer joven, de cabello rubio oscuro y brillantes ojos almendrados detrás de unas gafas de carey.

Se volvió a ella, sobresaltada.

—Sólo miraba… —Su excusa sonó a señora mayor muerta de vergüenza.

Sin embargo, no lo era, cuarenta años recién cumplidos. La librera sonrió comprensiva, mientras por sus ojos desfilaba un luminoso cartel con letras bien grandes: «Por supuesto, querida». Revoloteó unos aturdidos instantes ante las estanterías, mientras

recordaba cómo era que había entrado en el establecimiento.

Caminaba por Remsen Street tras salir de su curso de cocina italiana en el Brooklyn Culinary Institute, derrotada, disgustada y obsesionada por su fracaso con los espaguetis a la *puttanesca*…, ¿cómo había podido olvidar las malditas alcaparras?, cuando algo en el suelo llamó su atención, se agachó y lo recogió. Sus manos sostenían un precioso colgante de plata y brillantes incrustados en una pequeña lámpara como la de Aladino, una delicada joya que alguien había perdido. Miró alrededor tratando de localizar a su propietario, a sabiendas de lo inútil de su gesto, y volvió a fijarse en aquella bonita reliquia. «Parece antigua —se dijo—. Mira que si sale el genio…, —fantaseó—. Si sale el genio, echo a correr y no me para ni King Kong», murmuró con una sonrisa. Acarició la lámpara y la guardó en el bolsillo de su chaqueta tejana, mientras ensoñada suspiraba: «Me gustaría tanto cambiar de vida…». Y entonces divisó un cartel que no había visto nunca: Castle Books, decía en letras rojas sobre blanco, en un emblema con un castillo. Entró en la librería visualizando una voluta de humo púrpura, casi pudo sentir su agradable aroma a chicha de cachimba, una alfombra persa bajo sus posaderas la transportaba en volandas al interior del local. Fuera, la mañana desaparecía bajo la bruma y dentro nada se divisaba con claridad. Entonces sintió un golpe en el hombro y cayó al suelo sin dejar de estar de pie, miró al circunspecto señor mayor con el que había tropezado, que la observaba por encima de unos anticuados lentes y todo resto de nube, alfombra y humo se desvaneció en el acto. Del lugar salían sonidos humanos y conversaciones en tono de murmullos aquí y allá. Se fijó bien y quedó encantada de aquel lugar de ensueño. Anaqueles repletos de libros aquí y allá, madera en el suelo, mostrador rústico, butacas aterciopeladas en verde, lámparas Tiffany, iluminación tenue y, sobre todo, el olor a papel recién salido de la imprenta impregnando el aire. Atenta, la librera observaba su devoción desde el momento en que entró. Igual que ahora, cuando ante su complacida mirada regresó a la ardiente pila para coger de nuevo el mismo ejemplar. Lo abrió al azar y, para su pasmo, sus ojos toparon con un gemido, golpes en la pared, sudor en las camisas, muslos de acero entrelazados resbalando por la escalera…. La boca se le abrió hasta el suelo y ella misma sintió su propia mandíbula caer aún más abajo.

—Si no se decide, tenemos otras autoras europeas contemporáneas, la hornada española, por ejemplo. Está arrasando en todos los mercados. ¿Conoce a…?

Suzanne la interrumpió con un aspaviento.

—No, yo jamás he leído relatos obscenos… Yo…

—Bueno, si no le apetece lo contemporáneo, le puedo recomendar grandes clásicos como Virgilio, D. H. Lawrence, F. Delicado… ¿Sade? No se sorprenda tanto, estas cosas pasan en todo el planeta, todos los días, en todas las habitaciones, o suelos, o rincones de todas las casas del mundo desde que el mundo es mundo, incluso sobre las lavadoras. Es natural que formen parte de la literatura.

—Porque los europeos no tienen vergüenza y son libertinos desde que el mundo es mundo… Yo… lo pensaré —respondió escandalizada y con los ojos abiertos como platos.

—Estas cosas no hay que pensarlas mucho, se compran cuando se tienen delante, si no, la oportunidad pasa volando. Como este libro, tiene auténticas alas y vuela. Éstos son los últimos ejemplares que me quedan… No permita que se lo cuenten. —Su voz sonó a tentación diabólica.

—¿Por qué Anónimo? ¿Es que no tiene autor?

—En efecto, se desconoce quién pueda ser su autor o autora, y esto forma parte de su gran encanto. Se supone que fue escrito por una mujer, debido a ciertos detalles. Lo único que sé es que el manuscrito fue hallado por su editora en un mercadillo, ¿se lo puede creer? Un diario femenino muy antiguo; lo leyó sin conocer su verdadero valor y cuando pasó la última página ya estaba decidida a publicarlo. Lo hizo y el éxito ha sido rotundo, se ha traducido a casi todos los idiomas.

La curiosidad y la pasión lectora se encendieron y crepitaron en el interior de Suzanne. Un fulgor serpenteó a través de sus ojos del color de la miel bañada por el sol.

—Tabitha Waters, su librera, para servirla —se presentó la mujer.

—Suzanne Daniels.

Se dieron la mano.

—¿Le gusta la novela romántica?

—Soy una apasionada de la novela romántica. Sólo leo ese tipo de novelas. Bueno, algunas veces otros géneros, pero...

—Si se anima, puede inscribirse en nuestro club de lectura de novela romántica. Nos reunimos el primer martes de cada mes por la mañana y luego vamos a comer. Precisamente *Apágame* es la lectura de la que hablaremos en la próxima sesión —la animó.

—Parece emocionante. —Su tono no sonó demasiado convincente.

—¿Pertenece a algún club de lectura?

—No, sólo pertenezco a uno de cocina y es de lo más aburrido, tal vez lo comente allí —ironizó resignada.

—Pero asegúrese de hacerlo entre montones de nata… —Tabitha no pudo evitar dar rienda suelta a su buen humor.

En la librería Castle Books se hizo un intenso silencio, pero Suzanne lo rompió con una carcajada cuando la imagen de una lectura erótica con nata ante el estirado chef de sus martirios se adueñó de su mente. Rio con ganas y Tabitha se le unió feliz y aliviada.

—De acuerdo, me lo llevo. —Suzanne pagó y sonrió—: Y puede inscribirme en el club de lectura.

Se despidió.

—¡Excelente! Verás cómo lo comentas con entusiasmo —la tuteó la librera con confianza.

Salió a la calle con la bolsita de papel de Castle Books colgada del brazo, se puso el gorro y la bufanda y recorrió cuanto la rodeaba con mirada brillante. Se llenó los pulmones con todo el aire que pudo acaparar, como si estuviese en la montaña más alta de Utah. Entre los libros vivía sus únicos momentos felices, porque sólo a través de ellos se permitía soñar, volar, sentir enormes emociones y ser ella misma. En la lectura apasionada y voraz de novelas románticas encontraba su válvula de escape y aquella pequeña librería de Remsen Street iba a ser su torre de marfil donde nada malo le ocurriría. Existía otro lugar igual de mágico para ella, el rincón junto a la ventana de su casa donde devoraba páginas y más páginas que la habían salvado de morir en vida, en las que héroes de todos los tiempos se disputaban su amor, porque ella era la protagonista única y absoluta de las interminables historias que se sucedían sin fin.

Abrió los ojos y regresó al tráfico motorizado y al trasiego de gente de Nueva York. No se entretuvo demasiado, tenía tantas cosas que hacer y tan poco tiempo… Caminó por la ancha avenida al ritmo de su lista preferida de éxitos de los noventa. Transitaba ajena al mundo; tras los auriculares y las Ray-Ban, su mente bullía, plagada de todo lo vivido esa mañana.

* * *

En casa de Suzanne, su marido y ella se terminaban la cena en completo silencio; la escena parecía congelada en aquel salón y tan sólo el péndulo del reloj parecía tener vida propia con su latido

opaco.

—¿Qué tal tu día? —le preguntó a su esposo.

—Bah, como siempre

Will Daniels apenas despegó los labios bajo el bigote, que se movía de un lado para otro, mientras masticaba la comida con fruición.

—Se diría que has pasado hambre hoy —intentó bromear ella.

—Siempre llego con hambre, ya lo sabes.

—¿Te ha gustado? Es una receta que he aprendido en…

—No lo sé, pero me ha quitado la gazuza.

—Pero… —empezó a protestar Suzanne con un mohín.

—Ya estamos, tú me preparas la comida y yo me la como. ¿No es lo normal?

«¿Lo normal?», pensó desalentada, mientras, melancólica, lo veía levantarse y desaparecer en la habitación del televisor, sin esperar a que ella acabara. Miró con tristeza su plato y se levantó para recoger. Mientras fregaba, pensó en las dos muchachas de *Apágame*. ¿Qué les habría ocurrido para verse en tal situación? ¿Sería todo el libro así, con aquellas indecentes descripciones? Esa misma noche pensaba averiguarlo.

Con el libro enfundado en tela verde para que Will no la pillara, se metió en la cama. Enseguida llegó él para realizar su impresionante salto sobre el colchón, pero el del cachalote. Provocó un tsunami de sábanas, edredón y almohadas hasta hallar acomodo. Luego de obsequiarla con un festival de truenos flatulentos, los estridentes y guturales sonidos de su garganta tomaron el relevo, para coronar el inicio de una gloriosa noche, donde el blanco satén sólo brillaba en la oscuridad del armario.

Suzanne lo miró con aprensión; había engordado, la piel se le había enrojecido y ya no le quedaban rizos, sólo entradas grises… Dejó de ver a Will y su lugar fue ocupado por una morsa, grasienta y reluciente, de largos colmillos. De pronto, él se dio la vuelta y se le insinuó, con las aletas en jarras le guiñó un ojo. Suzanne sacudió la cabeza y recobró la serenidad al ver que Will ni siquiera se había movido. Entonces abrió el libro como quien se agarra a una tabla de salvación. En cuanto empezó a leer, el mundo circundante desapareció. Ahora deambulaba por las callejas del East End londinense…

* * *

No sabía adónde habíamos llegado, subidas en un carro para

huir de las iras de nuestro último «cliente», con quien el negocio resultó fallido. El buen hombre, casi anciano, tan acaudalado en fondos como en carnes, resultó ser un viejo y taimado zorro. Dejó aviso al posadero de que entrara en la habitación pasado un tiempo prudencial. Prudencial para él y nefasto para nosotras, que hubimos de abandonar el lugar con lo puesto y perseguidas al grito de «¡A la hoguera!». Convencimos a una familia de buhoneros para que nos ocultara entre la quincalla y así fuimos capaces de empezar de nuevo y a salvo bastante lejos de la venganza. Sin embargo, el hijo de los buhoneros, mozalbete precoz, y el sinvergüenza de su padre, intentaron cobrarse el favor en cuanto la madre y las hijas pequeñas se ausentaron. Íbamos a ser forzadas, cuando de un sartenazo padre e hijo perdieron el sentido. La madre había aparecido por sorpresa y, furiosa como los elementos desatados, nos liberó al mismo tiempo que nos echaba a coces.

Refugiadas en un granero, nos comimos los huevos que les robamos a las gallinas y allí, entre la paja, por fin le planté cara a mi hermana.

—Estoy cansada, Muriel.

—¿De qué, Scarlett? ¿De qué estás cansada?

Aunque su tono resultaba amenazante, no me amedrentó, porque yo estaba realmente harta. Quería vivir, otra vida tenía que ser posible. El sol, el bosque, los pájaros, la luna, las estrellas, los ríos con su agua cristalina, ¡la naturaleza era hermosa!, ¿por qué no podía serlo la vida?

—Porque la vida es una puta mierda, a ver si te enteras, estúpida —escupió ella tras mi entusiasta soliloquio.

Yo la miré, muy harta también de que siempre destripara mis ilusiones. Por más que me esforzaba, no lograba recordar ni una sola vez en que me hubiese animado en algo que no fuesen sus planes de asalto continuado.

—Mira, aunque la vida sea una mierda, quiero vivirla por mi cuenta, ¿entiendes?

—¿Y qué vas a hacer para subsistir, linda Scarlett?

—Tomaré esposo o los hábitos, pero anhelo tanto una vida ordenada, sosegada y en paz. Tanto…

—Pues eso no le va a ser posible a la damisela, me temo. Se olvida, señora, de que usted no tiene dote ni dónde caerse muerta, nunca la querrá nadie.

Fruncí los labios e incliné la cabeza. Ya contaba con ello.

—Entonces serviré en una casa de lenocinio, pero nuestros caminos se separan aquí.

—¡Será ramera la muy zorra! ¿Así me pagas todos estos años que te he cuidado y me he desvivido por ti?

—Yo no te pedí que hicieses tal cosa.

—Entonces, ¿qué se supone que debía hacer cuando nos dejaron en casa de aquella alcahueta? Porque, baja de las alturas, princesa, a ti y a mí nos parió una puta, a saber de qué padre cada una. Y cuando se cansó, se largó dejándonos a nuestra suerte. —Cambió el tono despechado por un tierno timbre, dolido, autocompasivo—. Tú eras muy pequeña, y yo… sólo una niña de diez años. Tú tenías dos, había que vigilarte, limpiarte, darte de comer… La alcahueta me puso a trabajar para sufragar tus gastos y los míos. Un día le arranqué el «gusano» de un mordisco al borracho hediondo de turno, te cogí y nos dimos a la fuga. Nuestra primera fuga —rio amargamente.

Yo enmudecí, compadecida y abrumada, pero comprendí que si no la abandonaba en aquel momento no podría hacerlo nunca, porque aquella deuda que yo había contraído de modo involuntario nunca se vería satisfecha. Jamás su mente perturbada y su corazón amargo permitirían mi libertad. Pensé por un momento en cómo actuar y la abracé un largo instante, muy largo, en el que ambas lloramos en silencio, un silencio de muchos años llenos de soledad.

—Eres una mujer valiente —le dije—. Hermosa, inteligente y valiente. Encontrarás a un hombre bueno si te lo propones. Porque hay hombres buenos, aunque tú los odies tanto que no lo creas.

—Eso lo dices tú porque vives esperando un Romeo, pero nadie va a subir a tu balcón, porque ellos nos consiguen cuando quieren y punto. El amor no existe, son cuentos de viejas. Desengáñate, niña. Los hombres mueven el mundo con sus pollas, más grandes o más pequeñas, no importa, son las pollas las que mandan. Me gustaría tener una para mandar en mi propia vida al menos.

—Estás equivocada. El amor existe —defendí con ardor—. Como que cada día sale el sol y se pone.

—Ponme un ejemplo.

—Cuando renuncias a algo por alguien…

—¿Ah, síííí? ¿Y a qué renunciaríais vos, majestad?

—Yo por amor soy capaz de renunciar hasta al amor.

—Capaz… —repitió con sorna Muriel—. Ni siquiera tú eres capaz de entender lo que has dicho. Además, te he pedido un ejemplo, un ejemplo conocido.

—Pues el mío propio, quiero encontrar al oficial de Marina de Liverpool.

Mi hermana estalló en escandalosas y demenciales carcajadas.

Era como si nada pudiera detenerla; cuanto más reía, más me miraba y arreciaba. Fue como una tormenta convulsa hasta que de repente cesó.

—Llevas razón, no quiero tratos con una loca —dijo seca, y se dio la vuelta para no verme más.

* * *

Suzanne totalmente conmovida ensayó todo lo que diría a la mañana siguiente en la sesión del club de Castle Books. Empezaría disculpándose por no haber concluido la lectura. Diría la verdad, que había eludido el contacto con el libro hasta que no pudo más… Y luego lo que no pudo fue dejar de leer.

La mañana del siguiente día empezó con café y una buena discusión. Fue ella quien le dio comienzo, porque Will hizo que se saliese de sus casillas.

—Hoy vendré a comer —anunció tan campante.

—¿Y eso? ¿Cómo es eso? —La voz de Suzanne era la de un amenazante depredador.

—Porque hoy libro, ya te lo dije. Jugaré un partido con los chicos y luego vendré a comer. Una ensalada de atún estará bien.

Suzanne ordenaba botes en un armario y habló de espaldas.

—No puedo creerlo…

—No te comprendo, Suzanne.

—Yo no estaré, pensaba ir a Brooklyn hoy. Prepárate tú tu propia ensalada —le espetó volviéndose.

Will, asombrado, no respondió enseguida:

—Susi, yo me pierdo en la cocina, si ya lo sabes.

—De acuerdo —suspiró—, dejaré la maldita ensalada preparada. Acuérdate de sacarla de la nevera, por lo menos.

—Maldita ensalada —repitió ensimismado—. Entonces, sí que te vas…

—Naturalmente, tengo sesión de mi club de lectura.

Will se rascó la cabeza sin entender qué había hecho mal.

II

Cuando Suzanne entró en la trastienda destinada al club y vio las sillas dispuestas en círculo, la tetera humeante, las tazas, las pastas, la iluminación tenue y respiró el aire empapado del papel acumulado en la infinidad de estanterías, una carga de adrenalina corrió por sus venas y estalló en su cerebro. Al percibir la misma excitación entre las congregadas sonrió y su sonrisa se cruzó con la de Tabitha Waters, que hizo su entrada con una palmada e invitó a todo el mundo a sentarse, cosa que las asistentes hicieron entre alegres murmullos. Por su parte, el único representante masculino del círculo lo hizo concentrado en su libreta de notas.

—Bien —saludó la librera—, empecemos a desgranar este increíble diario de uno de los personajes más impactantes que he conocido en todos los tiempos.

Una nube de ocurrencias a cuál más alborotada se elevó por encima de la silenciosa Suzanne. Ella intentaba retenerlas todas, no sin cierta dificultad.

—¿Verdad que cuando el capitán se enfada y ella lo tira a la charca de las inmundicias se puede incluso oler la peste? Es que las descripciones son absolutamente fabulosas —le susurró una mujer joven de preciosos rizos rubios, tocada con un bonito bonete *vintage*, mientras mordía una galletita—. Soy Miranda.

Ella le dio la razón con un gesto vehemente de la cabeza y se concentró en su té para permitir que alguna otra contertulia respondiera. Así, escuchó con entusiasmo a una compañera, una impresionante, con pinta heavy, de metro ochenta y ojos y cabello negros como el azabache.

—Es que el tío no se merecía otra cosa, menudo capullo. ¿No estás viendo que ella pierde el sentido por ti y aun así la tratas como a una mindundi? Pues claro que se cabrea, patada en los huevos le habría dado yo.

—Le da unas cuantas patadas y puñetazos cuando se la lleva por la fuerza del jardín donde está lloviendo a mares —terció una mujer, con una preciosa rosa tatuada en el brazo.

—De acuerdo, Evelyn, pero en algún otro momento le tendría que haber dado también —replicó la heavy.

—Yo también creo que en algún momento más le tendría que haber dado —dijo Miranda.

—Pero Miranda, tanta violencia no, que entonces sería sado… —defendió Evelyn.

—Me gusta el sado, qué pasa. Justificado, claro —chuleó Morgan, la heavy.

Nadie respondió, la tertulia estaba alborotada y las conversaciones se cruzaban una y otra vez.

—Pues en mi próxima obra de teatro hago de dominatrix —confesó Miranda partiéndose de risa.

—Atención, dominatrix saliendo del armario… ¡¡¡UhuuuUuu!!! —aulló Evelyn en dirección a Morgan y Miranda.

La heavy le lanzó una mirada fulgurante.

Miranda se tapó la boca y soltó risas pícaras. Suzanne parpadeaba escuchando a unas y a otras, movía la cabeza, asentía, bebía té. Observó al silencioso contertulio sentado enfrente, se sonrieron y luego él se atusó el bigote; le dio la impresión de que era un poeta.

—¿Todo el mundo ha llegado al final? —elevó la voz Tabitha.

Sus hermosos ojos almendrados desprendían chispas capaces de atravesar los cristales de las gafas con montura de carey. Suzanne se sintió divinamente hechizada.

—¡Por supuesto, querida! —gruñó histriónica y divertida Miranda.

Suzanne advirtió en sus ojos azules la luminosidad que sólo da la pasión; de hecho, lo advirtió en todos los presentes, a excepción de una joven muy oscura, no de indumentaria, sino de ánimo. Los miraba a todos por encima del hombro bajo su artificioso sombrero fedora, todo era pose en ella, desde la ropa hasta el modo de estar sentada.

—De eso hablamos después —rio Tabitha—. En serio, ¿la habéis acabado todos?

Se oyó «sí» en diferentes tonos, de más alto a más bajo, a excepción de Suzanne, que permanecía con los ojos muy abiertos y los labios muy apretados. La librera le hizo un guiño.

—¿Suzanne?

Ella carraspeó:

—No he podido acabarla. —Enrojeció tras la última vocal.

—Bueno, no pasa nada. Cuidado con los destripes…

—¿Cómo que no pasa nada? ¡Claro que pasa! —espetó la del fedora.

La gente enmudeció, sin dar crédito a sus oídos. Pero la joven

artificiosa prosiguió su protesta con una voz de lo más natural en ella, o sea, de pose absoluta.

—Si yo me he esforzado por acabar esa serie de… escenas patéticas, sólo espero que, por consideración, los demás hayan hecho lo mismo, y si no es así, por lo menos que no asistan.

Ahora fueron diferentes toses y expectoraciones en tonalidades desarmonizadas las que danzaron en el silencioso aire. La mirada de Tabitha lo cortó cual frío acero cuando sorprendió el amago de levantarse de Suzanne.

—Lo siento, puedo volver para la siguiente sesión —murmuró abrumada.

—No es necesario, querida, eso no ha sucedido jamás en este club —la disuadió la librera con doble intención.

—Jamás —aseveró Miranda, sobresaliendo entre las demás voces de apoyo.

—Nunca ha sido necesario —insistió Evelyn.

—De aquí no te mueves —remató Morgan.

La del fedora torció el gesto con actitud desdeñosa y centró la atención en sus uñas de porcelana.

Suzanne, reconfortada, se olvidó de ella y recibió con el máximo placer toda la información referente a la historia de Scarlett proveniente de las impresiones del grupo:

—A mí me asalta una duda, con sinceridad os lo digo —empezó Morgan—. ¿De verdad es una historia real procedente del siglo dieciocho, o se trata de un producto moderno, investido de un aura de misterio, en plan comercial? Ya me entendéis.

—¡Sí! —gritó Evelyn—. ¿Podría ser una historia moderna superbién ambientada, para persuadirnos de su pertenencia al Período Regencia?

—Podría ser —Tabitha se sirvió té—, pero el original existe. Desde su hallazgo, ha sido autentificado, catalogado y está custodiado en Londres, en la Biblioteca Británica.

—Pero es sorprendente —se animó Miranda—, que perteneciendo a esa época y lugar utilice algunas expresiones vulgares, y sobre todo que describa esas pasiones sin pelos en la lengua, vamos…

—Bueno, la autora, o protagonista —Tabitha guiñó un ojo—, admite, y así lo escribe, que lo hace exprofeso, por venganza.

La del fedora murmuró con un resoplido de fastidio:

—Lo que faltaba…

El grupo le lanzó una mirada reprobatoria y la librera prosiguió:

—Sólo se permite su consulta a expertos acreditados. Así que tal

vez esto resuelva vuestras dudas.

Morgan alzó el pulgar y el hombre del bigote dio rienda suelta a su sentido del humor:

—O sea que a mí no me dejarían ni acercarme —rio y una carcajada general lo coreó.

—Entonces sólo diré una cosa —tomó la palabra de nuevo Morgan—: ¡La madre que parió a la autora! O sea, ¡viva la madre que parió a la autora y qué tranquila debió de quedarse cuando la parió! Nunca he leído algo tan sensual a la vez que, si me permitís, tan, tan, tan, ¡lujurioso! Es que se me subían los colores por momentos…

—Lujuria, sí —se lanzó Evelyn—, pero con buen gusto, la verdad. Se suben los colores y entra calorcito.

—Y otra cosa también se te subiría… —rezongó la del fedora.

Evelyn, cansada de ella, le dedicó una desdeñosa mueca con los ojos y la boca fruncidos.

—¿Cómo dices? —La cintura de la heavy describió un giro violento hacia ella, su mirada era un «que te meto», transparente como el agua cristalina, incluso puso la palma de la mano de lado para propinarle una hostia en toda la mandíbula. Propósito que también se veía muy claro en su expresión.

La amargada se revolvió en su silla y desvió la mirada.

—Bien, yo no puedo estar más de acuerdo con vosotras —apoyó el poeta.

—Ilústranos, Larry —lo animó Tabitha—. Qué es lo que más te ha gustado y lo que menos.

—Pues os voy a ser muy sincero. No ha habido nada que me haya gustado menos. Es decir, me ha gustado todo. Me ha resultado algo perturbadora, pero eso es bueno. Me explico. Me ha maravillado porque es sutil y delicada, y precisa cuando interesa. Es difícil que no te ponga a tono, con perdón. Y me admira pensar que nuestros abuelos supiesen más de ciertas cosas que nosotros. Es decir, ¿que nuestros abuelos eran recatados? ¡Anda ya!

—Bueno, pero es porque son europeos —opinó Evelyn.

Suzanne, divertida, recordó sus propias palabras. Larry recuperó su turno con vigor:

—Qué europeos, ni australianos… De Polo a Polo, a todos nos gusta lo mismo.

Las risas y el alboroto hicieron que Larry prosiguiese en tono entusiasta con su exposición.

—Yo tenía un concepto muy negativo de la literatura erótica, debido a algún libro leído con anterioridad, que, la verdad, no

estaba a la altura de lo que uno esperaría encontrar en una buena novela…

—A mí me da mucha rabia que los doctos las califiquen de porno para marujas —saltó Miranda.

Mientras Larry asentía, una joven de vivarachos y dulces ojos color caramelo, como su larga melena de soleadas mechas *balayage*, tomó la palabra:

—Hola, soy Audrey Chambers. Yo también suelo irritarme cuando la gente habla con tanta ligereza de lo que no conoce. Apostaría lo que fuese a que nunca han leído uno de esos libros que crucifican por deporte.

—Pues perderías —saltó engolada la del sombrero—, porque mi profesor de Literatura comparada te hace una disección muy precisa de las novelas que nos pone como ejemplo en el curso de escritura creativa al que asisto, y por supuesto que pierde el tiempo leyéndolas, como dice él.

A Audrey, la chica caramelo, se le dibujó un auténtico signo de interrogación en el rostro, acompañado de sendos interrogantes en lugar de ojos, y otro más se le cayó de la boca. Pero la engolada continuaba ensimismada en su soliloquio:

—Para mí esta novela es un fraude. Está mal escrita, es incoherente, no tiene ningún sentido leerla. Hay momentos en que la atención decae estrepitosamente, porque es muy aburrida, siempre con lo mismo una y otra vez. Una amiga opina lo mismo que yo; ella no pudo pasar del primer capítulo, de la rabia y el tedio que le provocó esta espantosa lectura.

—¿Cómo puede ser eso? —intervino Larry—, si no ha leído prácticamente nada del libro. Si no lo ha leído no puede formarse una opinión.

—Mi amiga es una experta, ¿vale? A ella sólo le hace falta hojear una porción de libro para saber si es bueno o malo.

—Oye, ¿y qué tipo de novelas le gustan a tu amiga, entonces? —le preguntó Morgan.

—Sí, ¿qué le gusta a tu amiga? —se unió Miranda.

—Lo mío, por ejemplo —contestó la del fedora en el colmo de la soberbia.

—Acabáramos. —Miranda perdió el interés.

Morgan dejó caer una mano y miró para otro lado y todo el mundo añadió algún comentario ininteligible.

—¿Tienes algo publicado? —se interesó Tabitha, con un brillo en los ojos muy propio de ella cuando ironizaba.

—No aún, pero varias editoriales muy importantes tienen mi

manuscrito y…

—Excelente, querida —la cortó—. En cuanto esté disponible, nos avisas para que lo tratemos en el club. Te resultará de lo más interesante escuchar algunas críticas altamente estimulantes al estilo de las tuyas.

Alguna risilla se escapó y contagió a más de un asistente. La del fedora se incorporó roja de ira, pero entonces, otra lectora, una mujer joven de piel de porcelana, cabello rubio y ojos azules la retuvo con su interpelación:

—¿Te puedo hacer una pregunta sin acritud? Soy Merit, por cierto. Si no te ha gustado el libro, ¿por qué has venido? En cualquier caso, ¿por qué lo atacas de ese modo? Si no gusta, no gusta por esto o por lo otro, pero argumentos sin ira, por favor.

—Yo puedo hablar de lo que quiera cuando quiera, como quiera y donde quiera, que para algo existe la libertad de expresión —explotó la otra—. Y lo que a mí me parezca un libro tengo todo el derecho a decirlo, porque no hago mis valoraciones para los autores, sino para los lectores. Y nadie me lo va a impedir. Y si a la autora le sienta mal, que le siente, que no hubiese publicado en esa editorial, porque todo lo que publica esa editorial es basura.

Todas las cejas se alzaron al unísono.

—Pero quien haya escrito esta novela ya hace tiempo que no está en… activo, como si dijéramos, ¿te das cuenta de eso? —observó Miranda con suma delicadeza.

La del fedora se encogió de hombros, sacó la lengua y soltó más veneno.

—Eso pretenden hacernos creer…

Nadie le respondió, fue ignorada por múltiples conversaciones paralelas entre compañeros de asiento.

—Estoy harta de escritores frustrados que se fingen lectores —le susurró Evelyn a Suzanne.

—Reconduzcamos este coloquio —se impuso Tabitha—. ¿Qué escena os ha provocado más? —Miró a Suzanne y le guiñó un ojo—. Tú tápate los oídos si lo crees conveniente.

Suzanne soltó una risilla.

—A mí, sin duda, la de una de las reconciliaciones, detrás de los tapices de un elegante salón de baile, en plena Temporada de Londres. Que se pongan en modo manos contra la pared… Ardor, peligro. Él es un empotrador de los que cortan el aliento… ¡Madre del Amor Hermoso! ¡Qué morbo! —fue la intervención de Miranda.

—Pero no me quedó claro si el mayordomo miraba o no miraba… ¿Estaba y no miraba nada en plan *gentleman*, miraba sin

ser visto, o qué coño pasaba con él…? —preguntó Morgan.

Evelyn se sumó a las dudas:

—Sí, el mayordomo… ¿miraba o no miraba?

—Yo creo que estaba, porque era donde debía estar, pero no se permitía mirar ni escuchar, como un guardia real de Windsor —opinó Larry.

—Pues para mí que miraba, escuchaba y disfrutaba —disintió Audrey—, si no, ¿por qué agarra a la cocinera dos páginas después y…? Ya sabéis…

—De acuerdo, pero también se podría considerar que no, porque no llegan a nada, la cocinera rechaza al mayordomo —puntualizó Miranda.

—Sí, después de haberlo calentado —apostilló la chica caramelo.

—Es una idiota, una triste calientabraguetas —espetó la del fedora.

Ignorada por una ardiente conversación que seguía adelante sin ella, oyó a Evelyn decir entre carcajadas:

—A mí me parece que la cocinera es una mujer enamorada y quiere hacerse respetar. Debió de pensar: «Si me quieres tener, te casas, y si no, a tomar viento». De todas maneras, no es la trama principal. Resulta graciosa, pero lo que en verdad nos interesa son los sucesos de Scarlett.

Otra carcajada general empañó la salida precipitada de la del fedora con su «He de irme» más precipitado aún. Con el rabillo del ojo, la vieron abandonar la sala entre altiva y abochornada, sin ser detenida por nadie.

Por su parte, Suzanne no deseaba el fin de aquella reunión, pero el ansia por llegar a casa y seguir con la lectura la consumía de tal manera que no veía llegado el momento de acabar para continuar devorando páginas. Era una sensación contradictoria y vertiginosa.

—Tal vez Suzanne desee añadir algo —la invitó Tabitha.

Ella abrió mucho los ojos, tragó saliva y enrojeció al notar que el corazón se le atravesaba en mitad de la garganta. Hablar en público le producía pánico, así que sólo logró pronunciar con un hilo de voz:

—Estoy muy enganchada. Protagonistas y secundarios son tan…, tan…, tan…

—Fascinantes —la ayudó Morgan.

—Sí, eso es, fascinantes. Yo —carraspeó— me temo que pertenecía al grupo de los prejuiciosos contra la novela erótica. Estaba muy equivocada, ahora lo comprendo.

—Así que ahora eres de las nuestras, ¿eh? ¡Bienvenida! —le palmeó la espalda Morgan, con tal fuerza que le provocó tos.

En ese momento, Merit, se acercó a la mesita y cogió una galleta.

—Me desconcierta que no hayáis mencionado ninguna escena de Muriel. La pobre degenera en picado, de acuerdo, pero tiene escenas muy sabrosas, nada desdeñables y que para mí la hacen tan protagonista como a Scarlett.

—No. Yo no lo veo así. La protagonista absoluta es Scarlett, Muriel es una secundaria importante, pero una secundaria —rebatió Miranda.

Merit cogió una cucharilla para disolver azúcar en su té mientras aceptaba el argumento, pero entonces sus dedos sufrieron un percance y la galleta salió disparada por los aires, hizo una voltereta y fue derecha al escote de Morgan, por donde se coló con absoluta precisión.

—¡Pero ¿por qué haces puntería en mis…?! ¿Por qué a mí? —protestó la heavy.

Metió la mano dentro del sujetador, la atrapó y la lanzó, esa vez fue a parar al escote de Audrey.

—¡Otra vez! —protestó la chica caramelo, sacándose la galleta y dejándola sobre la mesa—. En otra ocasión, Merit acertó en el mismo sitio con una hoja de perejil en la pizzería de aquí delante, donde comeremos.

Risas múltiples.

—Lo siento, fue sin querer… —se disculpó Merit reprimiendo su hilaridad.

—Hay que ver lo que has corrido, hijaputa —le gritó Morgan a la galleta, y la chafó de un manotazo—. Hala, se acabó. Ya no te meterás en las intimidades de nadie más.

—A veces es como si llevásemos etiquetas en las… mismísimas. —Audrey hizo un ademán bajo su busto—. En plan, ¡disparad aquí!

—La próxima vez debéis venir con cuello cisne o sin etiquetas en las… —dijo Tabitha, aparentemente seria, pero con los ojos chispeantes.

Suzanne se oyó a sí misma decir:

—Exacto, queremos tetas sin etiquetas y sujetadores en la hoguera…

Enrojeció por su atrevimiento y se echó a reír nerviosa. Morgan prorrumpió en carcajadas, Larry se tapó el rostro mientras sus hombros se convulsionaban y la audiencia al completo reía desinhibida. Para cuando Suzanne recuperó la calma, se encontró

con los ojos profundamente negros de Morgan mirándola con fijeza.

—Tú vas a tener un cambio en tu vida —le dijo como en trance.

—¿Bueno o malo? —preguntó Suzanne con aprensión.

Morgan se encogió de hombros.

—No me pidas tanto, sólo depende de ti.

Las risas estallaron otra vez y vio a Morgan con una expresión natural, departiendo y riendo con los demás sin mirarla siquiera, como si no la hubiese mirado nunca. Tabitha devolvió la calma a la sala:

—Propongo que terminemos la sesión con una buena comida aquí delante —dijo.

* * *

—Aquí delante está la casa que busca, señorita. Buena suerte —me deseó un vendedor de té de Grosvenor Square.

Descendí las escalinatas y, una vez me hallé ante la puerta de servicio, llamé y esperé un breve momento que se me hizo eterno. Por fin, abrió una circunspecta ama de llaves. La señora Garland, que parecía haberse tragado un bastón, miró con suma desconfianza la tarjeta que le tendí.

—Lady Bickford la recibirá en breve, señorita Philips. Espere aquí hasta que la avise —me dijo muy seria al indicarme el cuarto de las ratas bajo la escalera.

No me sentí en absoluto humillada, era mejor que cuanto había tenido hasta el momento. Y si las cosas me salían bien, podría tener aún mucho más. Tal vez todo lo que siempre había anhelado. Dado que conservé el billetero robado al capitán Merryn Tremaine, averiguar su residencia en Londres resultó fácil, porque contenía tarjetas de visita con sus señas. Enterarse de que su venerable y anciana tía, con quien residía, necesitaba una dama de compañía, fue un juego de niños, pues invertí muy pocos días en sonsacar al vecindario. Conseguir referencias fue coser y cantar, al saber a quién acudir en Whitechapel para hacerme con la mejor carta de recomendación jamás soñada, y tenía el dinero del propio capitán Tremaine para costeármela sin problemas.

No hacía falta nada más que mi gracia para convencerlo y yo tenía mucha, tanta como falta de vergüenza y de prudencia. Él no podía reconocerme, nunca me vio, porque los tratos los hizo con Muriel, yo entré en la habitación cuando ya hacía rato que portaba la venda sobre los ojos, y no oyó mi voz, porque en ningún momento le hablé.

Me amaría desde el principio hasta el fin de los días, porque yo sabía muy bien lo que le gustaba y se lo iba a administrar en las dosis precisas, justas y necesarias.

En cuanto oí unos pasos me…

* * *

—¡¡¡Suzanne!!! ¡¡¡Su!!! —gritó Will desde el piso de arriba. Sus pisadas eran atronadoras.

Suzanne fue arrancada de modo abrupto y despiadado de los brazos de Scarlett y del emocionante episodio que ambas estaban viviendo. Levantó la cabeza del libro, incrédula, con los ojos anegados de una niebla imposible de disipar, en su limbo particular, el lugar donde nadie podía entrar y del que ella no podía salir.

—¡¿Puedes venir por favor?! —siguió gritando Will ante el drama descomunal que le había sobrevenido y sobre el que Suzanne no se atrevía a preguntar por temor a enfrentarse a una tragedia—. No encuentro mis zapatillas de la bolera. Llegaré tarde…

«¿Qué hago con esta joya de la corona que me ha tocado?», pensó, notando cómo subía de grado su enfado. Pasó ante él, abrió el mueble zapatero y le tendió las zapatillas sin decir nada; se disponía a bajar la escalera, cuando notó un azote en el trasero.

—Ayyy, cuando te pille esta noche, bomboncete…

Suzanne recordó con horror que era sábado. Se volvió hacia él y lo rechazó, disfrutando mucho al hacerlo.

—Ni lo sueñes, guaperas…

—¿Qué ocurre, tienes el período?

—No.

—Entonces… ¿renuncias al amor así por las buenas?

Ella le dedicó una mirada fija, frunció los labios y dijo con calma y precisión:

—Yo por amor renuncio hasta al amor…

Y se fue, dejando a Will a medio vestir y con cara de absoluta confusión.

III

Aquélla sería la mañana en que dejaría atrás tantas mañanas grises. La última página de un libro escrito con pesadumbre se cerraba para abrir otro nuevo y excitante, de páginas inmaculadas que aguardaban ser escritas con aventura, locura e improvisación. Harta de horarios y normas, a Suzanne le apetecía ignorar lo que le deparaba el futuro inmediato; le encantaba no llevar reloj, y desconocer si podría cenar o si no comería nada hasta la mañana siguiente. Dónde comería o dónde dormiría era lo de menos. Lo importante era poder estar a solas consigo misma al fin, después de una eternidad. Sólo ella podía decidir sobre su vida. Al cuello llevaba el colgante de la lámpara, lo miró y sonrió. La buena suerte la había acompañado desde que lo encontró y significaba mucho para ella. Conocer a la gente del club de lectura de Castle Books le había llenado el alma de fuerza; le habían enseñado que la vida era para vivirla y no para verla pasar. En cuanto a *Apágame*, sencillamente no podía dejarla, leía sus pasajes con devoción, algunos de ellos una y otra vez, y una y otra vez le mostraban que lo correcto era ser feliz. No quería cerrar la contratapa y dejar el libro en una estantería, no quería pasar el duelo de la magnífica lectura acabada, simplemente, se negaba a dejar de disfrutar de la vida junto a Scarlett.

Quería dar una última vuelta por Brooklyn antes de marcharse, no sabía si para siempre. Seguramente. Miraba a su alrededor e inspiraba con la melancolía de la despedida y la ilusión de lo que está por llegar.

Al rememorar la última semana, las palabras de su buena y querida amiga Elle resonaron en su mente con la misma claridad que si la rubia platino de corte de pelo punk y ojos vivarachos le hablase en ese preciso instante, allí, en la cocina, frente a frente con una taza de café: «¡Olé las narices que tienes, tía!». El detonante no fue otro que el tonteo de Will y Madeleine en la barbacoa ofrecida por sus amigos. Suzanne los sorprendió en la cocina, compartiendo un ínfimo pedacito de tarta. Al día siguiente se cortó a lo bob su larga cabellera castaña, devolvió bases de maquillaje y barras de labios a sus cajas, quemó los «putos» sujetadores *push up* dentro de

un bidón en el jardín, ante la desencajada mirada de Will y de los vecinos, y, tras ser ovacionada por la concurrencia femenina, proclamó que «la vida le apretaba demasiado y quería probar la libertad antes de que se le acabara el tiempo».

—¿Qué tiempo? —preguntaba el atribulado Will, sin obtener respuesta de nadie y escuchando sin entender el monólogo desquiciado de su perturbada esposa:

—Naces y te meten en un parque para bebés, luego en la guardería, luego en el colegio. Creces y te lo prohíben todo hasta que te casas, y cuando te casas sigue habiendo cosas prohibidas y luego… luego te mueres, y una vez muerto, también acabas encerrado, o sea que, ¿qué clase de vida es ésta? Que no, que yo no quiero eso, es gris, es triste, es horrible, es demencial.

El estupefacto auditorio decidió que aquel estallido se debía a un mal beber, sin embargo, ella siguió adelante y Will se quedó más plantado que las lechugas de su huerto urbano. Al día siguiente, sus amigas la invitaron a café. Tras someterla al tercer grado, palidecieron, enmudecieron y perdieron la respiración cuando ella les comunicó tan tranquila que «se iba».

—Bueno, unas vacaciones en solitario suelen ser recomendables, aconsejadas por psicólogos, ¿eh? —rompió el hielo Jane.

Todas se miraban escandalizadas, sin disimular lo más mínimo, y con la intención de difundirlo todo a los cuatro vientos en cuanto llegasen a sus casas claramente dibujada en sus rostros maliciosos.

—No lo habéis entendido —aclaró Suzanne—, me voy, a Canadá, o a México, ¡yo qué sé! Lo que sí sé es que cojo la carretera y recto hasta donde me alcancen el dinero y la gasolina.

Todas se dieron aire con las manos. Sólo la dicharachera Elle, amante radical de la lectura como ella y con un corazón de oro, la comprendió y le dio su aprobación con una sonrisa maternal y un gran abrazo de los que cortan la respiración. Le dijo:

—Haces bien en perseguir tus sueños, porque tú estás hecha de otra pasta. ¡Maldita sea, te voy a echar de menos, pero me alegro infinito por ti! Y que te vistas como antes, te sienta de puta madre, qué quieres que te diga.

Así de categóricas fueron sus bendiciones.

Y, en efecto, haber recuperado el estilo juvenil e informal que solía tener de soltera, vaqueros, camisa ancha, jersey de lana, chupa tejana, botas Panama Jack… le había quitado años de encima.

—Pero ¿qué puede haber en Canadá o en México para un ama de casa aburrida, sin oficio ni beneficio? En fin, perdón, ya me entiendes —exclamó Rita con un carraspeo.

—No lo sé, pero voy a averiguarlo —respondió Suzanne con la barbilla alzada.

Estaba harta de todas ellas, siempre vestidas de negro y con perlas, como si fuesen fiscales, cuando eran sencillas esposas y madres de Ossining. Ni siquiera tenía fuerzas para defenderse de la eterna envidia de Madeleine, de la absurda simplicidad de Rita, o de los constantes alucines de Jane. Desde que podía recordar, sólo de su querida Elle, la única sensata, había recibido apoyo incondicional.

Con respecto a Will, él no sabía ni sospechaba, y jamás creería que su mujer pudiera abandonarlo. Pero ella no iba a volver a casa. Le había dejado una breve nota y una lata de frijoles con chile dentro de un plato sobre el mármol de la cocina, ¡y ya era mucho! Conduciría dirección norte, hacia Maine, y luego ya vería, tal vez Portland. Al sentir angustia, se detuvo en un Starbucks y pidió un café con leche de almendras, vainilla y caramelo para llevar. Cuando se alejó por una estrecha calle con su café calentito entre las heladas manos y desembocó en el Bridge Park, se sintió mejor. Deambuló y al final tomó asiento frente al East River. Acarició su ejemplar de *Apágame* dentro del bolso y miró el río; impregnó su espíritu de él para despedirse. «Adiós, Nueva York, sé que hago lo correcto.» Entonces, de modo inconsciente, palpó la lámpara de su colgante mientras suspiraba anhelante: «Es hora de cambiar de vida, ¿no? Ya es hora. ¡Deseo tanto encontrar mi lugar en la vida y vivir feliz!».

* * *

—Vivirá muy feliz si se convierte en mi amiga y complace mis pequeños caprichos —me dijo la anciana Tremaine con especial interés, mientras sujetaba con fuerza inusitada mi antebrazo.

Yo la escuchaba con íntimo regocijo.

—Estoy segura —prosiguió con énfasis— de que en cuanto la conozca, mi testarudo sobrino quedará prendado de usted. Es hermosa y sería una buena madre para sus hijos… Pero los lobos de mar son… tan solitarios y desvalidos en tierra firme, ¿verdad?

La miré con la inocencia de una doncella avergonzada:

—No soy digna de tanto afecto, estimada señora. Sólo soy una huérfana sin fortuna.

—Jamás vuelva a despreciarse ante mí, señorita Philips. Durante este año ha sido usted mi alegría y mis ganas de vivir. Me ha leído con la voz más hermosa, me ha permitido vivir mil aventuras,

apreciar infinitos paisajes, escuchar la música celestial de las mismísimas aves del paraíso, disfrutar la fragancia de maravillosas flores. Con sus razonamientos, carentes de la estupidez y el fingimiento que se estila en sociedad, me ha permitido disfrutar del mundo. Querida Scarlett, usted me ha regalado la complicidad de la hija que jamás tuve. Usted es mi ángel y sólo deseo procurarle la seguridad y estabilidad que merece.

Scarlett tomó la mano huesuda de la anciana:

—Si pudiese recordar una madre, no sería mejor que usted, porque usted, señora Tremaine, lady Bickford, quiero decir…, es la única madre a quien yo podría amar. La única con quien yo podría soñar.

Scarlett no se dio cuenta de que había abierto su corazón por completo y de que la sinceridad de su alma había surgido a través de él. La mujer enjugó una lágrima de emoción, la miró y apretó aquella delicada mano de piel muy blanca:

—Usted le dará a Merryn un buen hogar al que desee regresar, estoy convencida, querida.

La miró de un modo enigmático con sus ojillos grises y acuosos y añadió:

—En Pendleton. En Cornualles.

* * *

«Cornualles…» Suzanne se despertó sobresaltada en el motel donde había parado para pasar la primera noche de su huida. Apoyada sobre los cojines de la cama, con la novela entre las manos, las luces encendidas y vestida. Así se había dormido. Tomó el desayuno comprado en una gasolinera. Consistía en un café con leche y un *muffin* envasado. Se lavó la cara en el destartalado baño y, al verse en el espejo, se guiñó un ojo y se alentó: «Venga, preciosa, puedes hacerlo». Tras devolverle la llave al recepcionista, se dirigió a su todoterreno azul oscuro. Se sentó al volante y tiró el bolso en el asiento trasero sin mirar. Por eso no vio caer el colgante de la lámpara sobre la alfombra. Sintonizó su lista de reproducción favorita, siempre éxitos de los 90, y arrancó. Avanzaba dejando tras de sí montañas, arboledas y matorrales desdibujados. También los recuerdos quedaban atrás, como el polvo del camino.

Como su otra pasión, la fotografía. Soñó tantas veces con fotografiar un atardecer en la sabana… Un sueño olvidado, porque nadie creyó jamás en ella. «Sus cosas —decía su familia condescendiente cuando era soltera—, ¡cuántos pájaros en esa linda

cabecita!»

Will se reía como un auténtico Neandertal. No era mal tipo, pero era la clase de persona que pertenece a su medio natural, rupestre hasta la médula, aglutinado al cemento de sus edificios desde los cimientos, sin más miras que levantarse cuando salía el sol y acostarse cuando se ponía. Su concepto de diversión era pasar tiempo con los chicos, sus amigos. En cuanto a su concepto de diversión con ella, comprendía una buena comida y echársele encima cuando le apretaba la necesidad física. Un sábado sí y otro no, cinco segundos de empujones sin sentido, un semigruñido y, hala, media vuelta y a roncar como una morsa agónica, tal era el límite de romanticismo capaz de alcanzar.

Will no quería que hiciese nada que no fuese ser una respetable mujer de su casa dedicada a sus labores. Anacrónico y esclavo del qué dirán, su terquedad en impedir su desarrollo duraba ya quince años, desde su boda, cuando ella tenía veinticinco y él treinta. Bien parecido entonces, seguía siéndolo ahora, pese a haber engordado, pero de qué le servía si se comportaba como un troll. Un bruto obstinado en no arreglarse a la moda, no perfumarse, no cocinar ni recoger ni acompañarla a la compra, ni tampoco escucharla o dedicarle atenciones. Sólo sabía exigir, exigir y protestar. Pues se iba a enterar, o aprendía a comprar y cocinar o se moriría de inanición, conque ya podía espabilar o ir a casa de Madeleine.

Jefe de obra, desempeñaba su labor con la misma pasión que se comía su bocadillo y se bebía su cerveza a la hora del descanso; su idea de vacaciones románticas consistía en dormir la siesta. William Daniels, Will para todo el mundo, jamás escuchaba a su esposa. Todos sus anhelos, ideas, o proyectos eran «tonterías»; «ya veremos», o «no te preocupes por eso ahora», decía en tono impaciente.

Suzanne ardía en deseos de vivir y compartir emociones con su hombre, pero ya hacía tiempo que a Will no le comentaba nada, y «nada» solía ser su respuesta cuando él le preguntaba cualquier cosa.

¿Cuándo se había consumido la llama del amor? Ni siquiera lo recordaba. No habían tenido hijos y ahora se alegraba, porque todo resultaba mucho más fácil así.

Se distrajo de tales pensamientos al percibir la intensa oscuridad. Había conducido todo el día, hacía rato que había caído la noche, estaba sola en aquella carretera y no tenía ni idea de dónde se encontraba. Un sudor frío corrió por sus sienes y le empapó el cuello, hasta que unas luces a lo lejos la animaron. Se

trataba de un motel con gasolinera y restaurante. Parecía un buen lugar donde tomar un bocado y pernoctar. Cuando conectó el teléfono, le llegaron una tromba de notificaciones de llamadas y whatsapps, todas de Will. Lo apagó y lo lanzó a la basura como si quemara. Respiró hondo y regresó al coche para coger el bolso. Al verse en el retrovisor, comprobó con horror que en su cuello faltaba el colgante. Nerviosa, rastreó todas las superficies del vehículo y al final lo encontró bajo el asiento del conductor. «¡Oh!», suspiró aliviada. Lo sostuvo apretado en su puño unos segundos, lo frotó con el faldón de la camisa y le murmuró: «De nuevo te rescato, ¿no estarás jugando a los tres deseos? Está bien, supongo que la tercera vez que lo haga será la última…, así que, escucha: deseo encontrar mi lugar en la vida y vivir muy feliz». Lo guardó en el bolso y entró en la cafetería. Una espesa voluta de humo púrpura le impedía ver bien por dónde andaba, podía sentir su agradable aroma a cachimba. Además, una confortable sensación de ingravidez la arrullaba; era como si una alfombra persa bajo sus posaderas la transportara en volandas al interior del local. Recordó haber sentido algo parecido cuando descubrió Castle Books y entró por primera vez. Fuera, la oscura noche desaparecía bajo la bruma y dentro nada se divisaba con claridad.

Entonces sintió un fuerte golpe en el hombro y descendió de modo abrupto al suelo, del que en realidad nunca se había movido. Miró a la altísima mujer con la que había tropezado y todo se despejó en el acto. En la cafetería se oían sonidos humanos y maquinales, conversaciones aquí y allá…, «voy», «oído», «uno con leche», «¿no tienen de soja?»… El calentador de la leche emitía su ininterrumpido chillido ensordecedor.

—Perdón, iba distraída —se disculpó.

—Ya lo he visto —respondió la mujer.

De elevada estatura, voluminosos cabellos rizados y ojos negros como el azabache, sus labios, pintados de violeta intenso, apenas se separaron. Abrió los párpados, sombreados como una fosa abisal, de par en par para verla bien, y aquella boca púrpura y carnosa esbozó algo parecido a una sonrisa. Una heavy gótica, le hablaba con la misma confianza que si se conocieran desde siempre:

—Hola, guapa, ¿cómo es que te has perdido por aquí?

Suzanne arqueó las cejas y abrió mucho los ojos. Entonces la vio bien. Los cerró y los volvió a abrir.

—No puede ser, ¿Morgan?

—Ésa soy yo. Cuenta, ¿adónde vas?

Era muy atractiva, tenía la piel de brazos y pecho repleta de

tatuajes y en las orejas, cejas y labios no cabía un solo *piercing* más.

—Busco…

—La felicidad, lo sé…

Suzanne la contempló estupefacta, sin pronunciar palabra. ¿Cuándo había dicho ella nada de eso en el club?

Morgan seguía como si nada:

—Pues yo llevaba a Tabitha, pero ahora tengo que dar media vuelta y regresar para recoger a Audrey, que se ha quedado sin coche.

—No entiendo nada —acertó a responder Suzanne.

—Tabitha se muda a un pueblo de Maine y abre una nueva Castle Books allí. La de Nueva York ha quedado en manos de una pareja de escritores, que le han puesto otro nombre. Tabitha se muda por motivos personales y… bueno, lo contó en la última sesión del club… ¡Ah, calla, que tú no viniste! En fin, la cuestión es que debe estar mañana sí o sí, porque le dan las llaves del local, de la casa y tiene firmas notariales, papeleo, burocracia, ya sabes cómo va eso.

» Es un pueblo de Maine, junto a un lago. Y nosotras vamos a ayudarla.

—¿Nosotras?

—Sí, Audrey y yo. Resulta que Audrey ganó una plaza en el Departamento de Policía del condado justo allí.

—¡Vaya! ¡Audrey poli!

—Sí, vaya. Pero ahora nos encontramos en una pura encrucijada, porque primero llegábamos nosotras dos y se suponía que Audrey acudiría después con enseres y cosas necesarias que no entraron en el camión de mudanza. Ella debe incorporarse pasado mañana en la oficina del jefe. Pero ahora sin coche… Buff… Vaya lío.

—¿Y dónde está Tabitha?

—Ha ido a hacer unas llamadas.

Suzanne no sabía qué decir, pero ya lo dijo Morgan por ella:

—Oye, ¿es tuyo ese cacharro azul de ahí fuera? —Hizo la pregunta y al mismo tiempo escupió un trozo del envoltorio del azucarillo, que había arrancado con los dientes.

—En principio sí, ¿por qué? —respondió Suzanne con un profundo sentimiento de estupidez dentro de sí.

—En principio… ¿Qué quiere decir en principio? ¿Lo es o no lo es?

Suzanne la estudió un instante y percibió en sus ojos una envolvente y cálida luz, se relajó:

—Perdona, necesito café y algo de comer…

Llevaron sus bandejas a una mesa.

—Sí, el azul es mi coche, ¿por qué? —continuó Suzanne.

—¿Por qué qué?

Suzanne era incapaz de salir de su asombro; aquella mujer era tan elemental como extrasensorial, terráquea y etérea, plana y tridimensional, ¡todo a la vez! ¿Cómo podía darse algo así en una única persona?

—¿Por qué tantas preguntas sobre mi coche? —soltó sin reservas, como habría hecho a los dieciséis años en el instituto.

—Es para que lleves a Tabitha hasta Silverfield, mientras yo me doy la vuelta hacia la gran manzana… Es una suerte haberte encontrado, ¡providencial! Porque a estas horas ya no hay un puto autobús…

Suzanne se rascó la cabeza mientras consultaba las rutas de Maine trazadas en su cerebro.

—¿Silverfield? —preguntó al fin—, no me suena. ¿Dónde está eso?

—No creo ni que salga en los mapas. Es una localidad pequeña del condado de Cumberland, a orillas del lago Sebago. El núcleo habitado más próximo debe de ser Raymond, creo. Pero ella te lo indicará mucho mejor. No puede tener pérdida.

—Pero eso me desvía mucho. Mi idea es… —De nuevo se rascó la cabeza—. Yo no voy hacia allá, quizá haya alguien que…

—¿Quién?

Morgan movió los ojos a su alrededor de un modo significativo y luego sacó un cigarrillo, lo encendió, aspiró una profunda calada y expelió el humo de un modo sensual, Suzanne quedó envuelta y sugestionada.

—¿Se puede fumar aquí?

—Tranquila, no me ven.

—Me alegra saber que no tienes normas…

—No te engañes, sí que las tengo, sí. Y de las férreas. Escucha, que te desvíes un poco no te va a sentar nada mal. Tú sí que pareces vivir todavía bajo normas que no son las tuyas.

Suzanne pensó que tenía toda la razón.

—¿Dónde dices que está ese lugar? Acabo de tirar mi móvil.

—No lo necesitas; Tabitha te lo indicará.

—Ya no tengo normas —necesitaba reafirmarse.

—¡De acuerdo! —silbó Morgan—. ¡Lo que tú digas, cielo!

Suzanne reclinó la cabeza y apuró su café.

—No lo sé —reconoció al fin—. No sé adónde iba. Quién lo

sabe…

—Bueno, bien…

—De acuerdo, iré a Silvertown por Tabitha.

—Silverfield.

—Como se llame.

—Silverfield.

—Vale, Silverfield.

—Silverfield, eso es.

—¿Ese lugar es importante para vosotras?

—No tanto como para ti.

Suzanne parpadeó varias veces:

—¿Para mí?

Morgan pensó, le dio una profunda calada al cigarrillo y miró al techo reclamando a lo divino esa santa paciencia que tanta falta le hacía para aguantar cuando la gente no entendía lo obvio. La debió de encontrar, porque volvió a mirar a su compañera de mesa con una luminosa y gran sonrisa:

—¿Sabes? En ocasiones lo más hermoso no es visible para quienes miran demasiado a lo lejos…

Ya se habían levantado, y Morgan, tomada la delantera, se volvió hacia la cada vez más desconcertada Suzanne:

—La felicidad es muy hermosa. —Señaló al fondo del local—. Mira, Tabitha viene por ahí.

Suzanne se detuvo, se volvió y saludó a la librera. Ésta, al verla, puso una notable cara de sorpresa. Cuando se volvió de nuevo hacia la puerta no quedaba ni rastro de Morgan.

IV

El capitán Tremaine aguardaba ante el altar de la pequeña iglesia de Pendleton. El muro del templo, al borde del acantilado, era azotado por un mar embravecido. Al otro lado, el páramo, sombrío a intervalos por el paso de las nubes. Las discretas oscilaciones sobre sus talones, sin apenas cambiar de posición, delataban su nerviosismo. De elevada estatura, complexión atlética, cabellos oscuros, con unos grandes y rasgados ojos verde mar en el rostro atezado y con la huella de alguna batalla, el capitán iba a contraer matrimonio con una desconocida a la que sólo había visto en un pésimo retrato.

Lo acompañaba su inseparable amigo, el teniente Edward Bracknell. El reverendo Peppersmith, impertérrito, también esperaba la llegada de la novia.

¡Sí! ¡Mi llegada! La bancada, una hilera apenas, estaba ocupada por una parte del emocionado servicio de la mansión. Cuando la campana señaló el mediodía, el oficiante tosió. Bracknell y Tremaine se miraron. La señora Garland, el ama de llaves, se removió inquieta bajo la severa mirada del señor Farrows, el mayordomo.

Entonces la puerta se abrió de golpe, como si el mismo viento del páramo precediese a la novia. Entré, describieron mi entrada como majestuosa, del brazo del señor Peabody, notable hombre de negocios, reputado y pintoresco miembro de la comunidad del condado de Cornualles y amigo íntimo de lady Bickford, o sea, Agatha Tremaine, la tía del irreductible e indómito capitán Merryn Tremaine. En aquella ocasión, el señor Peabody había sido cómplice necesario en la trama de su amiga, autora intelectual del casamiento del rebelde soltero más codiciado de Londres.

Sé que me presenté como una aparición. Mi esbelta figura daba la impresión de ser etérea al confundirse con el haz de luz proveniente del exterior. Engalanada con un vaporoso traje de tono marfil, un velo cubría mis bucles negros y brillantes como la noche bajo la luna. Mi rostro inclinado hacia delante impedía adivinar más. Me obstiné en ello, mientras una ampulosa sonrisa recorría el semblante del satisfecho Peabody como si se tratase de mi propio

padre. Ningún séquito entró detrás y la puerta se cerró como si un fatal pacto hubiese quedado sellado.

—¿Quién entrega a la novia? —El reverendo inició la ceremonia.

—Yo, el señor James Peabody, padrino —respondió éste, orgulloso.

Acto seguido, se retiró a uno de los bancos. Merryn Tremaine tomó mi mano, más blanca y suave que de costumbre, y la situó frente a sí. Me alzó el velo y parpadeó al verme.

—«Impresionante belleza oculta a ojos nuestros, oh, míseros y simples mortales» —murmuró Bracknell.

Con mis grandes ojos color violeta, sostuve de modo seductor la atónita mirada de Merryn Tremaine. Rodeados por unas espesas pestañas negras, iluminaban mi rostro de óvalo perfecto y piel blanca, en contraste con el negro cabello. Consciente de mi poder, acentué la mirada y penetré en su espíritu, derribando todas sus defensas. Él bajó la vista hasta mis labios, carnosos y encendidos como un clavel sobre la nieve, luego recorrió mi esbelto cuello, rodeó mi figura y los labios le temblaron de deseo. Según le confesó después al teniente Bracknell, tenía ante sí, sin duda, a una criatura hermosa, delicada y elegante. Y joven. En absoluto esperaba semejante recompensa, él, que había previsto cargar con una mujer poco agraciada y un matrimonio desdichado. Quizá el matrimonio sería desdichado, pero por lo menos la esposa era hermosa.

Por su parte, Bracknell admitió haberse sentido ante una auténtica diosa. Miró a su amigo en connivencia, pero lo encontró distante y hermético. Tan sólo por un momento, una traidora milésima de segundo, el capitán Tremaine tembló al soltar el velo para volverse hacia el reverendo. El señor Peppersmith, sonrió y continuó con la ceremonia.

Yo, con la mirada baja y el rubor encendido, parecía de otro mundo.

—Scarlett Philips, ¿acepta a Merryn Tremaine como legítimo esposo?

—Acepto —respondí apenas en un susurro.

—¿Jura serle fiel en la salud y en la enfermedad y protegerlo hasta el fin de los días? —prosiguió el oficiante.

—Sí, lo juro.

—Capitán Merryn Tremaine, ¿acepta a la señorita Scarlett Philips como legítima esposa?

Se produjo un incómodo lapso, en el que Bracknell tuvo tiempo de instar a su amigo con la mirada. Éste apenas despegó los labios:

—Acepto.

—¿Y jura serle fiel en la salud y en la enfermedad y protegerla hasta el fin de los días?

Esta vez el lapso fue imperceptible:

—Sí, lo juro. Hasta el fin de mis días.

El reverendo Peppersmith asintió satisfecho.

—Los anillos —indicó.

Un atribulado Bracknell rebuscó por cada rincón de su casaca azul. Cuando logró dar con ellos, tendió la palma abierta ante nosotros, los contrayentes, y se produjo el intercambio.

El reverendo, con mayor satisfacción y los ojos entornados, instó:

—Si alguien conoce algún impedimento para que este enlace siga adelante, que hable ahora o calle para siempre.

—¡Yo!

Irrumpió una mujer de grosera indumentaria, cubierta con una capa cuya capucha le ocultaba el rostro. Los asistentes tuvieron un sobresalto y Peppersmith contrajo el gesto con gran fastidio. La mujer había surgido de algún rincón oscuro de la capilla, donde nadie la había visto hasta ese momento.

—Esa mujer no es quien dice ser. No se deje engañar, capitán. Esta gente ha tramado todo esto contra usted.

A pesar de sus ropajes, la reconocí. Contemplé a Muriel impertérrita, sin mover un solo músculo del rostro, porque la sangre había abandonado mis venas y un frío pavoroso heló mis vísceras. Sólo un imperceptible temblor en la barbilla me delataba, pero el auditorio, más helado que yo, no lo notó. Un asombrado rumor se elevó sobre nosotros. El capitán Tremaine y el teniente Bracknell, también estupefactos, la observaban incapaces de articular palabra.

Ella siguió:

—¡Venga, capitán! ¡Pregúntele, dígale que le cuente quién es en realidad! No se apellida Philips, sino…

—¡Basta! —intervino Peabody—. Señora, usted no tiene ningún crédito. No la conozco. Échenla.

El deán se hizo cargo de la situación y se la llevó entre gritos y aspavientos.

—Pobre loca —zanjó el bueno de Peabody.

Peppersmith respiró aliviado y, de algún modo, todos los presentes lo hicieron.

—Entonces —prosiguió—, por el poder que me ha sido encomendado, yo los declaro, marido y mujer. Puede besar a la novia.

El capitán Tremaine dirigió sus rasgados ojos verde mar hacia mí.

«Dios mío —pensé yo—, podría perder el sentido dentro de esta mirada… Pero no quiero amarte.» Me apliqué en mirarlo de la manera más tímida que fui capaz de interpretar. Tímida, abrumada y expectante, como la más ingenua de las criaturas. Noté el morbo con que se inclinó y acercó sus labios a los míos. Él no pensaba posarlos, pero yo afecté torpeza y mi boca «tropezó» con la suya… Ambos sentimos el intenso calor del otro durante una milésima de segundo, suficiente, sin embargo, para desatar un deseo feroz…

Aquel beso se hubiera podido prolongar hasta el amanecer y más allá, y ambos éramos conscientes de ello. Despertamos del ensueño con los emocionados aplausos del servicio. Lanzaban felicitaciones y pétalos de rosas a nuestro paso. Una vez fuera, suplicaron que tirase el ramo de espaldas. Lo hice y, de modo increíble, éste fue a parar a manos de Bracknell, que soltó un fervoroso: «¡Yihaa! ¡¡Viva el capitán Tremaine y viva la tropa del *Storm*!!».

Subimos a los coches que nos llevarían hasta Longfield House. El nuestro, engalanado para la ocasión, con los caballos enjaezados y una placa colgando por la parte trasera con la inscripción «Recién casados». Ninguno le dirigió la palabra al otro en todo el trayecto. Cuando llegamos ante el pequeño promontorio sobre el que se erigía la mansión, reprimí una exclamación de asombro. En absoluto había esperado encontrarme con algo semejante. Sobre una colina, rodeada por el esplendor de una frondosa vegetación, se alzaba una magnífica mansión de estilo georgiano, antigua, pero bien conservada a pesar de ello. Parte del servicio esperaba en formación, repartidos a ambos lados de la doble escalinata. De pronto, sentí entusiasmo al observar el humo de las chimeneas y se me escapó la sonrisa. Merryn, en apariencia desinteresado, me observaba con el rabillo del ojo, igual que yo a él. Cuando el carruaje se detuvo, me tomó de la mano y con gesto galante me ayudó a bajar. Fui presentada al servicio y a quien iba a ser mi dama, una joven pecosa, de cabello cobrizo, llamada Forrest, que me sonrió con complicidad tras la inclinación. ¿Aquello era un sueño? Nadie me había dado tantos detalles.

La adorable señora Tremaine sólo me convenció para que aceptara un matrimonio con un completo desconocido «sin amor al principio», pero «muy conveniente» para los dos interesados. Y yo acepté tras una cena íntima con demasiadas copitas de oporto al final y los perseverantes casamenteros, el señor Peabody y mi señora Tremaine, es decir, lady Bickford. Acepté porque tal era mi

pretensión desde el principio, aunque ellos ni siquiera podían imaginarlo y yo pasara por una obstinada indecisa. Lady Bickford, preocupada por la propiedad y la fortuna, quería atar corto a su sobrino y único heredero, involucrado en numerosos escándalos con damas casadas, duelos para satisfacción de maridos ultrajados y pendencias varias. Sólo en el mar su reputación estaba a salvo, era intachable y considerado un héroe.

Poco estaba en tierra, pero ese poco bastaba para dejarlo sin posibilidades ante los padres de las damitas que suspiraban por él. No podía aparecer en los salones, porque enseguida, un dulce enjambre de golosas abejitas lo rodeaba y picoteaba, sin dejarlo respirar siquiera. Con todo esto, su orgullo y vanidad se incrementaban y así fue cómo lady Bickford alcanzó el límite de lo que cualquier dama en su situación podía aguantar y confabuló para conducirlo al matrimonio. Le había elegido una esposa conveniente, si no aceptaba, perdería el título de barón y las propiedades. Y aceptó, por supuesto. Y lady Bickford se ilusionó, porque había encontrado exactamente a la mujer precisa, una mujer que se amoldaba a sus directrices y la complacía en todo.

Había tenido dos años para convencerse y yo para conseguir un exquisito refinamiento, estilo, modales, lecturas, música, labores… Todo lo que una gran dama necesita. A los diecinueve años, Scarlett Turner, Philips y ahora Tremaine, había olvidado a la ladronzuela del puerto. Aunque no del todo, porque las artes amatorias aprendidas con esmero aguardaban latentes el momento de gobernar el lecho.

Por tanto, era muy importante que siguiera actuando bajo esa docilidad aparente, llenar el espacio de miradas abrumadas y abrumadoras, aturdir al capitán con ellas, hacerlo sentir como el hombre más importante de la habitación, caer rendida en sus brazos y escapar en el momento oportuno para dejarlo frustrado y pendiente sólo de mí. Embrujarlo, en una palabra. ¿Y por qué ser tan bruja? Porque la futura lady Bickford, baronesa, sería la única señora de Longfield House, porque si tenía el poder y el control nunca más pasaría penurias, pero para ello debía tener al capitán Tremaine comiendo de mi mano, por completo domesticado, y porque aún no había podido olvidar la quemazón de mis entrañas cuando estuve sobre él la primera vez.

Suspiré alegre y dispuesta a dejarme llevar de sorpresa en sorpresa.

* * *

—De sorpresa en sorpresa, así voy yo por la vida. Encontrarte aquí ha sido… El destino trae cosas y gentes mágicas —reflexionaba Suzanne mientras conducía. Miró de reojo a Tabitha, sentada en el asiento del copiloto, y siguió dando rienda suelta a sus ideas.

»Y con esta condenada novela, *Apágame*… ¡También! Pero ¿en serio está escrita por una mujer europea del siglo dieciocho? ¿Una inglesa de la Regencia? Me cuesta creerlo. Jane Austen jamás se hubiese atrevido a… Y tampoco le hacía ninguna falta, ya te lo imaginas tú todo mientras devoras las páginas de *Orgullo y Prejuicio* sin aliento. Pero aquí se rompen todos los cánones, se traspasan los límites del pudor. ¿Sabes?, algo me chirría…

—¿Quién quiere pudor en el amor, y… cómo podría alguien enamorado no querer amor, a pesar de vivir en una sociedad tan pudorosa? Por eso lo escribió bajo el anonimato. —Tabitha se concentró un momento y enarboló el dedo índice—: La suma delicadeza me indica que lo escribió una mujer, pero tal vez sólo era una soñadora, una esposa insatisfecha, una damisela aburrida, o acaso la propia protagonista… Aún no has llegado al final, ¿verdad?

—No, no he podido, me resisto a ello. Me niego a pasar la última página y llorar desconsolada. No quiero llorar. Lo haré cuando esté preparada. A veces releo pasajes, como antes, mientras te esperaba. Cada vez es como la primera vez, ¿sabes? Y cada vez comprendo con mayor claridad el mensaje de rebeldía que entraña este relato. No es sólo libertinaje, es un acicate para el empoderamiento femenino. Scarlett Tremaine es quien me lleva por esta carretera hacia mí misma.

—Si controlamos nuestra sexualidad, somos dueñas de nosotras mismas, y por tanto ¡libres!

—¡¡¡Síííí!!!

Tabitha apoyó una mano en el brazo de Suzanne con afecto:

—Sigue leyendo —la animó—. No dejes de hacerlo. Ya llegará el momento en que estés preparada para el final.

* * *

El final del día se acercaba de modo inexorable, ambos éramos conscientes. Cada vez faltaba menos para que el último invitado se retirase y llegara entonces el temido momento de vernos las caras a solas. La recepción había tenido lugar en un hermoso salón repleto de espejos, con salida a un jardín bastante descuidado; habría que arreglar eso. Por expreso deseo de Merryn, la celebración fue

discreta, a pesar de la terrible oposición de lady Bickford, que cedió con tal de salirse con la suya y llevarlo al altar. Era por completo inaceptable que, a sus treinta y dos años, aún no hubiese sentado la cabeza. Si él no podía sentarla, se la sentaríamos nosotras, según instrucciones precisas de la noble dama… Tarea que iba a resultar harto laboriosa, según pude observar durante la fiesta.

El capitán Tremaine y el teniente Bracknell, amigos desde sus inicios como guardiamarinas al servicio de la Real Marina Británica, juntos y en tierra se transformaban, pero en aquella jornada de tanta trascendencia para Merryn no disfrutaron del modo acostumbrado. Mi esposo mantuvo durante toda la celebración un ánimo taciturno, sin dejarse llevar por ninguna de las gracias de su camarada. Perturbado por mi presencia, me miraba a hurtadillas; yo le gustaba mucho y eso lo desconcertaba. Era natural, teniendo en cuenta su sorpresa mayúscula al verme, cuando sólo poseía la información de una infame lámina, según oí de labios del propio Bracknell. Yo tuve la oportunidad de verlo retratado en un bello cuadro que no le hacía demasiada justicia tampoco, pero para mis adentros guardaba la satisfacción de haberlo visto en persona y saber de su gran apostura. Con lo que nunca conté fue con aquella mirada rasgada, verde azulada y profunda como el mar más remoto. Aquella mirada suponía un gran peligro para mí y no debía caer presa de ella.

De pronto, lady Bickford, me sacó de mi ensimismamiento, me tomó de las manos y, tras felicitarme, me dijo:

—Querida, soy una vieja gruñona y solitaria, tengo más años de los que la decencia permite confesar, me fallan la vista y el oído y las piernas, por lo que me veo postrada en esta silla, pero hoy soy tan feliz que voy a tener el atrevimiento de pedirte un último sacrificio por mí.

Le sonreí con dulzura.

—Escucho y obedezco, señora.

—Por Dios bendito, que no eres mi sirvienta. Llámame tía Agatha.

—Sí se… Tía Agatha.

—Dadme pronto un sobrino. Así que, ya sabes lo que debes hacer…

Giró su silla y, con gran desparpajo, se acercó a un grupo donde Peabody era la estrella. La vi alejarse tan campante y satisfecha, mientras yo me quedaba allí con la boca abierta.

Junto a uno de los ventanales, Tremaine y Bracknell conversaban con unas copas de jerez en las manos y yo me

aproximé a una mesa cercana, desde donde podía escucharlos sin levantar recelos:

—Amigo, me alegro de tu suerte. He de confesarte que hasta te envidio —decía Bracknell.

—Me temo que voy a tener que darte un puñetazo…

—Lo encajaría de buen grado… ¿Aceptarías tú un consejo?

—Suéltalo, lo harás de todos modos…

—Conoce a tu esposa, incluso podríais enamoraros, es una belleza griega.

Merryn se tomó un momento para responder:

—Es muy hermosa, en efecto —reconoció—, pero mi corazón no está disponible.

Su amigo no añadió nada más, sólo lo censuró con la mirada.

* * *

La mirada de Suzanne se emborronó de pronto y perdió de vista el ventanal de Longfield House, con la conversación entre Tremaine y Bracknell, a causa de una sacudida, seguida de un tremendo estruendo. Poco a poco comprendió que no se trataba del derrumbe de la casa sobre su cabeza, sino el sonido de una pila de latas de tomate frito al caer en cascada sobre el suelo de la superficie comercial. El extremo de su carro de la compra había topado con la promoción de «dos latas, la segunda a mitad de precio», y la había armado. Y todo porque no podía quitarse aquella escena de la cabeza. La revivía con sumo deleite una y otra vez. Ya hacía una semana que se había instalado en Silverfield «sólo hasta la primavera», y Tabitha había inaugurado Castle Books de Maine con bastante aceptación. Morgan y Audrey Chambers habían llegado y la chica caramelo ya había tomado posesión de su cargo en la oficina del jefe Richmond como su ayudante.

La amistad de Suzanne con Tabitha hizo que se involucrase en todo lo concerniente a la librería. No tenía tiempo para acordarse de Will, y toda su vida pasada había desaparecido tragada por el asfalto que dejó leguas atrás. Ahora, mientras conseguía víveres para la cena que cocinaría para sus amigas por la instalación en su nueva casa, se le había ido la cabeza, como siempre, al único mundo en el que se encontraba a gusto.

Apurada, empezó a recoger las latas para devolverlas a su lugar, cuando su mano tropezó con otra, grande y firme. Elevó la mirada hacia el rostro y descubrió unos enormes ojos azul topacio, brillantes como una mañana luminosa y una gran sonrisa de dientes

blancos y perfectos.

—Lo siento —se disculpó el joven—, ¿está bien?

—Sí, gracias, gracias. No se preocupe, puedo arreglar este desastre yo sola, muy amable —respondió azorada.

—Entre dos cuesta menos. —Él acentuó su sonrisa. Entonces le tendió una mano—: Adrien Westwood

—Suzanne… Hummm… Tremaine. —Ni ella misma fue capaz de entender por qué acababa de mentir sobre su identidad sin planteárselo siquiera.

Pero la inquietud se le olvidó rápido cuando contempló la envergadura de aquel hombre con uniforme de paramédico bombero, que se erguía para colocar la última lata en la cima de la pirámide. ¿Qué mediría de hombro a hombro? ¿Y de pies a cabeza? Un metro noventa, por lo menos. Rubio como un danés, cabello cortado con precisión militar. ¿Habría sido marine o jugador de rugby? ¿O ambas cosas? ¿Existían hombres así fuera del cine? Se pellizcó para cerciorarse de que estaba despierta, si era una de sus fantasías, desaparecería. Pero no, no sólo no desapareció, sino que le deseó que pasara un buen día y le dijo que estaba encantado de haberla conocido. Suzanne lo vio alejarse hasta la línea de cajas y esperar allí su turno, saludar con cordialidad a un hombre mayor y luego a una mamá con su bebé.

Ella, atontada por completo, sintió el vuelo de una bandada de mariposas ascender desde su estómago hasta su pecho henchido, como una adolescente. Igual. De pronto, la atmósfera se tornó brillante y perfumada como un jardín de jazmines; lanzaba destellos de purpurina y extendía una alfombra de nubes rosadas bajo sus pies. Suzanne flotaba como una niña descalza y despreocupada.

Aquella noche no les comentó nada a sus amigas. El incidente simplemente pasó a mejor vida, relegado por otras preocupaciones. La buena recepción de la librería centraba la atención de todas. Los nervios, la excitación y las ganas de celebrarlo eclipsaban cualquier otra cuestión. La alegría de aquella reunión se vio aumentada por Priscilla Lombard, una chica del sur que se había ido al norte y conservaba su acento intacto, con una larguísima melena rubia, enormes ojos verdes, sexy y explosiva. Era la estrella de la WKRP Silverfield radio y quien despertaba inexorablemente a sus habitantes cada día con su divertido programa de música y entrevistas. Además de ser una *influencer* con muchos seguidores en Instagram.

Cuando Priscilla acudió a casa de Suzanne, le presentó a su preciosa chihuahua blanca, *Chelsea*.

—Espero no molestarte, querida, pero nunca me separo de ella.

—No te preocupes, si yo tuviese una cosa tan bonita en mi vida, no me apartarían de ella ni con agua caliente.

Rieron y a las risas se unieron Audrey, Tabitha y Morgan, que surgieron de la cocina, donde habían estado charlando sobre la bonita casa que había conseguido Suzanne. Todo gracias a Priscilla. Ésta le informó de la casa vacante cuando se presentó en la radio a preguntar. Resultó que conocía a Tabitha y su club, porque había vivido una temporada en Brooklyn y era ella su librera favorita. Cuando decidió mudarse a Silverfield, le proporcionó información sobre el local para el nuevo Castle Books de Maine. De hecho, no había nada referente a Silverfield que no conociese Priscilla.

—Éste es un buen lugar, con un turismo de pesca, tranquilo, sostenible y puntual —afirmaba satisfecha. Ahora miraba atentamente a Suzanne, que le gustó desde el primer momento—: Entonces, ¿resulta de tu agrado la casa? ¿Te sientes cómoda? ¿Estás contenta? Me alegro mucho —dijo, mientras *Chelsea* comía un pedacito de queso.

—Has puesto un plato de más —observó Audrey.

Suzanne contó mentalmente y comprobó que todo estaba bien.

—Esta suculenta cena conseguirá que no quiera salir de tu casa, cariño —celebró Tabitha.

A todas se les despertó el apetito y se sentaron a la mesa entusiasmadas. Suzanne se sintió muy feliz, por primera vez elogiaban su cocina y la aceptaban como era. Lo hacía bien, les gustaba, las quería.

Aquella noche bebieron y rieron mucho.

—Suzanne, me alegro tanto de nuestro encuentro fortuito. Quedarse tirada de noche en un lugar inhóspito no es muy agradable. Te desviaste por mí y me acompañaste. Eres una gran amiga. —De pronto, Tabitha se había puesto muy sentimental—. Casi no te conté nada, porque en cuanto nos vimos nos pusimos a hablar de *Apágame* y se nos fue la olla.

—Se nota que no os gustan nada los libros —ironizó Audrey.

—La verdad es que yo también me alegro —se abrió Suzanne—. Empiezo a sentirme muy a gusto aquí y no creo que quiera marcharme por el momento. Sólo me hace falta encontrar un trabajo, los fondos se me acaban… Cuando tenga un empleo, todo será perfecto.

Ellas levantaron el pulgar. Incluso *Chelsea*, hecha una bola en el sofá, alzó la cabecita.

—Te lo dije —la señaló Morgan con un guiño.

—A ese respecto, quiero proponerte una cosa. —Tabitha la miraba de aquel modo tan particular, con sus ojos chispeantes—. Necesito otra persona en la librería, yo sola no puedo.

Audrey asentía.

—Una cenita en mi casa para celebrarlo, ¿de acuerdo, chicas? —propuso Priscilla.

La invitación fue aplaudida con entusiasmo. Tabitha arqueó las cejas para insistirle a Suzanne. Ella, sin aliento, no era capaz de responder. Tras un momento expectante, Tabitha volvió a la carga, coreada por las demás:

—¿Qué… quieres o no quieres?

—¡Síííí! —aceptó por fin entusiasmada y palmeando—. ¡¡¡Sí, quiero!!!

V

«¡¡¡Sí, quiero!!!», pensé, mientras vertía gotas de un brebaje sedante en una copa de oporto, la otra sería para mí. Ambas esperaban su momento sobre una bandeja de plata en la mesita de noche.

«Sí, quiero hacerte sufrir. Me desearás hasta la extenuación y no me tendrás hasta que no te vea de rodillas ante mí.» Así me pronuncié ante el espejo del tocador de la habitación nupcial, determinada a domar al potro salvaje que tenía por marido. Forrest me había ayudado a quitarme el vestido y cambiarlo por un bonito, pero casto en exceso, camisón de algodón. Cuando se fue, me liberé de él y sólo dejé sobre mi cuerpo desnudo un delicado salto de cama de muselina casi transparente, que permitía intuir mis formas, ribeteado por preciosas cenefas de encaje; una suave cinta de seda enlazaba ambas mitades delante del pecho.

Impasible, vi a Merryn acercarse por detrás. Posó sus cálidas manos sobre mis hombros.

—Señora Tremaine, al parecer somos esposos, ¿verdad?

Aquellas manos grandes y protectoras acariciaron con extrema delicadeza el nacimiento de mi cuello, sus pulgares describieron un pequeño círculo donde todo mi ser se concentró. Le deseaba y mi cuerpo deseaba conocer el placer, me hubiera abandonado a él al punto, pero debía presentar batalla. Le sonreí desde el espejo, nos mirábamos a través de él. Sus manos se hundieron algo más en mis hombros con la fuerza del deseo y se deslizaron por mis brazos. Me cogió de las muñecas, me levantó y me atrajo hacia él. Me abrazó. Oculta en su cuerpo, sentí el poder de su virilidad a través de la ropa. Todo se encendió dentro de mí. «Apágame…», imploré en silencio. Como si lo hubiese oído, Merryn reforzó el abrazo; me costaba respirar, pero se estaba tan a gusto… Levantó mi rostro, yo me mordí el labio inferior, lo que pareció despertar una fiera en él, que inclinó la cabeza, posó la boca sobre la mía y su lengua separó mis labios. Al principio no opuse resistencia y permití el beso abrasador, pero cuando noté su respiración agitada, lo mordisqueé, lo que hizo que se apartara bruscamente.

—¿Te opones a la consumación? —preguntó con su voz profunda de bajo.

—No. —Aparenté timidez—. No, no me opongo…, es sólo que… Es sólo que…

Me había sentado en el borde de la cama, con la cabeza inclinada sobre el pecho, las piernas juntas, las manos aferradas a la colcha.

—Tienes miedo, pequeña —dijo él con su hombría crecida.

Sonrió, de nuevo tomó mi barbilla para alzar mi rostro hacia el suyo, se sentó a mi lado y me besó la frente.

—No temas, déjame hacer a mí… Lo pasarás bien —susurró excitado.

Con un movimiento en apariencia inocente, le mostré el palpitar de mi busto. Merryn, con la mirada sobre el lazo de seda, tomó un extremo y empezó a tirar de él. Yo resbalé sobre el lecho y él separó la tela, contempló mi cuerpo y posó una mano sobre mi pecho. Los pezones me traicionaron al erguirse.

—No, por favor, no me hagas nada —musité aparentando resistencia.

Merryn se echó sobre mí, aunque no se había desvestido podía notar cómo su erecto miembro se apretaba contra mis carnes.

—¿Te gusto? —me preguntó sin aliento, con la boca pegada a mi oreja, mientras su sabio pulgar acariciaba mi pezón sin parar.

Yo estaba enloqueciendo, mi bajo vientre ardía, toda yo me consumía en aquel fuego. Debía echarlo ya si quería salirme con la mía. «Apágame», suplicaba mi mente desertora. De modo inconsciente, mis muslos se separaron y mi valle en llamas buscó el monte de la locura. Él apartó sus ropas y lo dejó libre para permitir la unión, pero entonces, la poca cordura que me quedaba logró rehacerse y tomó el mando. Mi mente se enfrió y vi la luz.

—Por favor, espera —supliqué—. Así no.

Me liberé de él, me tapé de nuevo y, dándole la espalda desde la mesita, le pedí afectando la mayor inocencia:

—Que sea dentro de la cama y tapados. Desvístete si quieres, pero quédate dentro de las sábanas.

Oí el roce de la ropa al deslizarse por su piel y caer al suelo. Entonces me volví a él con una radiante sonrisa y las dos copas en la mano:

—Deseo brindar contigo, esposo mío.

—Ven —pidió.

Yo acudí obediente.

—¿Qué más deseas? —preguntó, con el borde de la copa entre sus labios.

—A ti. —De nuevo me mordí el labio inferior mientras lo miraba

a los ojos, entrando hasta el fondo de su ser.

Cuando quedó inconsciente, me eché a su lado. Contemplé su tenue y relajado respirar y, atraída por sus desarrollados pectorales, acaricié el vello que los cubría del mismo modo que hice aquella lejana primera vez. Acerqué mi boca a sus labios entreabiertos y lo besé a placer. Luego, abrazada a él, me dormí.

* * *

Se despertó de madrugada, consumida por el deseo. Acababa de tener un sueño lúcido y húmedo con Adrien, el bombero paramédico. ¿No le conocía y soñaba esa clase de cosas con él? Estaba muy mal. No se atrevió a moverse de la cama, aún le palpitaba todo por dentro y por fuera. Si se movía un solo milímetro, si se tocaba sin querer, podría hacer lo que todas sus amigas hacían con toda clase de artefactos y ella se negaba.

¿Por qué se negaba? Porque nunca lo había hecho y jamás lo haría. La sola idea la avergonzaba tanto que sólo con pensarlo se sentía un ser abyecto y repudiable. Pero ¿por qué con Adrien?, pensaba. Se habían visto de lejos un par de veces, cada uno a lo suyo, sin más. Suzanne pensaba que él era demasiado joven para ella. Ella con cuarenta y él con treinta años escasos que tendría… no había ningún futuro.

Cierto que se había quedado dormida leyendo *Apágame*, y que la última escena leída había resultado imponente, pero… Había tenido un sueño húmedo con el bombero paramédico y no con el capitán. ¿Qué estaba ocurriendo? En ese momento, su fantasía se desbocó y los rescoldos de su cuerpo se reavivaron incendiando todas y cada una de sus zonas erógenas. Atrapada en el fuego, Adrien aparecía para socorrerla, el traje abierto por el pecho le permitió acariciar su piel mientras él la llevaba en brazos. Sin saber cómo, llegaron a una habitación donde la dejó a salvo. Entonces, ella lo besó, él la desnudó, acarició sus pechos una y otra vez hasta hacerla estallar de placer, ella lo besaba y lo besaba sin parar…

—¡¡¡Apágame, Adrien!!! ¡¡¡Sí, sí!!! Apaga este fuego que me consume… ¡¡¡Síííí! —gritó cuando la sorprendió un orgasmo brutal, como nunca había tenido.

El clítoris le quemaba en oleadas cada vez más salvajes. Jamás había sentido algo tan poderoso. Abrió los ojos y, asustada, miró en todas direcciones en un acto reflejo. No, no había nadie. Nadie que la pudiese censurar. Estaba a solas con su intimidad tan anhelada.

¿Y si le proponía a Adrien mantener una relación puramente

sexual? Libre. Hasta que se hartaran el uno del otro… Tenía tantas ganas de experimentar y sentir… ¡Sentir la vida dentro de sí! ¿Y si tenía novia? ¿Y si era gay? Debería averiguarlo antes de planear nada. Eso era. ¿Qué haría su adorada Scarlett? Ir a por él, seguro. Entonces, ella también iría a por él. Se abrazó a la almohada y se dio la vuelta feliz. Exhaló un profundo suspiro de sosiego y se durmió con plácida expresión.

* * *

La cena de Priscilla se presentaba apasionante. Porque ya hacía días que Suzanne había convertido la librería en suya, porque le gustaba mucho su trabajo, porque la gente de Silverfield la saludaba y la había integrado en la pequeña comunidad como un miembro más, porque el aire frío en los pulmones la rejuvenecía y porque se sentía viva. Silverfield era un paraíso recóndito, donde ella había empezado a renacer. Sí, era feliz. Y eso había que difundirlo, reírlo, celebrarlo.

Cuando llegó a la casa, admiró la belleza de su elegante estilo victoriano. Tres chihuahuas saltarines salieron a recibirla, *Chelsea*, *Abby* y *Merlot*, detrás la propia Priscilla, distinguida, vestida de negro milanés, según puntualizó. Sostenía con aire desmayado un cigarro en una larguísima boquilla.

—¿Tú fumas? —se sorprendió Suzanne.

—No, querida, en absoluto. Es postureo para Instagram. Está aquí mi fotógrafo, Merton Shelley. Merton, mi amiga Suzanne Daniels.

—¡Hola! —la saludó risueño.

—Merton es un tío importante, aunque no lo reconocerá. Él sólo calla y dispara, pero tiene trabajos para *Vanity Fair*, *Reader Digest*, *Cosmopolitan*, *Vogue*…

—Algún *Playboy* también he hecho.

A Suzanne le encantó, rubio, con los ojos claros, gafas metálicas ochenteras en forma de pera. Vestido de negro riguroso.

—Pero el mío es negro Nueva York —chinchó a Priscilla.

Se volvía a la Gran Manzana para uno de sus reportajes.

—Voy a tener que ir yo también una temporada —dijo Priscilla, besando a sus perritos y dejándolos sobre sus hermosas camitas en el sofá.

—Ni hablar de dejarnos… —protestó alguien, pero una nube de besos y cálidos abrazos engulló la protesta y a Suzanne, todo el mundo estaba allí.

—¿Te gustaría colaborar en mi programa? —le preguntó de repente Priscilla.

Ella dio un respingo.

—¡¿Yo?! Yo no sé nada de radio —chilló, presa del pánico—. Lo mío es la fotografía, estar detrás de la cámara, no delante de un micro.

—¿Seguro que no podré convencerte? —insistió Priscilla.

Suzanne negó con la cabeza.

—Entonces tendré que buscar a alguien —se conformó. Consultó su reloj de muñeca de Swarovski—. A comer.

—Así que te gusta la fotografía —se interesó Merton, sirviéndose una porción de ensalada.

—Sí, pero sólo como aficionada, ¿eh? —Suzanne bebió un pequeño sorbo de su copa de vino negro.

—Bueno, y como aficionada, ¿qué te interesa? ¿Composición, paisaje, rostros?

—No soy demasiado tenaz, me temo. Depende mucho del momento, del estado de ánimo… Pero si hay algo que siempre me sobrecoge y no me canso de capturar es el atardecer. Ese fuego resistiéndose a la oscuridad… Me fascina, me llena de melancolía, porque es un adiós de belleza sobrenatural.

—Seguro que tus fotografías resultan poéticas —la animó Merton.

—No lo sé, sólo las hago para retener lo que he visto. Llevar a la eternidad un momento efímero.

—Menudo concepto, tía. «Llevar a la eternidad un momento efímero.» Eres muy sabia, Suzanne.

—¿Yo? Qué va —rio ella.

La conversación se animó mientras los comensales disfrutaban de las apetitosas viandas servidas sobre una mesa exquisita, digna de aparecer en las mejores revistas. La mirada de Suzanne se posó sobre una enorme y elegante pamela de color rosa palo, que reposaba sobre una lámpara de rincón. «Para el Instagram, seguro», pensó con afecto. Se imaginó a sí misma con ella puesta… «¡No!», se desimaginó.

Pronto las conversaciones pasaron a lejano rumor. Suzanne ya estaba dentro de sí misma y caminaba ilusionada por las calles de aquel lugar ignorado del mundo al que había ido a parar sin planearlo. Descubrió cada rincón y, a pesar de la nieve y el frío, admiró la grandiosidad del lago y las montañas circundantes. Le venían a la mente las sabias palabras de su amiga Elle: «Cuanto menos se piensan las cosas, mejor salen». Ciertamente, descubrió

una pequeña y maravillosa ciudad, donde todo era bueno.

Se había puesto el colgante de la lámpara mágica y su mano la buscó y la retuvo. Había descubierto rincones preciosos, pero también la verdadera naturaleza de aquellos buenos corazones amigos, almas despreocupadas y leales. Sabía que no encontraría a nadie ni remotamente parecido en ningún otro lugar. A excepción del bombero paramédico, a quien no podía sacar de su mente; él también tenía esa mirada noble que sólo poseen las buenas personas…

Una soleada mañana habían vuelto a tropezar… Sí… del modo más clásico, propio de las escritoras de novela romántica y guionistas de culebrón. Desde ese día, su ánimo se turbó y su raciocinio se evaporó, cual adolescente al verlo o imaginarlo. Su sola visión encendía todos los puntos combustibles de su cuerpo y alma, junto con sus entrañas, que ardían al galope hasta el punto de sofocarla. «Eso se llama deseo, guapi», le gritaba un vozarrón en su interior, que sonaba alto, claro, impertinente e insistente. La sola idea de tirarse sobre él y destrozarle la camisa a dentelladas resultaba perturbadora. Primero, porque ella nunca había tenido o padecido, según decía Elle, fantasías, y segundo, porque ella jamás había sentido la tentación de practicar sexo salvaje con otro hombre que no fuese Will, de hecho, ni siquiera con Will…

Es decir, ¿existía eso fuera de las pantallas de cine? ¿Y por qué aquel hombre, precisamente, le despertaba tales instintos? ¿Quizá porque estaba como un bocadillo de queso Camembert semifundido? Cierto, el muchacho estaba cañón, pero ¿cómo podía fijarse en alguien al menos diez años más joven que ella? Eso no iba a ningún lado… Excepto a la cama, la lavadora en marcha, la pared, sobre los peldaños de la escalera, el cuartito de la escoba… ¡Basta! ¿Un granero? ¡¡¡Basta!!!

¿Por qué? ¿Por qué tenía que sentirse mal si fue él quien empezó… Su mirada de topacio azul brillante clavada en su alma mientras la ayudaba a recoger papeles, carpetas y bolso tras el encontronazo. Luego la suya, sin control, que se deslizaba por el firme y bronceado cuello, por el fornido torso, para acabar posada sobre unos poderosos bíceps y regresar de modo súbito al rostro sonriente. Tenía unos labios carnosos, unos dientes blanquísimos, aquel mechón rubio cayéndole sobre unas cejas ampulosas, y una frente lisa, excepto por una cicatriz.

—Pero ¡si es la señorita Tremaine! Lo siento —se excusó, mostrando el móvil—, pendiente de la llamada como iba…

—No te preocupes, yo también iba distraída. Gracias, de verdad,

es la segunda vez que tienes que ayudarme, qué vergüenza.

—¿Vergüenza? La mía, que no tengo. ¿Te he hecho daño?

—No, en absoluto.

El uniforme azul con la camisa remangada le sentaba de muerte, pensó Suzanne sin recato, ni ganas de tenerlo.

Él le devolvió el último libro caído y sus manos se rozaron. Unas manos grandes como todo él, que podían envolver las suyas hasta hacerlas desaparecer dentro, de tacto cálido y suave y que desprendían una fragancia muy particular, sensual, como todo Adrien, a cuero y tabaco y bergamota. Saltaron chispas, justamente las que encendieron a Suzanne. ¡Dios! ¡Rezumaba masculinidad por todos los poros de su piel y los de ella respondieron en el acto, palpitantes, incandescentes, bombardeando una infinitud de esporas de feromonas! Había que hacer algo.

—Gracias —murmuró como una quinceañera.

—Lo siento —repitió cortés él, mientras se alejaba sin perder la sonrisa.

«Vale, de modo que esto es todo lo que sabes hacer. Pues así no te vas a comer un rosco, capulla.» «¡¿Y quién quiere comerse ningún rosco?!», saltó otra de sus voces implacables. Desde pequeña convivía con una multitud parlante en su interior. Estaba convencida de que era lo normal, hasta que sus compañeros de instituto la desengañaron, y con la revelación de que a nadie «normal» le sucedía, su reputación de friki se consolidó. Un psicoanalista que se zampó sus primeras vacaciones averiguó que no padecía ningún trastorno mental, salvo una imaginación un pelín excesiva, que podía canalizar a través de algún modo de expresión artística. Entonces fue cuando se le ocurrió ir a clases de cocina y se apuntó al Brooklyn Culinary Institute, donde fue infeliz y se acentuó su inseguridad, debido a la excesiva competitividad de sus compañeros. Ella no quería eso, tan sólo ir a su aire; por suerte, todo eso había quedado tan atrás como la antigua Suzanne.

—Suzanne, Suzanne, ¿va todo bien?

La chica caramelo la devolvió a la realidad mediante un suave zarandeo del brazo.

—¿Todo bien? —repitió.

—Sí, sólo fue un tropezón tonto…

—Sí, sí, tropiezo tonto dice. —La cara de Morgan era un todo un poema.

—¿Un tropiezo tonto? ¿Qué tropiezo tonto? —preguntó Tabitha.

—¿Con quién has tropezado? —preguntó a su vez la chica caramelo, encendida.

Merton aguardaba expectante una sabrosa respuesta y Priscilla se encargó de que la obtuviera:

—¿Has tropezado con alguien interesante? Cuenta, cuenta…

Acosada, Suzanne no tuvo más remedio que confesar:

—Con Adrien Westwood…

Un «¿Quién?» de entonaciones diferentes y puntiagudas serpenteó entre los presentes como un chispazo eléctrico.

—Un bombero paramédico —aclaró Suzanne, sonrojándose.

Entonces fue la palabra «paramédico» el chispazo que sacudió las diferentes exclamaciones atribuladas, dignas de un grupo pubescente.

—Vamos a ver, tías y tío, ¿quién es el paramédico?

—Audrey, lo viste el otro día tomando café en El Reno, con el jefe Richmond en la barra… —la informó Tabitha.

—Noooooooo —se pasmó Audrey.

—Síííííí —se entusiasmó Morgan.

—¡El tío bueno! —celebró la chica caramelo, volviéndose a Suzanne con los ojos muy abiertos.

—Es… tan, tan, tan… —Suzanne casi había puesto los ojos en blanco.

—Tan, ¿qué? —chillaron todas.

—Yo lo digo —gritó Audrey—. ¡Tan bien equipado!

—¡Audrey! —chilló Suzanne—. Bueno, chicas, basta. Sólo fue un tropiezo, involuntario como todos los tropiezos. Sólo eso —concluyó aferrándose a su colgante.

—Sí, claro, ahora lo llaman «tropiezo involuntario» —se burló Morgan.

—Sí, claro, ahora lo llaman «tropiezo involuntario» —repitió Audrey.

Estallido de carcajadas y Merton que preguntó:

—¿Por qué estás más roja que un campo de amapolas?

—No hay nada de malo en que te guste el paramédico, tía —siguió Audrey.

—Más bien todo sería muy bueno si… —Tabitha aguijoneaba.

—Bueno, pues, pon manos a la obra, pero ¡ya! ¡Que está soltero! —ordenó Priscilla.

—Pero es más joven que yo, y si no le gusto y…

—Cuando te canses de procrastinar, vas a por él si no se te han adelantado, claro —se impacientó Audrey.

Y Suzanne comprendió que sus amigos tenían razón. Iba a responder algo, cuando Priscilla preguntó:

—¿Te pone?

Ella respondió sin pensar:

—A cien por hora, a mil.

—Pues corre, tía. Ve por él —la animó Priscilla.

Entonces Morgan la miró como desde otro mundo:

—Deséalo…

Esa palabra sobrevoló la habitación y se introdujo en todas las células de Suzanne, en su alma y en su corazón. Apretó su lamparilla colgante de plata y deseó con la fuerza de cada partícula de su ser «vivir un amor loco, ardiente e insaciable con el paramédico». Cuando abrió los ojos, los azabaches encendidos como ascuas de Morgan la estaban mirando fijamente. «Escucho y obedezco», saltó una de sus alborotadas voces interiores. «¡Calla!», le ordenó ella. Se hizo el silencio y las conversaciones a su alrededor recobraron el tono normal.

—Esa luz y brillo en la piel, Tabitha… Se te ve diferente, te sienta de maravilla. ¿Has cambiado de maquillaje? —la sonsacaba Audrey.

—Sí, yo también me he dado cuenta, ¿qué marca es? —se unió Priscilla.

Tabitha se tocó la cintura y el vientre, habían comido mucho. Apuró su copa de agua y dijo:

—Marca Predictor.

Entonces se armó la marimorena entre «paracuándos», «¡enhorabuenas!», «yasabesloquees», «quénombrehabéispensado», «quéfuerte», «quéilusion», «nopuedocreerlo». «seremoslastiitaschachis».

* * *

—¿Aún no estás encinta, criatura? ¿Cómo puede ser?

Inquieta, tía Agatha me amonestaba por lo que, según ella, era una conyugalidad descuidada. Tomábamos el té en el cenador del jardín, bellamente circundado por rosales blancos.

—He pensado incluir setos de rosa blanca en dos hileras para…

—No. Resultaría repetitivo. No seas vulgar. Y no cambies de tema, no lograrás desviar mi atención. ¿Qué ocurre entre vosotros, hijita?

—Bueno, Merryn está de servicio y no regresa hasta la semana próxima, bien lo sabe, mi querida tía —me defendí.

El viento del páramo levantó suaves olas en las mangas de mi vestido de organza y mis bucles danzaron al mismo son. Lady Bickford irguió cuello y cabeza con toda su dignidad, sus pendientes

de amatista bailaron en sus orejas y sus ojos grises se clavaron en los míos cuando dijo:

—Quiero un sobrino nieto antes de la próxima primavera.

Acabábamos de entrar en la primavera vigente, lo que me daba muy poco margen de maniobra. Ambas nos sostuvimos la mirada un prolongado instante.

Sonó el teléfono…

* * *

… Siguió sonando el teléfono. «No, hombre, no, ahora no.» Suzanne, fastidiada, dejó el libro y descolgó el auricular del aparato de la mesita de noche.

—¿Diga? —respondió de mala gana.

—Mañana pásate por la radio, te entrevistaré para hablar de Castle Books.

—Vale, ¿a qué hora?

—Sobre las ocho, ¿de acuerdo?

Suzanne iba a responder afirmativamente, pero entonces reaccionó:

—Un momento, ¡¿cómo que una entrevista?!

—No querrás que se la haga al muñeco de Harry Potter…

—¿Y Tabitha?

—Me dijo que te la hiciera a ti. Vamos, no seas remolona, que saldrá muy bien. Ponte guapa.

—Pero si es la radio, no me verá nadie…

—Tú ponte guapa, que luego tienes que ir a la librería y han de verte perfecta. Por cierto, todo bien por allí hasta el momento, ¿no?

—Sí, soy feliz. Un sueño. Hay una anciana, Martha, que viene cada día. Es fantástico.

—¿Y Holly trabaja bien, os ayuda?

Holly Jefferson era una singular joven, masculina por vocación, cabello corto, casi rasurado, tatuada por todas partes, un genio de la informática, callada y competente. El nuevo refuerzo que Tabitha había incorporado.

—No podría ser mejor. Un absoluto encanto.

—Bien, hasta mañana, cariño.

Y colgó.

VI

Cuando Suzanne entró en la WKRP Silverfield radio, tratando de controlar su pertinaz nerviosismo, la última persona que esperaba encontrar allí era a Adrien Westwood, con una pelliza encima del uniforme, riendo y tomando café. Al verla aparecer, sus ojos topacio radiante se iluminaron y fue derecho a saludarla.

—¡Buenos días, Suzanne! Es genial que la gran Priscilla vaya a entrevistarnos juntos, ¿no es cierto?

«Sí, genial», pensó ella, pero sus labios no se despegaron.

Adrien, solícito, le sirvió un café de la máquina.

—¿Te apetece? Con este frío… —le tendió el vaso de plástico con el café.

Suzanne, azorada, notaba cómo su estómago bombeaba acelerado la poca sangre que no se le había paralizado. Las yemas de sus dedos helados no sintieron el vaso y éste se estrelló contra el suelo. Al punto, una bomba de café estalló, enviando infinidad de gotas por doquier. Una parte del doquier fue a parar a una pernera de los pantalones del paramédico, que, a pesar de retroceder, no logró evitarlo.

Suzanne, paralizada, sólo miraba la mancha del suelo.

—Me quiero morir… —murmuró.

—Se ve que lo nuestro es así —rio Adrien, restando importancia al incidente.

—Dejadme a mí.

Rob Thorton, el técnico, con los auriculares en la cabeza y esgrimiendo una fregona, los hizo a un lado y recogió el desaguisado en un periquete.

—¿Ves? —dijo luego, satisfecho de su hazaña—. Ni rastro del crimen, ya puedes cambiar de cara mujer.

—Ya veo que os conocéis. Qué bien —apareció Priscilla, vestida de manera informal, con un moño bajo y gafas de leer—. He querido haceros la entrevista conjunta, porque así, cada cual con su tema, resultan más divertidas.

—Genial —dijo Adrien.

—Genial —masculló Suzanne.

—Me lo agradecerás… —le murmuró Priscilla a Suzanne al oído

como quien no quiere la cosa, mientras seguía coordinando la entrevista.

—La esperaremos un minuto más y, si no llega, arrancamos. Ya os podéis ir colocando.

—¿A quién? ¿A quién esperamos? —se interesó Suzanne.

—A Ronda Thorton, la sobrina de Rob. Periodista recién salida del horno. Vendrá como becaria.

Los acompañó a «la pecera». No habían hecho más que acomodarse, cuando alguien golpeó el cristal de la cabina. Suzanne vio a una joven perfecta. Pelirroja, ojos azules, delgada, altísima e insultantemente sonriente. A una señal de Priscilla, entró, suave, dulce, disculpándose, regalando un surtidor de flores multicolor por los ojos, todo con una elegancia natural y angelical tal que… ¡Era para darle de bofetadas!

Suzanne se preparó para la guerra. Ronda lo había querido, ¿quién le mandaba aparecer?

—Vamos allá —vocalizó más que dijo Priscilla.

Una señal a Rob y el piloto rojo se encendió. «En el aire», ponía. Rob alzó el pulgar y Priscilla empezó a hablarle al micro.

—¡Buenos días Silverfield! Sintonizáis la emisora WKRP Silverfield radio, por si no lo habíais notado. Hoy, en *Las Mañanas del Lago* os traemos una entrevista a tres bandas con tres importantes miembros de nuestra comunidad. Estoy segura de que os va a encantar escucharlos, porque tienen mucho que contar. Un saludo de quien os habla, Priscilla Lombard, que no tiene frío porque hoy la WKRP está que ardeeeee…

Levantó un dedo y Rob puso una ráfaga musical. Adrien se dio por aludido y adoptó una expresión de «Ya estamos con el chistecito». Suzanne también se sintió interpelada y puso cara de «Si no fueses mi amiga, te ibas a enterar». Ronda, por su parte, no se enteró de nada.

Priscilla entró de nuevo:

—Tengo aquí conmigo a Suzanne Daniels, una de nuestras libreras favoritas de Silverfield. Nos trae todas las novedades literarias desde Castle Books…

Sonaron aplausos. Cuando Adrien oyó el apellido la miró intrigado, Suzanne le devolvió la mirada con el mensaje: «Ya te lo explicaré».

Priscilla seguía:

—También nos acompaña nuestra jovencísima, novísima, preciosísima y todo lo que queráis añadir, Ronda Thorton, nuestra becaria. Y una cosita dicha sólo como de pasada, quedaos con su

seductora voz de terciopelo, porque a partir de ahora las mañanas van a ser suuuyaaas…, las del lago y las de Silverfieeeeeld… Después de mí, naturalmente.

Rob pinchó un agitado «¿Cómo?» coral y luego aplausos. Suzanne y Adrien miraban atentos. Priscilla movió el índice en círculos. Seguían.

—Y el tercero, espero que no en discordia, pero sí hombre, es un señor de tomo y lomo, nuestro bombero paramédico de la Brigada del Departamento de Foster, Adrien Westwood.

Silbidos y gritos de *groupies* precedieron a los aplausos.

La charla fue muy amena y para Suzanne supuso un aliciente comprobar cómo la simpatía crecía entre ella y Adrien a partir de las bromas y los dobles sentidos que se dedicaban. Ronda no podía participar, apenas Priscilla podía, porque ambos afilaban más la lengua cuanto más lo hacía el otro y el ingenio explotaba una y otra vez. Llegó un pico álgido de acaloramiento en el que Priscilla, satisfecha, vio que la entrevista se le había escapado de las manos.

—¿Qué libro me recomendarías si voy a Castle Books? —desafió Adrien a Suzanne, pero ella salió airosa:

—*La hoguera de las vanidades*, de Tom Wolfe…

Adrien encajó el estoque:

—¿Por qué ése, precisamente?

—No te diré que lo apagues, te diré que lo leas…

Rob pinchó un efecto de griterío de público admirado.

—Porque es un buen libro —contestó Suzanne.

—Tocado —admitió él.

—¿Eres vanidoso, Adrien? —aprovechó Priscilla.

Él soltó una carcajada celestial.

—Sí, bastante, me siento muy orgulloso de mi profesión.

—Suzanne, ¿algún consejo más para Adrien?

—Sí, que recete libros.

—¿Qué recete libros? —se sorprendió Priscilla.

Adrien arqueó las cejas.

—Los libros curan.

—Hermosa frase, Suzanne. Ya lo habéis oído, amigos, leed mucho, porque los libros curan. ¡Maravilloso!

—Cuéntanos, Adrien, ¿tienes algún sueño especial?

—¡Sí! —respondió él—. Me gustaría cantarle a mi chica *Can't Help Falling in Love with You* en el karaoke de Drew un viernes por la noche, rodeado de amigos y de cervezas.

—¡En El Reno! —metió baza Ronda—. ¡Yo me la sé!

Suzanne notó un mordisco de rabia en el estómago.

—¿Y qué te falta para ello? —prosiguió la conductora de *Las Mañanas del Lago*.

—¡La chica!

Todos rieron en el locutorio.

—Lo siento, Ronda, buen intento —la machacó Priscilla con afecto.

Ronda fingió un llanto lastimero de perrito de lo más gracioso.

—Y si tu chica decide que también quiere cantar contigo a dúo, por ejemplo… ¿elegirías la misma canción, Adrien?

—No, aunque sí al mismo cantante. Ese dúo con mi chica sería *Love Me Tender*. No me gusta nada Elvis, ¿verdad?

—Tu chica será muy afortunada. ¿Y qué hay de ti, Suzanne? ¿Cuál es tu sueño?

—¿Mi sueño? Fotografiar una puesta de sol en un lugar insospechado…

—¿Por qué?

—Para robarle un momento a la eternidad.

Suzanne no se dio cuenta, pero Adrien la escuchaba absorto.

—¿Con alguien especial? —Priscilla seguía empeñada en lo que seguía empeñada.

—Oh, sí, con mi cámara…

—Bien jugado, nena.

Las risas volvieron al locutorio.

—En cuanto a ti —Priscilla miró a Ronda—, Ronda, cielo, anúncialo tú, que a mí no me gustan las despedidas.

—De acuerdo, Priscilla. Está bien, amigas y amigos, me toca. A partir de hoy, las mañanas son mías, porque Priscilla nos abandona, se va a Nueva York…

—Regreso —puntualizó ella.

—Y se va a lo grande, porque la próxima temporada va a protagonizar un *reality* junto a otras celebridades, del que ya no podemos revelar nada más. Así que, querida Priscilla, aunque no quieras despedirte, di alguna última cosa a tus oyentes.

—¡Queridas y queridos, no os aflijáis, porqueeee, nos veeemos en las oooondas!

A su señal, la música de despedida del programa subió y los micrófonos se desconectaron.

—¡Muchas gracias, chicos! —los abrazó Priscilla—. Ha sido estupendo, me he reído mucho. Habéis estado geniales. Para ser mi último programa, me habéis regalado uno divertidísimo. Hagámonos una foto para Instagram.

Posaron abrazados y sonrientes para Rob.

—Pero entonces, ¿te vas de verdad? —A Suzanne le costaba creerlo.

—Sí, cielo, mi vida es así. Ahora aquí, luego allí. Sin parar. Pero aún estaré algunos meses por aquí. No me vais a perder de vista tan pronto.

—Si es lo que te hace feliz, me alegro muchísimo. ¡Mucha suerte, amiga!

Se estrecharon en un fuerte abrazo.

—Ve a por él, espabila —le deslizó Priscilla al oído antes de separarse.

Pero Suzanne vio a Adrien y Ronda enfrascados en una animada conversación y, dominada por un estúpido sentimiento de derrota, autocompasión y orgullo, abandonó el edificio.

* * *

Entró en la librería con dos cafés humeantes en un vaso de cartón, uno para Holly y otro para ella.

—Buena entrevista, jefa.

—No me llames jefa, somos compañeras. Entonces, ¿te ha gustado?

—Interesante —dijo Holly mientras masticaba un trozo de bollo. Señaló el ordenador—. Échale un vistazo a la web, hay un montón de compras.

Suzanne se concentró en la pantalla y el teclado:

—Joder, qué fuerte —resopló—. Eres un genio, tía. La puta ama. Es gracias a la web que has diseñado, es fantástica. Es tan como un cuento de hadas, que hasta yo compraría a través de ella, estando como estoy en la misma librería. Impresionante.

«Ahora me he pasado —pensó Suzanne—. Me estoy convirtiendo en una versión más sabia de mis dieciséis años, ¿será así lo de empezar de nuevo?»

Holly sonrió a lo chico duro, mientras lanzaba una mirada de reojo a la sombra que se proyectaba en la puerta.

En ese momento, la campanilla sonó y la puerta se abrió. Desde algún recóndito lugar de su mente, Suzanne reconoció una fragancia a cuero, tabaco y bergamota, pero lo ignoró, porque estaba en otro mundo.

Adrien y Holly se miraron. La chica le dio un codazo a Suzanne y la relevó en el ordenador. Suzanne miró hacia el hombre sobresaltada. Él la contemplaba divertido. Ella se atragantó, enrojeció, desplazó todos los papeles que tenía sobre la mesa, se le

cayó un bolígrafo al suelo, ¿qué le ocurría? Ambos se agacharon para recogerlo y cuando él se levantó para dárselo, también lo hizo ella y sus narices tropezaron. Adrien no se apartó, Suzanne sí, azarada, y dejó el bolígrafo sobre la mesa con gran estrépito.

—Perdón —se disculpó.

—No, perdona tú —dijo él.

Ambos rieron.

—Pensarás que soy lo peor.

—No pienso nada —respondió Adrien amable.

—No te quedes con la idea de que soy torpe, sólo me pasa contigo…

Holly se llevó una mano a la frente con una expresión de «No quiero seguir oyéndote, jefa». Pero Suzanne, consciente de que se había metido en un jardín, no se calló:

—Quiero decir, sólo me pasa en Silverfield, porque aquí estáis muy fríos —sudaba tratando de salir del atolladero—, helados, quiero decir, yo…

—¿Te parezco un tipo helado? —se animó Adrien.

—No —le vino al pensamiento un helado de fresa y chocolate—. ¡Sí! —rectificó. ¡¡¡No!!! Oh, no, no.

—Como antes me has llamado «apaga hogueras», pensaba…

Adrien, con una cínica ceja levantada, se divertía de lo lindo con el apuro de Suzanne.

—Yo no te he llamado eso, sólo te he recomendado… Oh, basta, no te burles más de mí, por favor. ¿Puedo ayudarte en algo? Porque si no, tengo mucho trabajo…

—No te enfades, te lo ruego. Sólo he venido porque tenemos un café pendiente…

—¿Un café pendiente?

—Sí, el anterior está en mis pantalones…

Suzanne enrojeció.

—¡Oh, Dios! —murmuró.

—Que no, que no te preocupes, por favor. Ahora voy a Foster, a la base. ¿Te recojo a las seis? ¿Aquí?

Suzanne guardó un silencio largo, pensaba, sin ser capaz de encontrar ninguna idea. Holly lanzó una fugaz mirada al techo buscando esa santa paciencia que siempre está allí.

—Es que…. —tartamudeó Suzanne.

Entonces la campanilla de la puerta volvió a sonar y apareció la radiante Ronda.

—¡Hola! —saludó.

—¡Sí! —gritó Suzanne.

Adrien se sorprendió.

—A las seis es buena hora para mí.

—Oh, oh, una cita —se entrometió Ronda.

—No, sólo es un café —puntualizó Suzanne.

Ronda se encogió de hombros y consultó una revista. Adrien perdió la sonrisa.

—Claro, sólo un café. Hasta la tarde —se despidió.

—Necesito una agenda —pidió Ronda con alegría.

—Esto no es una papelería.

A la pelirroja también se le esfumó la sonrisa.

—Perdona, jefa, tenemos agendas de *Star Wars* detrás del escaparate —intervino Holly, señalando con un lápiz que llevaba detrás de la oreja y volvió a lo suyo.

Ronda le estrechó las manos y casi pareció que daba un saltito, como una niña con una muñeca.

—¿En serio? Es justo lo que necesito. Soy fan nivel galáctico de *Star Wars*.

Holly olvidó el ordenador y la contempló:

—Pues yo nivel Dios.

—No puedo creerlo —respondió Ronda entusiasmada.

—¿Saga antigua, o moderna? —preguntó caustica Suzanne, mientras cogía varios ejemplares.

—¡Todas! —respondió Ronda.

—¡Todas! —le hizo el eco Holly.

—Entonces, éstas son tus agendas —dijo soltándolas sobre el mostrador sin ninguna delicadeza.

—A mí dejadme con Harrison Ford y Mark Hamill… —farfulló mientras se iba a la trastienda.

Las chicas la ignoraron, enfrascadas en su conversación.

* * *

A mediodía, Suzanne oyó la voz de Holly:

—Salgo a comer… con mi amiga.

—De acuerdo —respondió Suzanne, inmersa en una búsqueda de Google—, yo comeré aquí, pero pon el cartel de «Cerrado».

—¡Vale!

En la trastienda, Suzanne había organizado un bonito rincón para leer. Un confortable y mullido sillón de brazos, con un cojín para la espalda, una lámpara de lectura que proporcionaba buena iluminación, y una mesita donde dejar café, té, bebida y algún plato de comida. Sacó su amado *Apágame* y un emparedado vegetal.

* * *

Ciertamente, tuve una gran alegría el día que mi esposo regresó y nos anunció su intención de permanecer en Inglaterra largo tiempo, lo que nos permitiría instalarnos en la casa de Londres para disfrutar de buena parte de la Temporada. Se presentó un día antes de lo esperado cuando nosotras, desprevenidas, tomábamos el té en el lugar preferido de lady Bickford, el cenador de las rosas.

Él subió la loma con su porte decidido, de uniforme; el viento despeinaba su cabello recogido. A pesar de ser una tarde seminublada, una franja de sol lo señalaba, como mostrándole el camino. Tal vez cojeaba de modo ligero o tal vez se debiera a las depresiones del terreno. Fuera como fuese, llegó hasta nosotras y ambas lo recibimos con calor.

Lo observé en silencio mientras nos contaba percances y anécdotas de la expedición a bordo del *Storm*. Regresaban de Polinesia y habían sufrido un abordaje de corsarios malasios en el Índico. Por eso cojeaba de la pierna izquierda, lo habían herido en la zona lumbar. En esos meses completaría su recuperación. Me afligí por su herida, admiré su bravura, aspiré el olor de su atractiva presencia. El corazón me empezó a latir desbocado. Tomé un sorbo de mi té para serenarme. No iba a enamorarme, no podía permitírmelo. Tía Agatha sorprendió mi expresión y yo su sonrisa traviesa. Todo se encendió en mi interior como una antorcha en la noche.

Entonces, Merryn sacó de sus bolsillos dos pequeñas cajas de tela rosa, una se la tendió a su tía y la otra fue para mí. Cuando las abrimos, nos quedamos admiradas ante su contenido: ¡perlas! Maravillosas perlas para lucir en las orejas. Le expresamos nuestro agradecimiento.

—No existe abalorio alguno capaz de ensalzar la gran belleza de las damas más valiosas para mí —les restó importancia él.

Me conmovió. Me estaba rindiendo…

—Sería aconsejable que tuvieses una reunión con el señor Archibald Wells —comentó tía Agatha.

—¿Con Wells, el laborista? —Merryn parecía alarmado

—Peabody y él llevan bastante tiempo tratando de persuadirme a mí, cuando es contigo con quien deben hablar.

—Oh, no. Olvidadlo todos, no entraré en política. Naufragaría al primer intento.

Ante su determinación, me sentí un poco orgullosa de él, lo

reconozco. Sus ojos se oscurecieron como si negras nubes de tempestad se hubiesen posado sobre aquel verdor endiablado. Un mechón rebelde se descolgó sobre su cejo fruncido y apretó el puño con su instintiva autoridad.

—Pues será una verdadera lástima —se enfurruñó lady Bickford, contrariada.

A un gesto, Farrows acudió para tirar de la silla y trasladarla al interior de la casa. Una vez solos, los dos nos mantuvimos en silencio. Él me contemplaba abiertamente, sus ojos irradiaban la misma luz del sol que le faltaba al cielo de la tarde. El viento del páramo, centrado en mí ahora, enredaba mi cabello suelto con las cintas de mi vestido de tafetán azul, del mismo color que su casaca.

—Has logrado un jardín de exposición —dijo.

—Gracias, me he sentido bien con esta ocupación.

—¿Tú también crees que debo abandonar el mar?

Medité un segundo.

—Yo creo que debes hacer lo que te haga feliz. Pero la manera perfecta de no afligir a tu tía sería tener esa reunión y después hacer lo que te venga en gana.

Esbozó una sonrisa.

—Tu espontaneidad es a mi alma lo que la brisa al mar, un soplo de frescura por donde escapar del aburrimiento.

Entonces me miró de un modo… Su deseo feroz se expresaba a través de unos ojos que parecían desnudarme. Se acercó y yo di un paso atrás, despavorida. Sólo me agarró de las muñecas, apartó un mechón impertinente de mi rostro y me dijo con su voz profunda:

—Scarlett, he pensado mucho en nosotros. En ti…

Me abrazó con delicadeza, acarició mi cabello con sus labios. Yo sentí la estampida de las mariposas ascender hasta mi cabeza y saltarme la tapa de los sesos. Me hubiera entregado a él allí mismo si me lo hubiese pedido.

—En estos meses de separación —dijo con voz agitada—, he comprendido que me importas. Y mientras estuve postrado sólo pensaba en ti, en cómo te besaría cuando te tuviese así, como ahora, entre mis brazos. Te he echado tanto de menos.

Lo miré conmovida, él me miró. Nos besamos a través de los ojos antes que con la boca, y entonces la suya buscó la mía y nos fundimos en un beso eterno, que despertó todo el amor que siempre había querido darle y que le negaba una y otra vez. Era mi esposo, se rendía a mí, ¿qué más quería de él?

* * *

—¿Quieres café? He pensado que te apetecería uno.

Holly irrumpió en el santuario y sacó a Suzanne de su mundo como el vórtice de un tornado; todo desapareció de un modo tan abrupto que le dolió el corazón. La realidad llegaba para quedarse y jamás había visto a la chica tan dicharachera. ¿Se habría enamorado? Ojalá, le había cogido afecto y le deseaba lo mejor. ¿Y ella? ¿Tendría su oportunidad aquella tarde? Media hora y Adrien estaría allí. ¡Media hora! ¡Santo Dios! Debía reaccionar. Fue derecha a un espejo y no le disgustó lo que veía.

—Estás aceptable, y además no es una cita —la animó Holly sin levantar la cabeza del ordenador.

—No, no es una cita —repitió Suzanne.

—¡¿Cómo que no es una cita?! —exclamó triunfal la venerable Martha—. Hoy es nuestra sesión del club de lectura, ¿o no es hoy? ¡Adelante chicas!

Un batallón entero de mujeres mayores, con alguna que otra joven infiltrada, armadas con sendos libros, marcapáginas y libreta de lectura, no sólo hizo su aparición, sino que ganó terreno sin que Suzanne pudiese repeler el ataque. Avanzaron firmes e implacables hacia el rincón previsto para tales reuniones y plantaron los bolsos en la mesa central como la bandera de su victoria. Suzanne, desolada, vio aparecer a Adrien y comprendió que el único camino era la renuncia y la rendición. Se dirigió al excitado grupo:

—Denme un segundo, amigas. Debo solucionar una cosa.

—De acuerdo, querida —concedió Martha—, pero no tardes mucho.

Se acercó a Adrien sabiendo que lo decepcionaría y que nunca más volvería a verlo. Sin uniforme también estaba muy guapo, y se había arreglado.

—Hola, Adrien —lo saludó en tono de disculpa.

—¿Qué ocurre? —se preocupó él.

—Verás, no me lo invento, puedes quedarte si te apetece…

—No quieres tomar café conmigo…

—No es eso, nada me gustaría más. Pero se ha presentado el club de lectura con su capitana al frente y no se piensan ir sin su sesión.

La cara de Suzanne era un poema. Holly intervino en su auxilio desde su rincón:

—Soy yo la culpable, he olvidado pasarle el programa del día. Lo siento.

—Yo debería haberme acordado, soy horrible. Lo siento.

Adrien chasqueó los dedos.

—¿Vas a cenar sola esta noche?

—Sí.

—¿Te gusta la lasaña con verduras?

—Sí.

—¿Cuándo acaba el club?

—En un par de horas.

Adrien le tendió su tarjeta.

—¿Te apetece pasarte?

Suzanne miró la tarjeta, lo miró a él y el rostro se le iluminó. ¡Un hombre guapo iba a cocinar para ella!

—Sí.

—¡Bien! Entonces disfruta el club.

Adrien abandonó la librería como un mozalbete saltando detrás de una pelota.

Holly alzó los pulgares satisfecha cuando Suzanne pasó ante ella.

VII

No le costó encontrar la casa, blanca, rodeada de coníferas y abetos, junto a la intersección del camino entre Foster y Silverfield. Frente a ella discurría la senda que conducía directamente al lago. Las luces encendidas dentro le permitieron ver a través de la ventana la silueta del paramédico preparando la mesa. Le llevaba un ejemplar de *La hoguera de las vanidades* como disculpa. Inspiró hondo y llamó. Adrien la recibió con alegría.

—¡Estás aquí!

—¿Acaso pensabas que no vendría…?

—No dudo de ti, pero no las tenía todas conmigo.

Entraron riendo.

—Deme el abrigo, señorita… Tremaine o Daniels…

Suzanne se lo dio todo, abrigo, gorro, guantes, bufanda.

—Puedo explicártelo —respondió.

—Eso espero.

—Tremaine es el nombre del personaje central de una novela. En ocasiones me parapeto tras ella cuando siento temor. No debí hacerlo, discúlpame.

—Así que te causo temor…

—No, sí. Quiero decir, no. ¡En absoluto! Es sólo que…

—Entiendo, existe un señor Daniels.

—No. Ya no.

—Comprendo.

La temperatura resultaba muy agradable y se percibía el apetitoso aroma de la lasaña. Un golden retriever saltó sobre ella, moviendo la cola de un lado a otro, muy amistoso.

—Pero bueno, ¿quién eres tú?

—Te presento a *Mery*.

—¡Oh, una chica bonita! Pero qué preciosidad…

—Te pedirá comida… Consejo, no le des de comer o te perseguirá hasta el fin de tus días.

—Es joven…

—Sí, era un cachorro perdido en la carretera cuando la encontré.

Entonces un gato blanco y negro saltó sobre una repisa y miró fijamente con sus enormes ojos verdes a la intrusa que osaba

moverse por su propiedad.

—Oh —la admiró Suzanne.

Tuvo el instinto de acercarse a acariciarla.

—No, mejor poco a poco. *Penny* necesitará su tiempo. La encontré en el incendio de una fábrica. También era un cachorrito, pero no creo que haya olvidado el incendio. Los gatos no olvidan. No podía dejarla allí. Los chicos me aconsejaron llamarla *Chispa*, pero…

—¡Eso es muy cruel! No tiene ninguna gracia. —Y estallaron en carcajadas.

Suzanne apreció su noble corazón y se alegró de estar allí. Adrien conectó el equipo de música y sonaron las envolventes notas de una balada. La cogió por sorpresa y bailó con ella, dulcemente. Suzanne hubiera estado así toda la noche, pero entonces sonó el timbre del horno.

—¿Seguimos luego? —se disculpó Adrien galante.

Mientras él servía la lasaña y colocaba una fuente de verdura en el centro, Suzanne depositó el libro junto a su servilleta. Cuando Adrien tomó asiento y lo desenvolvió, su rostro pasó de la sorpresa a la seducción:

—¡Gracias! Sofocaré la hoguera… Quiero decir, lo leeré.

—Espero que lo disfrutes.

—No tanto como tu compañía.

La velada transcurrió fugaz como el soplido para apagar una vela. Charlaron, bromearon, se conocieron y se gustaron mucho. Y la chispa que había saltado entre ellos cuando tropezaron por primera vez se convirtió en la llama que los empezó a consumir a los dos.

—Cocinas de muerte —lo elogió.

—Bah, sólo procuro no morirme de hambre. ¿Más vino?

—Por favor…

Cuando Adrien vertió en la copa de Suzanne un poco más de aquel fragante y embriagador vino de color rubí, ella sólo se fijó en su brazo bien torneado. Deseó tocarlo con todas sus fuerzas, pero se contuvo. Sintió que el vino le estaba produciendo algún efecto y que la euforia se adueñaba de su voluntad, pero no le importó. «Hoy todo me da igual», pensó.

—No me juzgarás igual de bien cuando pruebes el postre, me temo que seré eliminado del programa…

—¿Ves *MasterChef*?

—No me pierdo un solo programa. Incluso me presenté como aspirante, pero no pasé de la primera ronda.

—¿En serio? Estoy impresionada. Yo también traté de probar suerte con la cocina, pero a nivel de aficionada, por entretenerme, y me inscribí en los cursos del Brooklyn Culinary Institute. Pero me temo que fracasé y lo abandoné. Bueno, de hecho, me mudé aquí y ya…

—Me gustaría poder valorar tus platos en alguna ocasión…

—¿Te estás invitando?

—Sí, creo que sí.

Se había acercado demasiado; Suzanne notó con agrado el calor de su cuerpo. Adrien se alejó y regresó con *coulants* de chocolate, adornados con unas bolas de helado de vainilla. Suzanne hundió la cuchara y se la llevó a la boca.

—Espera. —Adrien la detuvo y la sujetó de la muñeca hasta llevar la cuchara a su boca—. Déjame probar.

Ella lo dejó hacer, sintió excitación y placer y eso le gustó. Entonces Adrien mezcló *coulant* y helado en su propia cuchara y la llevó a la boca de Suzanne.

—Cierra los ojos antes. No los abras hasta que yo te lo diga. Esto debe degustarse… así. ¿Qué te parece?

—Es como robarle un momento a la eternidad —musitó.

—Sí —susurró él—. Como tus fotografías, eres una poeta sensorial. Eso es. Saborea lentamente.

Ella asentía despacio. Adrien se acercó y posó los labios sobre los de Suzanne, los separó con su lengua cálida e intrépida y el chocolate estalló salpicando sus sentidos. Adrien se apartó tan sólo lo justo para decirle:

—Ahora ya puedes abrir los ojos…

Con delicadeza, tomó el rostro de ella con ambas manos. Se miraron con intensidad.

—¿Te ha gustado?

—El mejor postre de mi vida —suspiró.

—Puedo darte mucho más…

Suzanne se levantó y dejó a Romeo compuesto y desparejado.

—¿Qué ocurre? ¿Te he ofendido?

—No, es sólo que… Debo irme…

—De acuerdo. —La sujetó de las muñecas y la estrechó entre sus brazos.

Muy a gusto contra aquel cuerpo magnífico, respirando al unísono y sintiendo los tenues latidos de un corazón que podría amar sin reservas ni límites, Suzanne no se hubiese movido, pero…

—Me gustas —le confesó—, por eso mismo quiero… necesito… obrar como *Penny*.

Adrien la apretó aún más contra sí.

—De acuerdo, pero me va a costar. —Le revolvió el cabello—. Me vuelve loco tu perfume, me vuelves loco tú…

Suzanne notó todo su vigor, todo lo que precisaba ser notado. Lo habría arrastrado hasta la pared, hubiese saltado a horcajadas hasta su cintura y se hubiese enroscado a ella, le hubiese bajado los pantalones… Se apartó…

—Perdóname, debo pensar…

—El amor no se piensa, cariño. El amor se hace.

O se iba o se tiraba sobre él. Se fue.

* * *

—Por supuesto que el amor no se piensa, sólo se hace y punto —la reprendió Holly—. Pero ¿por qué te resistes?

—Por temor al desengaño, supongo. He estado quince años casada, ¿sabes?

—¿Y?

—Mi marido no me quería. Para él yo todo lo hacía mal, mis «enemistades» eran mejores que yo… Sólo importaba él. Me ahogó y me fui.

—¿Divorciada?

—Aún no… Tan sólo escapé. Cuando me encuentre con fuerzas, tramitaré la demanda…

—¿Se lo has contado al bombero?

—No exactamente…

—En cualquier caso, no le hagas pagar a él los malos tragos que te hizo pasar tu ex.

Suzanne se quedó pensativa.

—Debes superar esos fantasmas; no puedes pasarte toda la vida huyendo de la felicidad. Y, entretanto, dejar escapar al hombre que podría dártela —insistió Holly.

—Eso no lo sé…

—¡Exacto! No lo sabes. ¿Y conoces el nombre de lo que haces? Procrastinación.

Suzanne resopló:

—Tú también…

—Mira, yo ahora estoy en una relación, y muy ilusionada. Hacía relativamente poco que había terminado la anterior, pero no me importa. No miro atrás. Sólo deseo caminar adelante junto a la persona que me hace sonreír. No me planteo nada, si duraremos más o menos, sólo me importa que me siento muy bien a su lado.

Sólo eso. ¿Y sabes qué? Soy muy feliz. *Capici?* La gente suele ser infeliz porque ella misma se inflige infelicidad…

—Caramba, Holly, ¡potente discurso! Me dejas sin contrargumentos… Y… ¿le conozco?

Holly tecleaba:

—Es posible…

—Genial, podríais venir a cenar un día de éstos.

—Vale, pero las dos parejas, que esté el bombero también. Si no, nada…

—Me lo pones francamente difícil, pero ¡trato hecho!

Suzanne, animada por el coraje transmitido por Holly, decidió lanzarse sobre Adrien en la próxima cita. En cuanto la llamase o apareciese por la librería, quedarían.

* * *

Adrien intentaba localizar a Suzanne de modo infructuoso. Debía ausentarse durante una semana para acudir a una formación en los Apalaches, donde las comunicaciones eran impracticables, y la cobertura de tabletas y móviles, una quimera. Sus turnos le impedían llegar antes del cierre de la librería y el inagotable tono del teléfono era ya su archidetestado enemigo. Decidió dejarle un mensaje en el contestador: «Suzanne, quería comentártelo en persona, perdiéndome en esos preciosos ojos… pero no ha habido forma humana de encontrarte. He tenido turnos dobles, algo poco habitual… Bueno. Lo de la otra noche significó mucho para mí. Porque me importas. Comprendo que necesites tiempo… ¡Te doy una semana! Para que me eches de menos. Estaré en los Apalaches en una formación. No tendremos comunicación con el exterior, así que a la vuelta te llamaré. Podríamos tener una cita de verdad… ¿de acuerdo? Pensaré en ti. Te besaría de modo interminable… Siéntelo, cariño».

* * *

Suzanne leía en la cama cuando Adrien dejó el mensaje. Absorta en la lectura, no oyó el timbre del teléfono, porque lo tenía en silencio. Para colmo de males, ignoró la luz oscilante del contestador durante demasiados días. Su único interés parecía centrarse en los asuntos de Longfield House.

* * *

Lady Bickford trazaba deliciosos planes para todos nosotros durante la cena. Hablaba y hablaba sin encontrar oposición y, complacida con ello, parecía que no fuese a acabar nunca y que la idea de retirarse a descansar no le preocupase lo más mínimo.

—Primero daremos una gran fiesta aquí en Longfield House. Han regresado los días de esplendor y todo el mundo debe saberlo. Tras la fiesta, iremos a Londres para la Temporada. Tenemos tanto en que pensar, ¿verdad, querida? Vestidos, ornamentos. Sombreros…, ¡sobre todo sombreros! Este otoño el buen gusto requiere de plumas de faisán y menos marabú. ¿No resulta excitante, mi querida Scarlett?

—Sí, querida tía. Insoportablemente excitante —le dije sin el menor entusiasmo.

—Estoy seguro de que vais a ser el centro de atención, tanto como lo serían las joyas de la Corona si estuviesen en nuestro salón. —Merryn trataba de ser amable.

Me turbaba su mirada. Era penetrante, como si se deslizara por cada íntimo rincón de mi ser. Saberme deseada de esa manera tan animal me excitaba. Sentía que si él era hábil me rendiría, no pasaría de esa noche. Me resultaba poderosamente atractivo, su cuerpo llamaba al mío y yo era débil e incapaz de acallar por más tiempo la respuesta.

—¿Más vino? —ofreció tía Agatha.

Farrows se acercó con la botella, pero Merryn lo detuvo con un gesto.

—Gracias, no. Me temo que hoy, tras la visita de Bracknell, hayamos acabado con las reservas de la bodega.

—¿Por qué no lo has invitado a cenar? —quise saber.

—Lo he hecho, pero ha rehusado. Tenía un buen motivo para ello, una cita muy cerca de aquí. Por eso se ha acercado a verme.

—¿Es algo serio? —preguntó tía Agatha.

—¿Bracknell? ¿Algo serio?

Merryn soltó unas carcajadas que me advirtieron de su estado de embriaguez. Mantenía su dignidad, su voz y entonación eran correctas, pero sus ojos brillaban en exceso y se percibía la exaltación de su sangre en algunos de sus gestos.

—Hijos míos, he llegado al límite de mis fuerzas por hoy. Si me dispensáis, voy a retirarme. Qué paséis buena noche —dijo tía Agatha.

La miré marchar auxiliada por Farrows, mientras yo sonreía ante la doble intención de su frase. Ninguna palabra o acción resultaban

inocentes en mi tía, como la llamaba ya. Iba a seguir su ejemplo, cuando Merryn me lo impidió. Vi que había despachado al lacayo. Estábamos solos. El fuego crepitaba, y él me empujó contra la pared, puso las manos sobre la superficie y yo quedé empotrada entre la pared y su cuerpo. Aquel rostro adorado estaba muy cerca del mío.

—No te asustes, corderillo. Sólo deseo hablar contigo…

Su boca se posó en mis labios, sentí ascender el fuego de la pasión desde mi pecho e inflamar mis senos y otras partes necesitadas de atención. Mi busto se agitaba y él me lo miró, apresado por el escote del vestido de seda verde. Sus labios olvidaron mi boca y se hundieron en él. Besó y succionó la piel con calma; yo respondí acariciando sus cabellos, deshaciéndole el lazo de la coleta. Me preparé para permitírselo todo. Le deseaba con toda mi alma.

Entonces, él tomó mi vestido por el escote y lo rasgó. Mis senos quedaron al descubierto, los cogió en sus manos, los acarició, tiró de los pezones, volvió a acariciármelos. Yo perdí el sentido y ya no tenía voluntad, sólo me agitaba para pegar mi cuerpo al suyo. Había llegado el momento en que me penetraría, yo ardía en deseos de que así fuese, en que él me apagaría…

Pero hizo algo inusitado y el fuego se apagó de repente. Me dio la vuelta, me tiró al suelo, me subió la falda y trató de poseerme por detrás. Sin más besos, sin más caricias, sólo se puso encima como un garañón sobre su yegua.

—No, por favor —supliqué, mientras él, lujurioso y torpe, me rompía la ropa si no era capaz de apartarla—. Aquí no, vayamos arriba —insistí.

No contestó, siguió a lo suyo. Me llené de rabia y frustración. ¿Trataba de forzarme cuando yo estaba dispuesta a entregarme? ¿Por qué permitía salir al bruto? ¿Cómo podía estropearlo todo de ese modo? Me debatí y me arrastré como pude hasta alcanzar con la mano una mesita en la que reposaba una pesada Biblia… Volqué la mesita y acaricié las páginas del libro sagrado. Él seguía encima de mí, intentando consumar su tropelía. Logré asir la Biblia y le propiné un golpe en la cabeza con ella. Todo cesó, Merryn rodó hacia un lado, inconsciente, y yo escapé.

Ante la puerta de mi habitación encontré a Forrest. Su cara, al verme aparecer, se demudó.

—Señora…

—Puedes irte, no te necesito.

El «sí, señora», lo oí desde dentro de la habitación. Cerré con

llave y, apoyada en la puerta, juré vengarme de Merryn Tremaine.

VIII

Días de viento y silencio se sucedieron, con todas sus noches todavía más frías y solitarias. El capitán Tremaine y yo nos evitábamos sin disimulo, para disgusto de tía Agatha, que con indirectas o sin ellas no conseguía otra cosa que ahuyentar a cualquiera de los dos de la estancia. Las comidas se tornaron lúgubres encuentros y por mi parte pasaba tantas horas como me resultaba posible ejercitando la equitación, leyendo o dando mi toque personal a mis plantas favoritas, los rosales blancos. Sabía perfectamente que Merryn se sentía avergonzado por lo ocurrido y frustrado por no tenerme, pero, aunque se disculpase, yo me cobraría mi venganza. Así las cosas, cuando llegó el momento de la planeada y ansiada celebración, los esposos Tremaine éramos dos desconocidos viviendo bajo el mismo techo.

—Si no podéis reconciliaros, al menos tratad de conservar la dignidad y guardad las apariencias de cualquier matrimonio aburrido, mientras tengamos a nuestros invitados en casa. —Nuestra anciana tía nos soltó esa regañina al tiempo que posaba la taza de café sobre el platillo y se retiraba de la mesa del desayuno sin esperar respuesta.

Sobre las once de la mañana llegaron los invitados. La anfitriona, lady Bickford, rutilante como una estrella del firmamento, no se cansaba de repetir «Ésta es una fiesta sólo para los más allegados», y a continuación me presentaba con sumo orgullo como «su sobrina, Scarlett Tremaine».

Yo estaba espléndida, con un sencillo traje marfil punteado con una ligera pedrería, y un recogido de bucles; enseguida me vi como el centro de atención y ello me satisfizo. Sé que la posición de mi mentón resultaba arrogante, pero era preferible a evidenciar la inseguridad que me embargaba.

Tía Agatha y yo recibíamos con una radiante sonrisa y cuando aparecieron los Northon, supe que la guerra no había hecho más que empezar.

—Queridos Herbert y Nadine, ¡qué alegría teneros de nuevo en casa! Sed bienvenidos. Mi sobrina, la señora Scarlett Tremaine.

—Encantada, un honor —los saludé.

Herbert Northon besó mi mano y galanteó:

—Me habían hablado de la gran belleza de la esposa del capitán Tremaine, pero ahora puedo confirmar que ningún elogio hizo justicia a la verdad.

Nadine Northon me estudió con mirada fría y una sonrisa abierta. Conservaba su atractivo a pesar de su edad madura y me aventajaba en desenvoltura y elocuencia. Parecía astuta y peligrosa. Sus ojos castaños y su cabello dorado le conferían un aspecto muy agraciado, su estatura no era escasa y sus formas redondeadas y generosas la dotaban de una sensualidad que ella sabía manejar.

—En efecto, es usted la comidilla de los mejores salones de Londres, y también de los peores —rio con displicencia y clavó sus ojos en los míos—. Todo el mundo quiere conocerla, Incluso Muriel Turner, mi nueva doncella.

Se me borró la sonrisa por completo. Y mientras ellos avanzaban hacia el interior de la casa, me mareé. Mi sueño había acabado.

La zozobra me acompañó durante todo el almuerzo y no fui capaz de mostrarme como la buena anfitriona que hubiera debido ser. Reía estúpidamente las gracias de unos y otros y parecía una mujer sin luces, muy a pesar de los destellos de mi vestido.

Cuando abandonamos el salón y dejamos a los hombres prendiendo fuego a sus cigarros habanos, tía Agatha me arrinconó antes de acceder a la salita de bridge para dejar que las demás mujeres entraran, atenuando el calor producido por los vapores de la cena con sus abanicos de marabú, sus risas y sus chismorreos. Me condujo a una habitación y sin preámbulos me espetó:

—No creas que no me he fijado. Estás pálida. Te tiemblan las piernas. ¿Tienes algo que anunciarme?

—No especialmente.

—¿No estás en estado?

—Oh, no, tía, me temo que no.

—Bien, entonces… ¿Me dirás qué ocurre?

—¿Quiénes son los Thorton? —pregunté a mi vez.

Tía Agatha, sorprendida y extrañada a la vez, me contempló un segundo antes de exclamar:

—¿Qué ocurre con ellos?

—¿Son muy amigos suyos, tía?

—No, no especialmente. Se trata más bien de una buena amistad de Merryn.

—Ah.

—¿Qué significa ese «ah»? ¿Qué me ocultas?

—Nadine Northon…

—Ahhhh… No todos los perros que ladran consiguen morder, querida —refunfuñó.

—Nadine Northon me odia.

—Que Nadine Northon te odie no es ninguna novedad. Ella detesta a todo el mundo. En cualquier caso, no me parece ése un motivo de pesadumbre, y menos tratándose de ti.

—Tía, yo debo sincerarme con usted. Yo…

Lady Bickford alzó la voz restando importancia a mi turbación:

—Ahhh, ya veo, se trata de eso…

Traté de recuperar la palabra, pero ella me lo impidió:

—Ocurrió hace mucho. Merryn era apenas un muchacho cuando Nadine y él tuvieron su aventura. El escándalo acabó con el matrimonio de ella de entonces, pero luego pescó al bueno de Northon… En nuestra sociedad, una mujer vale lo que vale su marido. La reputación y la honra se compran, me temo, y ella posee una gran fortuna con la que comprar maridos. Naturalmente, todo le sale bien siempre debido a su gran astucia, y a que cuenta con buenos aliados. Las malas lenguas se olvidaron de Nadine pronto para ensañarse con las desgracias de criaturas más desdichadas. Ella salió victoriosa, nadie lo recuerda ya.

—¿Ah sí? —El orgullo se extendió por mis venas, tomó impulso y aupó mi mentón.

—¡Ah! Pero no era eso… Entonces, ¿de qué se trata?

Tomé aire y, armada de valor, confesé:

—Lady Bickford, no espero su perdón. Me iré sin pedir nada a cambio. Estar a su lado me ha hecho mejor persona, pero sin nada vine y nada me llevaré.

Y así, sin remordimiento ni pena, se lo conté todo. Incluso que había podido ver a mi hermana junto a los demás miembros del servicio. Muriel, en su empeño por hundirme, lo iba a conseguir al fin.

—En absoluto —me sorprendió la gran dama de Longfield House —. Esa Muriel Turner no va a conseguir nada de eso. Y aquí se acabó la conversación. No hablaremos nunca más de esto, ¿de acuerdo?

—¿Cómo?

—Jamás me engañaste, Scarlett. Peabody me informó acerca de ti. Desde el principio supe de tu vida, de tu origen, y de tus falsas referencias. —Tomó aire—. Verás. Mujeriego, pendenciero y jugador… Los errores de juventud de Merryn lo han encasillado como un inmoral sin acceso a las prominentes casaderas, ni siquiera de mediana fortuna. Ningún padre lo quiere como yerno, por más

que es apreciado en los salones, pero tan sólo como la orquesta, para la pura diversión. La gente es así de morbosa. Necesitaba casarlo para su redención social y personal. El catálogo de viudas ajadas me tenía de lo más deprimida, hasta que apareciste tú… Así que, sal ahí y muéstrate como la flamante reina que eres de este lugar. Y, por el amor de Dios, ni se te ocurra decirle una sola palabra a Merryn. De Nadine Thorton ya me encargo yo.

«Y yo», decidí eufórica, bajo la protección de tía Agatha. Me impulsó a ser más osada de lo que ya era y a saber en mi fuero interno que lo único que me aguardaba tras la puerta era el triunfo.

* * *

Por la mañana pensé que era Forrest quien entraba en mi habitación para despertarme, pero me zarandeó con tal brusquedad que no me hizo falta abrir los ojos para saber de quién se trataba. En un gesto veloz, la sujeté por el brazo y, al tiempo que daba un salto, la lancé contra la pared.

—Eso no lo hace una señorita —gruñó mi hermana—. Sigues siendo una puta, por más que te disfraces.

—Y tú sigues siendo la triste Muriel. ¿Qué quieres?

Me propinó un bofetón en pleno rostro; no respondí.

—Me pertenece alguna parte de tu fortuna, dámela, y no volverás a saber de mí.

—Aunque dispusiese de fortuna, no te la daría, pero resulta que no poseo nada. Absolutamente todo pertenece a lady Bickford.

Muriel dio una vuelta por la habitación sin prisa ninguna, hasta que al final se detuvo ante el tocador, donde lo toqueteó todo sin escrúpulos. Sus dedos *pescaron* los pendientes de perlas, que alzó victoriosa ante mí.

—Me gustan éstos, se me verá refinada y bonita con ellos, ¿verdad?

Traté de fingir desinterés para no alentarla:

—Aunque la mona se vista de seda…

Muriel soltó los pendientes y cogió un collar de rubíes.

—Es de tía Agatha…

—Excelente, deberás explicarle por qué no lo tienes cuando te mande ponértelo.

Nada objeté, pero quería que se fuera:

—Ya tienes tu botín. Vete, Muriel.

—¿Botín? —rio despiadada—. ¡Qué graciosa eres! Esto no ha hecho más que empezar, respetable señora Tremaine. Así que

cogeré lo que quiera cuando quiera. Lo tuyo como si fuera mío.

—Sigue soñando…

—Conque ahora soy yo la que sueña. —Tiró de mi brazo y me arrastró hasta la ventana—. Date un baño de realidad, estúpida. Nadine Thorton y Merryn estaban juntos en el cenador, hablaban y parecían muy cercanos.

—¿Y qué? —dije sin mostrar mi desagrado.

—¿Y qué?, dice… Merryn está loco por mi señora y ella le corresponde.

La realidad era muy diferente, como supe después. En ese momento, Merryn rechazaba a Nadine, y ella, despechada tras su falsa sonrisa comprensiva, decidía su venganza. Pobre Merryn, dos ajustes de cuentas pendían sobre él, sólo que el mío era benigno.

—Que mi esposo hable con una invitada en el cenador a la vista de todo el mundo no demuestra nada. Vete ya a cumplir con tus obligaciones, Muriel. Déjame en paz.

Cometí el error de guardar las perlas en un pequeño joyero y el joyero en un cajón de la cómoda. Muriel abrió el cajón, extrajo los pendientes del joyero y se los guardó.

—Cuanto más te guste algo, más te lo arrebataré —dijo satisfecha.

Traté de recuperarlos, pero ella se zafó y entonces Forrest abrió la puerta.

—Perdón, me he confundido de habitación.

Muriel, tras una breve flexión, salió a la carrera.

Forrest me encontró en paños menores, con los puños apretados y los labios blancos por la furia y la impotencia. Me cubrió con una bata de seda china, roja y negra.

—Es una fría mañana, señora —comentó atizando el fuego.

—Quizá sea un octubre caliente, después de todo.

—¿Señora?

Me volví a ella.

—Olvídalo, ¿cuál es tu nombre de pila?

Eso pilló por sorpresa a la muchacha:

—Mildred, señora.

—Mildred, ¿te pretende algún joven?

Ella soltó una risilla pícara y enrojeció.

—Bueno, Tommy, el mozo de las caballerizas… A veces me habla…

Se me escapó un pequeño grito cuando Forrest me apretó el corsé:

—¿Y cómo es?

—Es fuerte, musculoso y con unos ojos negros que cuando me miran yo… Yo, siento como un vuelo de mariposas ascender por mi estómago…

—¿Habéis intimado?

No hubo respuesta.

—Mildred, ¿a quién quieres que se lo cuente? Sólo deseo tener una amiga.

Fui por completo sincera, lo que animó a Mildred Forrest:

—¿Intimar como marido y mujer quiere decir?

Mientras la escuchaba, me dejaba vestir sin oponer resistencia.

—Oh, no, jamás, señora. No estaría bien visto. Y, si nos sorprendiesen, nuestro empleo y nuestra vida social estarían acabados.

De un cofre nacarado extraje una horquilla para el cabello de oropel, rematada con diminutas circonitas; la sostuve ante sus ojos:

—No me gusta, ¿la quieres?

—Oh, no, señora, no es necesario. No podría aceptarla.

—Qué pensaría Tommy si te la viese puesta en tu día libre… Pruébatela cuando estés a solas.

Mildred Forrest guardó la aguja en uno de sus bolsillos.

—Una amiga mía, no puedo decir la casa en la que trabaja, suele verse a escondidas con uno de los lacayos. Mantienen encuentros furtivos en las caballerizas, y ella suele hacerle una cosa que a él lo mantiene esclavo…

—Puedes contármelo, no me asusto de nada, leo romances medievales.

—Ella también. Precisamente de tales lecturas saca tanto saber… Lo ata.

«Cuéntame algo que no sepa», pensé. Sin embargo, ella no se detuvo ahí:

—Con una cinta de seda hace un lazo en…

Me revolví impaciente.

—En, en su… —Mildred me miraba con intención a través del espejo.

De pronto comprendí y el espejo reflejó todo mi asombro:

—Ooooh, ooooh… ¡Santo Dios! ¿En serio?

Mildred asentía con el gesto de la cabeza:

—Y entonces lo cabalga como una yegua salvaje. Él sólo puede gritar y contorsionarse de sumo placer.

La sola visión de ponerlo en práctica con Merryn me excitó.

—¿Por qué llevo esta ropa tan absurda?

Era un precioso vestido de terciopelo negro con sombrero a

juego de media copa y hebilla.

—El capitán la espera para un paseo a caballo…

—Con los demás invitados, claro está… Se van a enterar. Quítame esto y déjame ver el armario.

—Sí, señora.

—Y, Mildred, sé mis ojos y mis oídos ahí abajo.

IX

Algunos de nuestros invitados permanecían a la espera sobre sus caballos y otros, como Bracknell, habían declinado el paseo. Se entretenían mediante comentarios inocuos, ocurrencias sin más ingenio o risillas tontas por cualquier nimio motivo. Vi la mirada de Merryn sobre mi persona en cuanto me vio aparecer y toda la concurrencia quedó eclipsada ante mi presencia.

Visiblemente sorprendido, se acercó a mí, pero Nadine Northon apresuró el paso y llegó antes a mi lado.

—Bonita mañana —dijo con aquella irritante falsa sonrisa.

La imaginé sin dientes y ya no me pareció ni tan hermosa ni tan irritante.

—Buenos días —contesté—. Una mañana fría y perfecta para acalorarse con el galope. —La miré de arriba abajo—. Aunque a ciertas edades no es aconsejable arriesgarse a coger un resfriado.

Ella encajó el golpe y lo devolvió, sin perder su odiosa sonrisa:

—Siempre le digo a Herbert que para galopar hay que protegerse con buenas pieles. Lástima que no todo el mundo posea un buen abrigo.

Y lanzó una mirada desdeñosa sobre mi atuendo masculino, libre de peletería, y mi nada ortodoxa melena suelta.

—No me gusta la piel de zorra —respondí con la sonrisa más luminosa que fui capaz de esbozar.

Nadine alzó la barbilla, espoleó el caballo y se incorporó a otro grupo. Merryn ladeó la cabeza para ocultar una sonrisa, en vano, porque yo la sorprendí de todos modos.

—¿Por qué esa ropa?

—¿Qué hay entre esa mujer y tú? —salté.

—¿Acaso te importa?

—En absoluto.

—Nada —admitió.

Yo ignoré su respuesta:

—Prefiero montar a horcajadas.

—He dicho que nada —insistió—. No hay nada entre esa mujer y yo.

Lo desafié con la mirada, mientras me preparaba para saltar

sobre el lomo de mi caballo castaño de crin negra y con una mancha blanca en la cara. Él me la sostuvo a duras penas.

—Un Tremaine joven y estúpido se equivocó… —continuó.

—Me interesa el capitán Tremaine viejo e igualmente estúpido de ahora —le espeté.

—Pon el pie en el estribo y apóyate en mí —fue su única respuesta.

—No te necesito.

—El viejo e igualmente estúpido capitán Tremaine de ahora sólo tiene una mujer en la cabeza. Y la que tiene delante debería saberlo.

Una oleada de pasión me zarandeó por dentro y por fuera. Logré montar con bastante trabajo y sin su ayuda y dirigí mi animal hacia el lado opuesto de la excursión.

—No es por ahí —oí gritar a Merryn, pero no me importó, lo ignoré y proseguí.

Al poco, él me alcanzaba sobre su bayo. Trotamos sin hablar demasiado hasta alcanzar una encrucijada. Allí me pidió que nos detuviésemos.

—Esta senda conduce a la laguna de Oacks. —Alguna mala intención se adivinaba en el brillo de su mirada—. ¿Hace una carrera?

—Deberíamos volver con los invitados —me hice de rogar.

—¿Quién necesita a los invitados ahora? ¿O es que te asusta perder?

«¿Perder yo?» Supe que me arrepentiría en el mismo instante de asentir con un gesto de la cabeza. Me mordí el labio inferior, entorné los ojos, solté una maldición y espoleé…

—Adiós, capitán.

—Acuérdate de mandarle parar antes de la pendiente —gritó Merryn.

—Preocúpate por ti —grité yo.

—Frena —oí.

Demasiado tarde, mi hermoso caballo galopaba bravío sin importarle si su jinete, o sea, yo, iba de atrás hacia delante como una marioneta sin sujeción. A pesar de ello, no me solté y acabé por recuperar el equilibrio.

—Scarlett, frena —decía la voz de Merryn detrás de mí.

Todo fue muy rápido, cuando él alcanzó la loma, sólo llegó a tiempo de ver lo inevitable: caballo y amazona caíamos al agua con estrépito. Su preocupación se liberó en carcajadas cuando me levanté empapada y humillada. Bajó la pendiente y llegó a la orilla, riéndose sin pudor.

—Lo has hecho aposta —rugí, sacudiéndome el agua inútilmente —. Sabías que ocurriría esto, te odio.

—Yo también he acabado como tú sin necesidad. —Sacó al caballo del agua y lo serenó.

Luego vino hacia mí y se siguió desternillando de risa.

—No sé cómo puede resultarte tan divertido.

—Te resguardaré del frío, venga, sube…

Hizo un gesto para subirme a su caballo, pero rehusé.

—Cabalgar pegada a ti sería lo último que haría en este mundo.

—Está bien, mujer independiente, pues iremos a pie.

—¿Por qué no cada uno con su caballo, como al llegar?

—Así podremos hablar, deseo hacerlo…

—¿Hablar, de qué, si puede saberse? —Y rematé mi desabrida frase con un estornudo.

—¿Lo ves, cabezota? Ahora te has resfriado. Hay que quitarte esa ropa mojada.

Sin esperar el acuerdo por mi parte, me despojó de la chaqueta, pero fue peor, porque la blusa empapada y pegada a mi piel, al contacto con el viento del páramo, me provocó un temblor imposible de controlar. Él aún tuvo tiempo de fijarse en mis formas más que insinuadas, palpables y claramente visibles en la transparencia de la ropa. Me cubrió con su propia chaqueta, pero el *tweed* no me devolvió la temperatura.

—Estás blanca y tienes los labios morados. Hay que llevarte al calor de un fuego ahora mismo.

Me condujo a través del brezo y las espigas de avena hasta que llegamos a un pub llamado *The Royal Oak*. Le dejó los caballos al mozo, saludó al dueño con la naturalidad de quienes se conocen, pidió que nos subieran comida y vino caliente y me llevó escaleras arriba casi en volandas, hasta una bonita habitación, y, sobre todo, confortable y caliente. Sin miramientos, me sentó ante el fuego, me desnudó, frotó todo mi cuerpo con el vigor de sus manos, me abrazó contra él y cuando consideró que había adquirido una temperatura adecuada, me envolvió con una manta y me sirvió una copa del vino caliente.

—Bebe —ordenó.

Y yo obedecí.

—Habías estado aquí antes…

Juro que mi pregunta fue cordial, pero él estalló.

—No sólo te ha vuelto el color, también tu maldito y orgulloso carácter. Pues sí, había estado aquí antes y no te voy a contar para qué, puedes imaginarlo tú solita. He sido un bala perdida, sí, pero

desde que la bala encontró el camino de mi espalda, soy un hombre que sólo quiere hallar el calor de una familia, de su esposa, de su hogar.

Me abrazó, envuelta en la manta como estaba, hundió el rostro en mi cabello, lo besó…

—Dios, siempre hueles tan bien —murmuró.

Me tomó el rostro con ambas manos y me miró con aquella profundidad capaz de arrastrarte a su interior.

—Quería pedirte que seas mi esposa sin reservas, quería pedirte perdón y quería pedirte que confíes en mí.

«Ya eres mío», pensé. Sin embargo, también reconocí que me había enamorado locamente de él. Allí estaba, pendiente de mis palabras, con sus ojos fijos en los míos, entregado por entero a mi santa voluntad.

—Sí —dije con voz suave y acariciadora. Y lo miré. Ahora fui yo quien penetró en su ser y derribó todas sus defensas—. Sí, quiero. Quiero ser tu esposa sin reservas. Te perdono. Y confío en ti.

Hice un imperceptible movimiento con el hombro que me lo dejó al descubierto.

—¿Me amas? —me preguntó casi con desesperación.

—Te amo, capitán Tremaine, con todo mi ser.

—Te deseo. —Sus palabras habían surgido de lo más profundo.

Me besó con una suavidad que pasó a premura en pocos segundos. Y cuanto más duraba aquel beso, más sentía yo que me faltaba la respiración, porque mi pecho henchido galopaba como el suyo. Jadeantes, nos abrazamos y la manta quedó atrás. Desnuda sobre él, le arranqué la camisa sin miramientos; Merryn gozaba. Tomé la iniciativa y llevé sus manos a mis senos, tensioné mi cuerpo y mi joya acarició la suya. Entonces, él se arqueó para posar sus labios sobre mi vientre, bajó al pubis, su lengua experta lo paladeó y yo creí enloquecer y se me escaparon gritos y más gritos. Pero Merryn, lejos de parar, subió de nuevo, saboreó mi cintura, mi torso, mis senos, succionó sus puntas hasta hacerlas estallar.

Jamás imaginé que se pudiera sentir algo semejante. Tuve un orgasmo antes de que me penetrara, pero entonces lo hizo, me penetró y no me dolió, contra lo que explicaban por ahí, no me dolió nada. Yo estaba abierta y húmeda y él susurró:

—Dios, estás húmeda, qué gusto.

Y empujó, y empujó, y empujó… Primero despacio y después muy deprisa, muchas, muchas, muchas, veces… Aquella sensación incontrolable regresó, una y otra vez, y «ah, ah, ah, aaahhhh», mis gemidos surgían como sollozos. ¿Qué me ocurría? Pero él no estaba

muy diferente, sus «ahs», eran profundos y guturales y a mí me excitaban mucho. Entonces emitió un gemido alto y prolongado, se arqueó, a ese se le unió otro gemido y cayó desfallecido sobre mí, que notaba el calor de su esencia recorrer mi vientre para volver a salir.

—Te amo —susurró sobre mi pecho—. Me tienes en tus manos, haz conmigo tu voluntad.

Se me arqueó una ceja. Le agarré del pelo y alcé su cabeza para que viera mi cara:

—¿Ah sí? ¿Todo lo que yo quiera?

—Todo…Absolutamente.

—Entonces comamos. Lo vamos a necesitar.

Y comimos y bebimos y recobramos las fuerzas. Nos contamos confidencias, nos reímos juntos de algunos de los invitados.

—No toquemos el tema del mar, ¿de acuerdo?

—No pensaba hacerlo.

Merryn adoptó una expresión incrédula:

—Pero tú estás conchabada con tía Agatha.

—La quiero como a mi propia tía. Soy su aliada, de acuerdo, pero no voy a convencerte de nada que tú no quieras hacer. Es tu vida.

Parecía maravillado.

—¿No vas a tratar de convencerme ni un poquito?

—Tus asuntos son cosa tuya. Tu problema.

—¿Y si me voy al mar?

—Buen viaje.

—¿Y si me quedo en tierra?

Lo miré con los ojos entornados:

—¿Sabes qué, capitán Tremaine? Yo donde te veo es en un faro.

Estalló en carcajadas. Me sentó sobre sus piernas y volvió a besarme con una dulzura insoportable. De nuevo su mástil enhiesto. Había llegado el momento…

Escapé de su lado.

—¿Quieres ser mi esclavo? —lo incité, tirando del lazo de mis enaguas.

—¿Vas a atarme?

—Voy a hacerlo…

Me atraía hacia él en la cama, lo empujé con un suave toque y él se dejó hacer.

—¿Cómo sabe una inocente criatura a quien acabo de desflorar de tales artimañas?

—Leo a nuestros vecinos prohibidos, franceses, españoles e

italianos —respondí silabeando, mientras aseguraba el nudo que mantenía sus manos atadas a la cabecera.

Mi pañuelo de cuello sirvió para vendarle los ojos.

—¿Qué me haces…? —gimió.

—Te hago mío.

—Oooh.

Palpitaba él, palpitaba su miembro pétreo como una columna, palpitaba la mismísima habitación, enrojecida por el pudor. En mis manos tenía otro lazo de seda a punto. Posé los labios entreabiertos sobre su piel, ya sabía cómo iba a responder…

Rodeé el nacimiento de su miembro con la cinta, la anudé con suavidad extrema y conservé el cabo del lazo entre mis dedos, para ir tirando poco a poco…

—¿Qué me haces? —repitió, su voz ya ni un gemido ni una súplica, sino abandono absoluto, rendida su voluntad al placer.

—Prepárate para morir…

—Ooohhh. —Sus suspiros eran más anhelantes.

—¿Me deseas? —susurré sobre su pecho.

—Ardo de deseo por ti…

—¿Quieres que apague tu fuego?

—Apágame —imploró.

Entonces monté a horcajadas sobre su virilidad. Encontró el camino de la gloria sin resistencia y yo apreté los muslos y tiré del lazo. Merryn quedó apresado, enrojeció, estalló y gritó como nunca había debido de gritar antes. Fue mi momento de empujar y empujar, despacio al principio, fuerte después…

—Sí, sí, sí, síííí, amor —gritaba Merryn—. Síííííí…

Eso me enloquecía a mí. Tiré del nudo, se deshizo el lazo y su miembro quedó libre, quedó libre el hombre, y se derramó dentro de mí…. Al tiempo que un largo y profundo gemido llenaba el aire y mi placer. Yo aún me contraje muchas veces, mientras acariciaba mis pechos necesitados de atención. También grité mucho, liberé a la diosa, tenía el poder. Permanecí exhausta sobre él.

—Si la muerte es así, quiero morir cada día.

Yo reí.

—Desátame, necesito abrazarte —pidió.

—Sí, ahora mismo. Relájate mientras me arreglo.

Él ladeó la cabeza con una sonrisa bobalicona, seguro que se había adormecido.

Me lavé, me vestí y, sin hacer ruido, salí y cerré la puerta.

… La venganza consumada.

* * *

«Por todos los dioses del Olimpo, creo que me he… ¿corrido?» En la soledad de su habitación, donde nadie podía observarla, Suzanne enrojeció hasta taparse por completo con sábanas y edredón. Se avergonzaba por el placer que había sentido al devorar las escenas más impactantes que había leído en su vida. «Puro sexo salvaje y desenfrenado. ¿Esto se puede hacer? Joder con los abuelos, cuánto sabían…», se regocijó. Se imaginó en brazos de Adrien, huyendo de un incendio, las llamas atrás, mientras él la deposita sobre un lecho. Es ella quien queda atada y con los ojos vendados, y Adrien le hace de todo… Una serpiente de placer insoportable sube desde abajo y fustiga todos sus terminales nerviosos, sus dedos buscan complacerla…

Cierra los ojos, deja su mano serpentear sobre ella, se contonea a un ritmo insospechado, por un segundo su mente la avisa de que eso no está bien, pero Suzanne, abandonada al placer, la manda callar. Sus dedos siguen… Encuentran el centro del fuego, es como un botón duro y tieso, y muy húmedo, y lo aprieta, lo masajea mediante círculos, la otra mano se centra en el pecho, algunos golpecitos y se suceden los gritos… Acaba de enloquecer con un orgasmo único, impresionante, sin fin… Oleadas y oleadas estallan por todas sus extremidades y centros nerviosos…

—Apágame, Adrien —murmura—. Adrien.

Y se duerme con el libro al lado, como un amante secreto. Sin enterarse de la llamada del paramédico bombero, ignorando el mensaje del contestador. Sumida en dulces sueños.

* * *

Para Suzanne, los días transcurrieron sin que la siguiente cita con Adrien se produjese, ni él apareciese ni la llamase. Y, por supuesto, sin comprender el motivo de tan abrupta interrupción del contacto. Tampoco se lo veía por el pueblo ni contestaba al teléfono. Para colmo de males, una copiosa nevada se adueñó de alféizares, puertas, porches, árboles, coches, llamando a los amantes a quedarse en casa junto al fuego. Se acercaba Acción de Gracias y, aunque Priscilla había organizado una comida en su casa, ella, sin Adrien, no lo pasaría bien.

Fue en El Reno cuando su «desaparición» pasó a ira nivel dios de las tormentas. Todo cobró sentido.

—¿Café, cariño? —le ofreció Sally, la madura camarera rubia.

—Gracias, Sally. Tomaré el número cinco.

Sally mascaba su chicle mientras anotaba un emparedado de huevos a la plancha, con cheddar y lechuga. Se puso el lápiz en la oreja y se alejó con su sempiterno contoneo de caderas. Cuando Suzanne levantó la vista, vio entrar a una llamativa y dicharachera pareja. La sorpresa y el enfado le agrandaron los ojos y contrajeron sus pupilas como las de un gato. Adrien y la maldita Ronda, acodados en la barra, parecían pasarlo bien juntos. «Debí suponerlo», pensó ella, al borde de un ataque de destrucción masiva de cuantos objetos tenía a su alrededor. «Te lo advertí», oyó un montón de veces desde todos los rincones posibles de su ser, donde se escondían todas aquellas impertinentes voces. Decidió irse antes de dejar salir al monstruo y pasó junto a ellos fingiendo no verlos, pero Adrien la interceptó:

—Hola, señora en su mundo.

—Oh, Adrien. ¿Qué tal? —le respondió.

Luego saludó a Ronda con un leve gesto de la cabeza y sin ningún entusiasmo.

—«¿Qué tal?» Después de tantos días, sólo se te ocurre decirme «¿Qué tal?».

Suzanne se mordía la lengua y los labios y ello se traducía en un siniestro silencio, que puso muy nervioso a Adrien. Para acabarlo de arreglar, y con la mejor intención, Ronda trató de deshacer la tensión desviando el tema:

—Mirad, ¿qué os parece mi nuevo abrigo y la bufanda a juego? ¿Os gusta? —Ronda mostraba un cuello de suave pelo sintético, imitación de algún roedor indeterminado.

—No, no suele gustarme la piel de zorra. —Suzanne la miró desafiante—. Aunque a ti te queda de maravilla.

A la joven se le dibujó una expresión de desconcierto, pero Adrien frunció el cejo. Suzanne siguió internándose en el lodazal:

—Veo que no hay ganas de charla. Adiós.

—Vale —respondió Adrien, seco, y se dio la vuelta.

Eso la sulfuró:

—Pues que te aproveche, guapa —le espetó a Ronda.

Y se fue dejando a la becaria perpleja.

* * *

—No te lo pierdas —le relataba Suzanne a Holly ya en la librería —. Ya sé el motivo por el cual Adrien no me llamaba.

—Soy toda oídos.

—Está con otra.

—¿Estás segura?

—Sí, los he visto con mis propios ojos.

—Vaya, qué mala suerte.

—Una zorra calientabraguetas.

—Lo siento, Suzanne, de verdad, pero insisto, ¿estás segura?

—Completamente. Te digo que los he visto. Desde el primer día se hacía la ingenua, hasta que lo ha cazado.

—Mira que te lo advertí…

—Sí, soy una estúpida. Supe de sus intenciones desde el principio.

—¿Desde el principio? ¿Cuándo empezó?

—El día de la entrevista en la radio. Ella posó sus ojos en él desde el minuto cero.

Holly levantó una ceja y la miró muy seria:

—El día de la radio —pronunció con lentitud.

—Sí, la mema de la becaria de Priscilla, esa Ronda. Se cree que engaña con su falsa ingenuidad y su pose de angelito alado…, pero a mí no y…

Holly salió de detrás del mostrador, lo golpeó con su tarjeta identificativa y se plantó ante la atónita Suzanne:

—Tía, te has pasado tanto que no tengo con qué compararlo. No puedo seguir trabajando contigo, y no lo siento.

Salió de la tienda sin mirar atrás y Suzanne, descompuesta y desconcertada, se quedó allí, sin moverse y mirando al vacío. «¿Qué estaba ocurriendo?»

X

Suzanne, con la sensación de haber metido tremendamente la pata, pero sin saber dónde la había metido exactamente, decidió que la única manera de salir de la zozobra era ser valiente, como Scarlett, y tomar las riendas del asunto. Era preciso hablar. Se presentaría en casa de Adrien y le pediría tan sólo unos minutos para tratar de aclararlo todo. Entonces sonó el teléfono. Era Tabitha y parecía enfadada:

—Suzanne, te dejé un mensaje en el contestador. ¿Por qué pasas de mí?

—Nooo, no paso, Tabitha. Es que no lo escuché.

—Pues a ver si haces el favor de ponerte al día con tus mensajes. ¿No sabes cómo se puede liar todo por un mensaje no escuchado? Bueno, a ver, ¿Qué ha ocurrido con Holly?

Dudó un momento antes de contestar.

—Te aseguro que lo ignoro. Estábamos hablando y no sé qué he dicho, que de repente me ha plantado.

—No sabes qué has dicho… Es increíble. Pero ¿es que no te enteras de nada? Pues dejaré que lo averigües tú sola, pero céntrate, por favor, o lo perderás todo.

—Me estoy asustando, nunca te he visto enfadada antes. ¿Qué ocurre?

—Ocurre que… Ay, Suzanne, Suzanne, ¿qué voy a hacer contigo? Holly estaba tan dolida que iba a dejar su empleo en Castle Books, por suerte he logrado convencerla para que coincida sólo con mis turnos… Pero a ti no quiere ni verte. Trata de arreglar las cosas con ella, ¿de acuerdo?

—Pero ¿cómo voy a arreglar las cosas si no sé qué cosas son? —se encontró preguntando a la línea interrumpida.

Aún miró un momento el auricular que emitía un bip bip sin tregua, lo depositó en la base y le dio al botón de escuchar mensajes. Había varios:

—Mensaje número cinco: Suzanne, soy Tabitha, llámame o pásate por la librería. Necesito una explicación. Has ofendido a Holly. Necesito aclararlo. Bueno, llámame. Adiós.

—Mensaje número cuatro: Suzanne, no entiendo por qué no me

devuelves las llamadas ni los mensajes. Bueno, cuando regrese lo hablamos. Estoy seguro de que debe de haber una buena razón. Hasta la semana próxima. —Era la voz de Adrien.

Suzanne palideció, pero no pestañeó mientras el resto de los mensajes desfilaba ante sus oídos:

—Mensaje número tres: Su, ¿has oído mis mensajes? —De nuevo la voz de Adrien.

—Mensaje número dos: Suzanne, soy Adrien. Necesito hablar contigo, te dejé un mensaje, pero no lo habrás escuchado. Llámame, por favor. Es importante. Besos, cielo.

—Mensaje número uno: Suzanne, quería comentártelo en persona, perdiéndome en esos preciosos ojos… pero no ha habido forma humana de encontrarte. He tenido turnos dobles, algo muy poco habitual… Bueno. Lo de la otra noche significó mucho para mí. Porque me importas. Comprendo que necesites tiempo… ¡Te doy una semana! Para que me eches de menos. Estaré en los Apalaches en una formación. No tendremos comunicación con el exterior, así que a la vuelta te llamaré. Podríamos tener una cita de verdad… ¿de acuerdo? Pensaré en ti. Te besaría de modo interminable… Siéntelo, cariño.

En aquel preciso instante se hizo la luz en la confusa mente de Suzanne. Una buena parte de luz, pero el techo cayó sobre ella y el suelo se abrió a sus pies. Había quedado fatal y como una verdadera estúpida. No había remedio, tenía que enmendar algo de lo que sólo ella tenía la culpa. Reaccionó a la desesperada. De nuevo descolgó el teléfono y marcó el número de Adrien, pero él no contestó… No estaba, o no quería cogerlo… Daba igual, se merecía cualquiera de las dos situaciones. Necesitaba pensar…

En El Reno y con un buen café, se podría concentrar. Le vendría bien.

Cuando salió de su casa, se hundió en la nieve hasta la cintura, «Ni siquiera he sido capaz de retirarla», se reprochó. Llegó a El Reno sólo para frustrarse y sentirse muy desdichada. Estaba cerrado. Nunca cerraban, pero aquel día sí. «Asuntos personales», rezaba el letrero. Desolada y con la nieve cayéndole encima, se quedó allí plantada, como un animalillo perdido.

—¿Qué te ocurre? ¿No tienes dónde comer? Hoy han cerrado y no van a abrir por más que te quedes ahí plantada mirando. Anda, vente y comemos en casa.

—¡Priscilla! ¡Qué bien, necesito consejo!

Durante el trayecto, Suzanne se lo confió todo, sin omitir ningún detalle…

—¿Por qué eres tan tonta, tía? —zanjó la cuestión Priscilla—. ¿No sabes que la vida hay que vivirla? Los libros están muy bien, pero en su justa medida, como todo. De tanto leer se te ha ido la olla y te pierdes todo lo bueno de la vida…

—Ahora comprendo que huyo, o la rehúyo… —se lamentó Suzanne.

Chelsea, *Abby* y *Merlot* salieron a recibirlas con algarabía y colas oscilantes. Iban vestidos iguales, con pequeños jerséis de lana rosa y su inicial en burdeos.

—Les doy de comer primero a ellos y hablamos, acomódate en el salón, que ahora voy.

Suzanne se dirigió hacia allá, pero antes de entrar, se quedó patidifusa ante una visión. En el sofá, Holly, acaramelada, besaba con pasión a alguien, y ese alguien se dio la vuelta de pronto, la apresó y le devolvió el beso con mayor pasión, alguien con una larga y ondulada cabellera roja…

Suzanne giró sobre sus tacones, para toparse con Priscilla.

—Vienen a comer conmigo algunas veces —dijo.

—Priscilla, yo… Soy tan estúpida… No merezco nada bueno. Será mejor que me vaya.

—Vale. Puedes disculparte y luego irte si quieres.

De nuevo, Suzanne se dio la vuelta para enfrentarse a la mirada de Ronda y Holly; su rostro de expresión tan desvalida ya daba ganas de perdonarla.

—Hola, chicas, os ruego que me escuchéis un minuto. Soy tan torpe que he hecho enfadar a todo el mundo que me importa en muy pocos días… Ronda, perdóname, no te he dado ni una sola oportunidad. Yo no soy así, ¿qué me ha ocurrido? Me temo que lo sé. Ha sido por Adrien, me volví loca de celos… supongo. Tampoco es que tenga mucho los pies en la tierra… Yo… suelo traspasar la puerta de la fantasía con muchísima facilidad y luego me olvido de volver. No puedo esperar que me perdones, pero te pido perdón.

»En cuanto a ti, Holly…, ahora ya sabes la causa de todas las barbaridades que llegué a soltar. Perdóname tú también, o al menos piénsalo. Me encantaría volver a compartir turno contigo.

»Lo lamento todo tanto… Será mejor que me vaya…

—No te vayas, Suzanne. Esta comida servirá para ponerlo todo en su sitio.

—Otro día, cuando queráis. Hoy me siento demasiado avergonzada.

—Quédate —pidió Ronda—. No hay nada que perdonar, todo se ha debido a un malentendido.

—Yo acepto tus disculpas, pero paso de tu mal rollo —dijo Holly—. Parecías una tía guay. Le diré a Tabitha que volveré por las tardes, pero sólo hablaremos de trabajo, si es que hablamos, ¿vale?

* * *

Tras la comida, Priscilla acercó a su amiga a la casita blanca del lago. Le aseguró que Adrien estaría allí, porque le había dicho a Ronda por WhatsApp que no tenía demasiados planes. Priscilla insistió en que ésa sería la mejor manera de arreglarlo todo, hablarlo durante tanto tiempo como hiciese falta. Y, con su más genuino estilo despreocupado, la dejó sola ante la puerta, con la noche cerniéndose sobre ella y un frío helado atravesando sus huesos.

Adrien no respondió a su llamada; podría hallarse ausente y Priscilla haberse pasado de lista. El intenso frío consiguió helarle hasta el cerebro y no razonaba con demasiada claridad, así que decidió emprender el camino de vuelta a su casa antes que morir de hipotermia allí mismo. Resbaló por los escalones, causó un gran estrépito y finalmente quedó hundida en la nieve. Salió Adrien en pie de guerra y tono amenazante, pero al reconocerla y verla en tan lamentables apuros, se preocupó:

—¡Santo Dios, Suzanne! ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien?

Imposible responderle con el castañetear de dientes y el cerebro paralizado.

—Estás al borde de la hipotermia. —Tras palparla y comprobar sus signos vitales, la sostuvo en brazos y la entró en casa—. Hay que meterte en agua muy caliente.

Suzanne vio la puerta abierta del sótano y la luz encendida, y no le costó imaginar a Adrien ocupado e incomunicado allí abajo, por eso no había oído el timbre. «Él también comete errores», pensó y esa idea la alivió. Trató débilmente de oponerse a los designios de Adrien, pero él la ignoraba sin darle opción. En aquel momento decidía él.

Una vez en el cuarto de baño, abrió el grifo de la bañera y enseguida el vapor empañó baldosines y cristales. La desnudó de modo profesional y sin miradas lascivas y la metió en el agua. Al contacto con ella, Suzanne se sintió reconfortada, soltó un gritito y recobró el color.

—Ya que me has metido aquí, pásame gel o jabón.

—De acuerdo. Toma. ¡Qué bien oír tu voz! Vaya susto me has dado.

Suzanne echó un chorro de gel y agitó el agua para hacer espuma. Se deslizó hacia debajo y volvió a salir, con el cabello mojado y la piel brillante. Ahora la mirada de Adrien sí era de puro deseo.

—Será mejor que me vaya. Mientras te bañas, prepararé algo de cenar.

—Quizá podrías quedarte y escucharme; necesito explicarme…

Adrien aguardó callado.

—Todo fue un terrible malentendido y yo perdí los nervios. No oí tus mensajes hasta que ya lo había estropeado todo. Hoy he comido con Priscilla, Holly y Ronda. Lo hemos arreglado, o casi… Soy bastante estúpida, vivo más en otro mundo que en éste… Cuando leo, no sé dónde estoy, si dentro de la novela o aquí. Sólo sé que mi cuerpo deambula entre ambos mundos como un fantasma errante, mientras mi mente vive, siente y padece en el mundo de la novela… Pero quiero cambiar.

—No cambies, Suzanne. Pero acostúmbrate a mirar el móvil o el contestador…

Casi había salido.

—¿Estás enfadado?

—Estaba preocupado y ansioso. No se puede dejar a las personas sin noticias…

—Ponte en mi lugar, yo tampoco tenía noticias tuyas…

—Está bien. Voy a…

—No te vayas… Enjabóname la espalda.

Adrien la contempló apoyado en el quicio de la puerta, con sus ojos topacio centelleantes y desde toda su enormidad.

—No haré eso, porque si lo hago, podría entrar en la bañera sin quitarme la ropa…

—Puede que no te lo permita…

—¿Me desafías?

Adrien se sentó en el borde de la bañera, sumergió la esponja en el agua jabonosa y la estrujó sobre la espalda de Suzanne. Ella sintió el delicado contacto del agua caliente y la suave espuma deslizarse por su piel... Cerró los ojos y él le paso la esponja con delicadeza por la espalda y luego fue a su pecho. Se complació en tirarle agua muy lentamente sobre los senos y ver cómo reaccionaban ante el estímulo. Se inclinó hacia su cuello y se lo besó. Entonces Suzanne lo agarró por los hombros…

—No lo hagas, maldita sea —protestó él inútilmente antes de acabar dentro del agua con un buen chapoteo. Tanto *Mery* como *Penny* se había acercado a husmear, pero ante el escándalo salieron

corriendo.

—¿Y ahora qué hacemos? —rio Adrien sujetando a Suzanne de los hombros y besándola con pasión. Ella se sentía como una adolescente que se entrega por primera vez; la sangre le hervía y sus rincones íntimos parecían un volcán a punto de explotar. Y él no hacía más que provocarle un paroxismo jamás sentido, le acariciaba los senos y los dejaba; sus dedos entraban en su volcán y se alejaban, recorrían sabiamente su cuerpo, volvían a sus senos, le pellizcaban los pezones, subían a su cuello. Le agarraba la cara con las manos, labios con labios se besaban, se abrasaban… Era terrible, era insoportable. Suzanne se contorsionaba. Gritaba.

—¿Cómo se llama esa novela que te distrae tanto? —le susurró Adrien al oído, al tiempo que le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—*Apágame* —gimió Suzanne.

—¿Me deseas?

—A todas horas…

Él la agarró por las caderas, la colocó encima de su cuerpo y la penetró con la potencia de un toro. La sostenía cada vez más fuerte, más, más y más…

—Máááás —gritó Suzanne.

—¿Asíííí? —gritó a su vez Adrien, vaciando todo su ser.

—Te amo, te amo, te amoooo. Síííí, oh, sí, sí, síííííííí. —Suzanne salió catapultada hacia el Nirvana y todo se desvaneció; sólo sentía oleadas de placer que sofocaban el fuego, lo apagaban con suavidad, soplaban los rescoldos…

Quedaron el uno encima del otro, abrazados, apretados, unidos, con los ojos cerrados y la respiración jadeante.

—Oh, Dios, ¿dónde está el agua de la bañera? —preguntó Adrien desmayadamente.

—Vamos a tener que achicarla del suelo…

—Ahora voy…

—Sí, ahora…

XI

Suzanne vivió con Adrien las semanas previas a la Navidad más intensas y mágicas de su vida. Hacían el amor a diario y, cuando estaban juntos, el tiempo simplemente no transcurría. La comida de Acción de Gracias en casa de Priscilla, junto a sus amadas Tabitha, Morgan y Audrey, la chica caramelo; Merton Shelley; Ronda, Holly, Rob Thorton, el jefe Richmond, Sally y Drew, de El Reno, y su paramédico bombero… fue memorable… Por divertida y porque ocurrieron muchas cosas. El jefe Richmond y Priscilla intimaron; Sally y Rob Thorton intimaron, Drew y la chica caramelo intimaron… Merton lo documentó absolutamente todo con su cámara, extensión de su ojo de águila. Morgan, exultante, hablaba por los codos, aunque muchas veces no la escuchásemos, y Tabitha, gorda, radiante y preciosa esperaba la llegada de su marine en pocos días. Todo era tan perfecto como en un sueño y Suzanne ahuyentó con un trago de Möet Chandon la desagradable idea de un indeseado despertar.

—¿Es posible vivir dentro de un sueño?

Desnudos y abrazados frente al fuego y tan sólo cubiertos por grandes y confortables pieles de imitación, Adrien y Suzanne se amaban entre confesiones y promesas.

—Sí, estoy convencido. Tú eres mi sueño desde el primer día que te vi, despistada en el supermercado, y… estoy dentro de ti.

—Y yo dentro de ti…

—¿Lo ves?

Mery y *Penny*, enroscadas la una junto a la otra en el sofá, dormían plácidamente.

—He de confesarte que la segunda vez tropecé aposta… Quería conocerte.

—¡Qué sinvergüenza eres! Aprovecharte así de una pobre chica… Aunque…

—¿Qué…?

—No sea tan chica…

Adrien la contempló enamorado.

—Te llevo diez años, Adrien.

—¿Sabes qué veo yo cuando te miro?

—¿Qué?

—A una viejecita adorable…

—Te mato.

Suzanne le dio una paliza con el cojín. Adrien se debatió, la contuvo, le dio la vuelta y, una vez encima de ella, la sujetó fuerte por las muñecas. Su virilidad dura e incandescente horadó la montaña de la locura, se empapó en su humedad y, mediante suaves vaivenes, se adueñó de todos los sentidos de la mujer entregada. Las caricias se sucedían y el fuego ardía dentro y fuera de ellos.

—¿Te importa? —preguntó mirándola a los ojos, mientras la mantenía empotrada contra el suelo y la hacía suya a su antojo.

—Nooooo…

—Bien, porque te amo. Y te lo demostraré una vez más. —La besó—. Y otra. —Otro beso más largo—. Y otra. —Beso de fuego.

Se entregaron el uno al otro sin tregua hasta el amanecer.

Por la mañana Suzanne se despertó relajada y sola sobre las pieles acrílicas. Oyó a Adrien preparar el desayuno en la cocina, se puso su camisa, que le quedaba como un vestido ancho, y, descalza y sigilosa, fue hasta allí y lo abrazó por detrás.

—¡Joder, qué susto! Te pareces a *Penny*. Voy a tener que poneros un cascabel a las dos.

—¡¡¡Qué bien huele ese café, santo Dios!!! Huevos revueltoooos, ooooh, ¡estoy tan hambrienta que podría comerme un elefante!

—¿Qué pasa? ¿No tienes bastante conmigo?

—No, no creo que acabe contigo ni en siglos…

Adrien la levantó en volandas y la depositó con suavidad sobre una silla ante la mesa.

—No se mueva de aquí, señorita, ahora le traigo el desayuno que tenía previsto servirle en la cama, bueno, en el salón.

Sólo llevaba puestos los pantalones del pijama y Suzanne admiró su torso y su abdomen musculoso y tableteado, su enorme altura, la belleza de sus ojos, ¡aquél era el hombre de su vida! ¡Sí, lo era! Y no le importó nada más, excepto:

—Cariño, ¿soy la mujer de tu vida?

Él le llevó un plato con los huevos y las salchichas, le sirvió humeante café en una taza bonita, rebuscó en un armario y regresó con un jarroncito y una flor de tela dentro, que depositó ante ella y puso cara de payaso.

—Si tuviese una flor en la solapa, la apretaría para lanzarte un chorro de agua a la cara, por no saberlo todavía a estas alturas —le dijo.

Rieron. Adrien se sirvió más café.

—Mi relación más larga y la última fue con Ann; es periodista, se mudó a Seattle. Nos conocíamos desde el instituto. Estuvimos seis años juntos, pero no funcionó, entre otras cosas porque estaba casada con su trabajo y detestaba a todo el mundo, en especial a mis amigos, y para ella yo nunca hacía nada bien. Es una mujer muy hermosa, pero en su interior habita una anciana ultra apática. Nuestros días eran grises y aburridos. Un día me dijo que se iba y yo no lo sentí.

—Lo lamento, Adrien.

—No lo lamentes, te he encontrado a ti, jovencita. Y no lo digo con retintín. Nadie creería la edad que tienes, cómo te vistes, cómo te arreglas, el brillo de tu mirada y de tu piel, el entusiasmo que le pones a todo. Eres luz. Tus despistes, tu ingenuidad… Cuando te miro sólo veo una chiquilla a la que debo cuidar y proteger, porque me hace muy feliz y la quiero.

Suzanne frunció el cejo para evitar que se le notara la fuerte emoción. Embargada por ella, sólo pudo añadir:

—Ohhh… Es lo más bonito que me han dicho en mi vida…

Adrien adoptó una pose de galán duro y desvergonzado de cine antiguo.

—¿Y qué hay de ti, *baby*?

Ella pensó muchas frases, pero ni una sola logró salir de su boca.

—¿No quieres o no puedes hablar de ello? Es diferente… ¿Debo temer algo o a alguien? —insistió él.

—No, no. Sólo es… No sé… Lo último que deseo es aburrirte. Un día me di cuenta de que mi matrimonio era una farsa y lo abandoné. Eso es todo.

Adrien, satisfecho y feliz, se zampó el último bocado del plato de Suzanne con total descaro.

* * *

En el bar donde se reunía Will Daniels con sus amigos cada sábado, volaban los dardos hacia la diana en una partida cargada de adrenalina y alcohol. Si acertaban, bebían, si no acertaban, bebían también, el caso era acabar con el whisky y la cerveza del local. Sus voces y risotadas sobresalían entre el rumor de las demás conversaciones. Era el turno de Will, cuando Patt lo detuvo con un grito:

—¡Tu mujer, Will! Mira, es Suzanne. —Le tendió el móvil.

La cara de Will fue cambiando gradualmente como un semáforo,

hasta que soltó un rugido:

—¿Qué coño es esto?

—Una entrevista en la WKRP Silverfield radio con Priscilla Lombard. Una *influencer* de Instagram a la que sigo. Está un rato buena.

—¿Y dónde coño está Silverfield? —preguntó Will, furioso.

Otro amigo le tendió un trago, que él se tomó como agua.

—Maine —aclaró Patt, mostrando un punto en el mapa de Google.

—Chicos, no me esperéis los próximos días, me voy de vacaciones.

* * *

Con el coche en marcha, Suzanne reparó en la mujer que le hacía señas desde el margen de la carretera. ¡Era Morgan, envuelta en una pelliza que no permitía ver más que sus cejas! Soportaba la cellisca impertérrita, como una conífera del paisaje sepultado por el manto helado. Suzanne detuvo el vehículo, abrió la puerta y su amiga entró frotándose las manos.

—¿Tienes algo caliente?

—No, pero ¿qué hacías aquí, criatura? —la amonestó Suzanne más que preguntó.

—¡Alto, muñeca! Si contesto, contestas.

—¿Qué respuesta es ésa? —Suzanne flipaba, tal como habría dicho Holly.

—Tenía que verte antes de...

La noche pasaba rauda, ahuyentada por los faros del vehículo, atrás quedaban líneas discontinuas, señales de tráfico y sorprendidos animales noctámbulos, que, inmóviles, aguardaban su paso para atravesar la carretera.

—¿Y por qué no has pasado por la librería o por casa? ¿No era más sencillo?

—En ocasiones lo sencillo resulta complicado y lo complicado fácil. No es una ciencia exacta.

—No entiendo nada, Morgan… ¿Qué me quieres decir?

—No llevas el colgante —cambió de tema su amiga.

—¡Coño, el de la lámpara! ¡Mi dormitorio!

—¿Tu dormitorio?

Morgan se encogió de hombros y desenvolvió un chicle de menta con sus uñas Fumanchú de todos los colores. Lo mascó e hizo un globo. Miró a Suzanne, se puso los rizos tras las orejas y siguió

masticando:

—Déjalo, no lo entenderías… Aún te falta un deseo. Póntelo y pídelo, que tengo ganas de irme.

Suzanne la miró como si viera a un extraterrestre.

—¿Quieres centrarte en la carretera? —De un suave manotazo, Morgan le devolvió la cabeza a la posición correcta—. ¿No tienes más deseos, o se te ha comido la lengua el gato?

—Mi único deseo es contemplar la más hermosa puesta de sol junto al hombre de mi vida —suspiró Suzanne.

En el silencio de la noche sólo se oía el ronroneo del motor, pero lo interrumpió la explosión de otro globo. Morgan lanzó el chicle por la ventanilla y encendió un cigarrillo. Suzanne pensó que olía muy bien, a pesar de fumar tanto; toda ella desprendía un agradable aroma a sándalo y pachuli.

—No me fastidies —dijo al fin Morgan—. ¿No quieres riqueza, bienes inagotables, superpoderes? ¿O algo imposible?

Suzanne negó con la cabeza:

—Sólo quiero a Adrien Westwood…

—Está bien, que así sea, pero que conste que ya no podrás pedir nada más. Se acabó, finito y adiós, ¿sabes?

—¿Sé?

—Vamos, Suzanne, encuentras un colgante en forma de lámpara, lo frotas y tu mundo se torna un… mundo ideal… ¿No sospechas nada? ¿Aún no te has dado cuenta de quién soy yo en realidad?

Suzanne guardó silencio con los labios fruncidos.

—Eres Morgan, mi amiga —dijo al cabo.

—Suzanne la ingenua. Despierta, ¡coño! ¿Acaso conoces mi apellido? ¿Alguien más que no seas tú habla conmigo? ¿Lo has visto? Yo no soy tu amiga, te sirvo, que es diferente. Un ente a tu favor, magia que se evapora tras la misión cumplida. —Hizo un chasquido con la lengua y con los dedos—. Te concederé el último deseo, pero debes prometerme una cosa…

Ella asintió con la cabeza, sujetando el volante y con la mirada fija en la carretera, sobrecogida y sin atreverse a mirar a su «amiga»… Los ojos de Morgan desprendían cegadoras chispas:

—Deberás permitir que alguien encuentre la lámpara. Tan sólo déjala en cualquier parte y olvídate. Así son las cosas y así deben permanecer por siempre. Yo no podría existir de otro modo. Por tanto, debes cumplir tu palabra. Y, recuerda, tiene que ser un acto consciente y voluntario. Por tanto, no pierdas el colgante o todo se desvanecerá.

—¿Cómo puede ser esto? —susurró Suzanne, obstinada en mirar

la carretera.

—¿En serio…? —resopló—. Parafraseando a Shakespeare te diré que hay más cosas en el cielo y en la tierra, Suzanne, que las soñadas en tu cabecita…

Morgan encendió otro cigarrillo y todo se llenó de humo.

—Apaga eso, que no puedo ver… —le pidió Suzanne, pero sólo pudo oír su abrupta respuesta:

—Lo que tienes que ver no está aquí, despierta ya.

«Despierta ya.» «Despierta ya.»

—Despierta, cariño. Despierta ya.

Adrien la zarandeaba con delicadeza.

—Has tenido una pesadilla.

—No lo sé… ¿Dónde estoy? Morgan…

—¿Quién es Morgan?

—Morgan es mi amiga, la heavy…

—Ah…

—He de ir a casa. —Saltó de la cama.

Adrien alargó los brazos y la devolvió junto a él para abrazarla.

—Pero ¿cómo te vas a ir a estas horas? —la calmó—. Cierra los ojos, mi amor. —La apoyó contra su pecho—. Respira. Así, muy bien. Ahora a dormir.

—He de ir a casa…

—Sí, a recoger tus cosas. Quiero que vivamos juntos, aquí.

Suzanne, refugiada en aquel cálido abrazo, se durmió de nuevo.

XII

Las cosas cambiaron de rumbo entre Merryn y yo, con un giro por completo inesperado para mí. Desde la ejecución de mi venganza, resuelta del modo más humillante para mi esposo, simplemente dejamos de hablarnos. En concreto, él dejó de hablarme. Fue Bracknell el encargado de rescatarlo de la posada. Como amigo leal y hombre de honor, nunca hizo ningún comentario al respecto. Pero Merryn se enfadó conmigo de un modo atroz.

—No insistas en querer tener tratos conmigo —me dijo ante la puerta de nuestra estancia—. Te cuidaré y te protegeré porque eres mi esposa y es mi deber. Pero eso será todo entre nosotros.

Se mostraba más hermético y taciturno que nunca.

—¿Todo? ¿Acaso has olvidado…? —repliqué, pero él me cortó de modo feroz.

—¡Sí! Lo he olvidado, y jamás, ¿me oyes?, jamás volverá a ocurrir. Tú y yo hemos terminado.

Por toda respuesta, le di la espalda enfurruñada.

—Podrías intentar entender por qué acabó como acabó, podrías escucharme, podrías ponerte en mi lugar —dije.

Esa treta infantil no me salió bien, con el rabillo del ojo pude ver cómo me contemplaba unos segundos desde un rostro impenetrable.

—Buenas noches, Scarlett.

Lo vi alejarse hasta desaparecer por el recodo del pasillo y, ante el umbral de mi solitaria habitación, me sentí ridícula y ultrajada.

Nuestro enfado no perturbó nuestros planes de pasar la Temporada de Londres en nuestra casa de Grosvenor Square. Allí la situación se distendió un poco para mí, porque tía Agatha recibía los lunes, miércoles y viernes a partir de las 3 de la tarde y destinaba martes y jueves, no más tarde de las 4, a hacer visitas. Y siempre me llevaba con ella. Una aciaga tarde, en su ánimo de husmear lo que pasaba entre Merryn y quien esto escribe, consiguió que él, de mala gana y malcarado, nos acompañase a casa de Cora Lloyd, una de las grandes damas de la escena londinense. Todo prometía ser muy agradable, porque a la señora Lloyd le gustaba reunir en torno a sí a poetas, cómicos y músicos, que solían amenizar las reuniones con el despliegue de su ingenio. Para mí

suponía un placer añadido la oportunidad de escucharlos en semejante cercanía. Pero en cuanto puse el pie en el salón de la señora Lloyd, comprendí que aquella tarde sólo me aguardaba la tragedia.

Nadine Northon alzó la vista desde una butaca. Vestida de oro y filigrana bermellón y con el cabello recogido en la nuca, estaba simplemente espectacular. ¿Cómo podía ser tan hermosa y tener ese aspecto tan juvenil, me preguntaba yo, íntimamente desesperada? Bebió un sorbo de su té, dejó la taza de porcelana sobre el platito y luego sobre la mesa, con una delicadeza instintiva que me abrió las carnes. Yo jamás conseguiría la sutileza en el porte y las maneras que ella poseía, por más que me repitiese a mí misma que podía hacerlo. Su fría mirada lo heló todo a su alrededor, y a mí en particular, porque en ese preciso instante me fijé en que llevaba puestos los pendientes de perlas que Muriel me robó.

—Oh, los Tremaine, ¡qué agradable sorpresa! —celebró Cora—. Lady Bickford, ¡es un gran honor!

Mujer elegantísima en su estudiada dejadez bohemia, turbante en la cabeza, casaca hindú en colores bengalíes, de facciones regulares y labios pintados con el carmín más oscuro que jamás había visto.

—Realmente sorprendentes, sí —murmuró Nadine para mi zozobra, porque pude oírla perfectamente.

Con el drama en ciernes, me mantuve atenta y cordial con todos, aunque dominada por una palpable tensión. Parecía muy probable que Merryn lo hubiese notado, porque en un par de ocasiones lo sorprendí mirándome ceñudo. También tía Agatha se me acercó para recomendarme calma y la propia anfitriona se interesó por la extremada palidez de mi rostro. Para acabarlo de arreglar, pude observar a mi esposo a punto de departir con Nadine en varias ocasiones, siempre frustradas por la habilidad de tía Agatha, que encontraba la manera de cruzarse en su camino. Finalmente, lo inevitable ocurrió y entablaron una conversación frente a frente.

Merryn vio los pendientes y me buscó con la vista por todo el salón hasta topar con mis angustiados ojos; de los suyos surgían auténticas lenguas de fuego. Pensé que la mejor defensa sería el ataque e imaginé varios métodos de hostigamiento, pero me di por vencida antes de intentar ninguno y opté por afrontar la situación. Me dirigí a ellos y, de paso, marqué mi territorio. Con ello sólo conseguí servirle a Nadine en bandeja una humillación, porque ella no perdió la oportunidad de devolverme el golpe con creces y burlarse de mí en mi propia cara. Junto al piano, ante la admiración

de los presentes, Cora nos obsequiaba con una extraordinaria interpretación operística. Nadine clavó sus ojos sobre mí como un reptil en su presa:

—Querida, la noto desmejorada. ¿Ha estado enferma, quizá?

—En absoluto, señora Northon, gozo de muy buena salud.

—Me alegra mucho, señora Tremaine, que sea una cuestión puramente estética. Hay días que no acierta una con los colores ni con el sombrero ni con los afeites. Ja, ja, ja.

Se alejó riendo y haciendo ostentación de los pendientes. Merryn me miró:

—Me pregunto por qué llevaría una mujer como Nadine unos pendientes como los que le regalé a mi esposa.

No añadió nada más ni me permitió una aclaración, tan sólo se acercó al piano para disfrutar de la interpretación de Cora. Y mientras, yo, perpleja, ni siquiera fui capaz de moverme. Trataba de entender cómo había podido bajar la guardia de ese modo. Nadine regresó junto a mí para mortificarme y, sin esperar, vertió su veneno en mi oído:

—Por más que te escondas bajo las faldas de «tía Agatha», te desenmascararé mucho antes de lo que puedas imaginar. Quizá hoy mismo.

* * *

Quizá hoy mismo me presente en la librería y te secuestre a la hora de comer. Espéralo todo o no esperes nada. Te quiero.

Suzanne interrumpió la lectura ante la notificación del mensaje y apuró su café. Ya no silenciaba ningún aparato y prestaba toda la atención posible a tonos y llamadas. Aquella semana, el servicio de Adrien había imposibilitado sus noches románticas, pero constantes conversaciones los mantuvieron con la cabeza sobre la pantalla del teléfono móvil.

De acuerdo. Ven. Puede que esté, puede que no. Quién sabe.

Lo envió.

Cuando salió de la ducha, eligió unos vaqueros negros, un jersey de lana verde botella y unas botas altas, se onduló el cabello con el secador y se enjoyó. Cogió un lápiz de labios cereza profundo, lo miró complacida y se pintó. El espejo le devolvió una imagen que le

gustó mucho. «¡Mi colgante!», pensó. Sobre la cómoda, en una caja de madera policromada guardaba el colgante de la lámpara. Se lo puso, lo miró a través del espejo y luego levantó una mano y la posó sobre él. Cerró los ojos y se concentró. «Deseo contemplar la más hermosa puesta de sol con el hombre de mi vida.» Abrió los ojos y sonrió.

* * *

De camino a Castle Books, se detuvo en El Reno; quería saludar al jefe Richmond y a su ayudante, la chica caramelo. Drew sonrió y, sin necesidad de pedirlo, le preparó su café con vainilla. También estaba Priscilla, Sally saludó desde la otra punta, atareada con las mesas repletas de granjeros.

—¿Adónde vas tan guapa, cielo? —la saludó Priscilla.

—Tal vez tenga una nueva cita hoy —respondió Suzanne en una nube.

—Lo vuestro es de película, tía… No se te ocurra salir de ese cine, hazme el favor —dijo Audrey.

—Pues será mejor que tú y yo vayamos a por palomitas —indicó el jefe.

—Aguafiestas —refunfuñó Priscilla.

Audrey y Richmond se marcharon.

—¿Os inscribo en el concurso de karaoke de aquí a tres viernes? —apareció de repente Drew.

—Yo paso. —Priscilla señaló a Suzanne—. Apunta al bombero y consorte. A dúo con *Love Me Tender*, de Elvis.

Drew le dedicó una señal de connivencia y se alejó para seguir con sus tareas.

—¿Qué? —Suzanne, pendiente de un mensaje de voz de Tabitha, no oyó a Priscilla—. Mañana llega el marine de Tabitha. ¿No es emocionante?

—Habrá que celebrarlo. Ya pensaré algo, una cenita en mi casa antes de que me vaya.

—Hace días que no sé nada de Morgan, ¿la has visto últimamente?

Priscilla iba a contestar, pero una llamada de su teléfono la distrajo.

—¿Te quedas un rato más? —le susurró a Suzanne, señalando el aparato.

—No, me voy ya.

* * *

Adrien irrumpió en Castle Books a la hora de comer, uniformado y pletórico.

—¿Podrás apañártelas? —le preguntó a Holly.

—Qué comáis perdices —respondió ella sin mirarlo.

Distinguió a Suzanne mezclada entre los libros de la sección de ciencia ficción, con los auriculares del iPad puestos y concentrada en su tarea. Se situó detrás de ella y la agarró por la cintura:

—Déjalo todo, nos vamos de fin de semana.

A Suzanne se le escapó un grito por el susto, cuando reaccionó, quiso saber más cosas:

—Pero… ¿ya? ¿Así?

—Tengo el coche fuera esperando con todo lo necesario, me he permitido pasar por tu casa antes para hacer tu maleta…

—¿Con qué derecho?

—Con el del amor.

—¡Santo Dios! —objetó, absolutamente rendida—. ¿Qué me espera contigo?

—Amor

—Pero ¿cuándo has dormido?

La noche había sido larga para los chicos de Foster, que unieron fuerzas con la base de Stacyville para rescatar a los escolares de un campamento del lago. El humo de una lenta combustión sin llamas casi los asfixia. Hubo mucho trabajo, pero por suerte ninguna víctima.

—Ya tendré tiempo de dormir contigo al lado. O no…

* * *

—Oh, no… —lamentó mi hermana, contemplando cómo algunos de los bocaditos de emparedado de pepino saltaban de la bandeja. Había tropezado conmigo adrede.

Un lacayo los retiró del suelo de inmediato.

—Ten más cuidado, respetabilísima señora Tremaine —me advirtió Muriel en el colmo de la desfachatez—. Casi me derribas y armas un buen estropicio. Yo en tu lugar me retiraría con cualquier pretexto. Vete antes de que el infierno abra sus fauces para ti.

Muriel había aparecido como parte del servicio de Cora Lloyd. Pasmada, le pregunté:

—¿Qué haces tú aquí?

—Triunfar y vengarme de ti al fin. La dulce Lloyd ha sufrido

percances con sus criados, una especie de epidemia de gripe, y la señora Northon le ha prestado su servicio. ¿Qué te parece?

Creí desmayarme allí mismo, pero aún no había llegado lo peor.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó Nadine ante todos—. ¿Algo va mal? ¿Turner ha cometido alguna falta? Puede reprenderla usted misma, podemos hacerlo ambas. ¡Turner!

Muriel, con la cabeza gacha aún, me dirigió una mirada malévola con una mueca diabólica. Las amistades de la señora Lloyd, asombradas, detuvieron sus conversaciones, ella su canto y el pianista su ejecución.

Me latía el estómago al son de mi corazón desbocado, ambos iban a salírseme por la boca, me faltaba el aire, me ahogaba. Tía Agatha sostenía una copita de anisete en sus trémulas manos. Por su parte, Merryn permanecía atento, en el rincón más alejado del salón.

—No ha ocurrido nada, gracias por preocuparse, señora Northon —logré articular.

—Ah, entonces sólo cabe pensar que son buenas amigas, a juzgar por la vehemencia de su conversación.

Fruncí los labios para que no se me escapara un grito de pánico y rabia y abrí más los ojos para que la cabeza me dejase de dar vueltas. ¿Cómo escapar de aquella ratonera?

—¿Es así, Turner? —la presionó la mujer.

No había escapatoria. Muriel aún agachó más la cabeza e inició unos pucheros. La señora Lloyd trató de intervenir, pero la lengua viperina de Nadine llevaba ventaja.

—¿Qué ocurre, Turner? —insistió.

Muriel rompió a llorar. Todo el mundo me miraba, esperando una explicación. Nadine alzó una ceja dirigida a mí.

—¿Usted lo sabe, señora Tremaine?

Yo catatónica, tan sólo deseaba ver esfumarse aquella escena como una pesadilla al despertar.

—Está bien —concedió la víbora—, no nos desvelen el misterio. Seguro que resultaría de lo más aburrido. Cuando se trata del servicio o de fulanas, no suelen ser escándalos sabrosos.

Un murmullo surgió de los abochornados espectadores de aquel drama en un solo acto. La copa de tía Agatha cayó al suelo, Merryn llegó junto a mí de una sola zancada, con ánimo protector. Me obligué a no caer desmayada en sus brazos. Cora retomó su canto y los presentes centraron su atención en ella. Nadine estaba junto a Muriel, de modo que estábamos los cuatro juntos.

—Turner, si en lo sucesivo no eres más cuidadosa, tendré que

despedirte. Vete.

Muriel se fue, no sin antes dedicarnos una intencionada mirada a Merryn y a mí.

—Desaparece, Muriel Turner. Tu oportunidad de decirles algo a los Tremaine ha pasado.

Muriel obedeció, pero la sangre había abandonado mis venas por completo y podía sentir el hielo ocupar su lugar.

—Lo lamento, capitán. Lamento de veras dejarle con tal desasosiego. Aunque tal vez usted misma, querida Scarlett, pueda desvelarle a su esposo el misterio por el que mi doncella y usted están tan unidas, ¿no es así? Cuéntele por qué Turner me regaló sus perlas.

Merryn me miró incrédulo y Nadine, tras atusárselas, se alejó sonriendo a unos y a otros del modo más encantador.

Merryn me arrastró del brazo hasta el jardín, donde no había nadie.

—Vamos —me interrogó—, ¿qué ha querido decir?

Yo me lancé al vacío sin dudarlo, era la única salida posible:

—Lo que ha dicho, que soy una puta. Mi apellido de soltera no es Philips, sino Turner, Muriel es mi hermana. Nos criamos en un prostíbulo. Trabajábamos juntas desplumando a incautos mediante la seducción. Hasta que decidí cambiar de vida. Ella no me lo ha perdonado. El resto ya lo sabes.

Soy incapaz de describir cómo cambió el rostro del hombre situado frente a mí. Simplemente se le nubló y él lo encerró detrás de una pétrea muralla. De nuevo me agarró por el brazo.

—Nos vamos —farfulló.

* * *

Adrien le vendó los ojos a Suzanne y la condujo a través del camino de sirga hasta un extremo donde las rocas se acababan y sólo había mar. Sin decirle el destino, la había llevado hasta Ocean Point, donde había alquilado una casita de madera roja sobre el acantilado. El mar se batía contra las piedras y se notaba la brisa en la piel de un modo suave y agradable. Suzanne sintió su espíritu inundado por el perfume del mar y recordó el aroma del capitán Tremaine. No era momento de pensar en el porvenir de los amantes que habían llenado su pensamiento día y noche, incluso durante el trayecto, porque ahora sus propias sensaciones y emociones eran más poderosas que nunca y sólo Adrien importaba. Él parecía tembloroso mientras la acariciaba; se sentaron el uno junto al otro y

la atrajo contra sí.

—¿Puedo quitarme la venda ya?

—No.

—¿Qué me espera?

Adrien la besó, larga y dulcemente.

—Yo —dijo al fin.

—Bien —susurró Suzanne.

Cuando el sol incendió el horizonte y el cielo arrebolado fue incapaz de detener el ardor que tornaba sus brumas en fuego, Adrien quitó la venda de los ojos de Suzanne. Ella, hechizada, no pudo decir nada al principio, tomó la mano de Adrien en la suya y la apretó.

—Cuando el sol se va, la noche reina. Sol y oscuridad, los dos amantes malditos… Nunca pueden estar juntos, pero no pueden vivir el uno sin el otro, condenados a la separación eterna, sólo coinciden en el crepúsculo… Él extiende su mano, ella la envuelve con la suya. No se sueltan, no se separan, pero el tiempo tira de uno y otro hasta que los aparta…

—Es muy triste —meditó Adrien.

—Y melancólico y por ello hermoso. Porque también viven con la esperanza y la ilusión de un nuevo crepúsculo. Así son sus días y sus noches, y sus breves encuentros, siempre como el primero, siempre como el último…

—Hablas con voz de poeta…

—Hubiera querido capturar esta imagen para siempre, aunque estará impresa en mi retina.

—Hazlo. —Adrien le tendía su cámara réflex.

—¡Oh, Adrien! —se emocionó ella.

Mientras disparaba, él la contemplaba, por completo enamorado. Palpó algo en su bolsillo y, feliz, esperó a que su chica acabara.

—Gracias, cariño, gracias por regalarme este momento eterno. Eres un adorable niño malo y te quiero por ello. —Suzanne regresó a su lado y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

Adrien la agarró por la muñeca y la atrajo hacia sí.

—Ven. —La hizo sentarse.

Ella creía que iba a hacerlo sobre sus rodillas, pero en lugar de eso, se apartó y se le arrodilló delante. Entonces, abrió un pequeño estuche de terciopelo bermellón y dejó al descubierto un anillo de oro con un diamante. A Suzanne se le cortó la respiración, se llevó las manos a la boca y, tras un «oh», enmudeció por completo.

—Suzanne, no hay nada que pensar cuando manda el corazón.

Estás aquí dentro —se tocó el pecho— desde el primer momento en que te vi. Eres la mujer de mi vida y quiero pasar el resto de mis días a tu lado, porque te amo, como el sol a la noche. ¿Quieres casarte conmigo?

Un montón de ideas se atropellaron en la mente de Suzanne, la principal era aceptar a aquel hombre arrodillado ante ella, de hipnótica y bondadosa mirada, del color del mar. La secundaria, que debía contarle la verdad de su situación. La tercera, que no podía estropear aquel mágico momento. La cuarta, que en cuanto llegase a Silverfield tramitaría el divorcio.

—Sí —dijo, abrumada por la emoción—. Sí, quiero.

Él le puso el anillo, ella le echó los brazos al cuello y se fundieron en un beso. Adrien la abrazó por la cintura, Suzanne lo envolvió en su abrazo. Se besaron sin soltarse, sin separarse, sin pensar en el tiempo que tiraba de ellos. Recortadas sus siluetas contra el crepúsculo inmenso.

* * *

Martha fue la última en abandonar Castle Books tras la sesión del club de lectura. Radiante como una colegiala, llevaba un libro apretado contra el pecho.

—*Jane Eyre* siempre ha sido mi lectura favorita, desde jovencita… —le contó a Tabitha—. Cuando la vi en la lista de libros para el club, sencillamente, me emocioné. Pero hoy ha sido supremo… Salgo sobre una nube, hay tanto amor en esta historia, ¿verdad?

—Martha, tú eres nuestra chica —le respondió la librera—. Tu aportación siempre es imprescindible. Eres una lectora apasionada y apasionante. Gracias por formar parte de nuestro club.

—Gracias, querida —rio la anciana—. ¿Para cuándo la buena nueva?

—Pronto, pronto. El mes próximo…

—El verano trae frutos hermosos.

Se despidieron y cuando Martha salió por la puerta, se cruzó con un hombre, enorme y grosero, que Tabitha tomó por un leñador.

—Quiero hablar con Suzanne —espetó él sin preámbulos ni presentaciones.

—No está —respondió Tabitha con sequedad.

Holly se situó tras ella, prevenida.

—¿Cómo que no está?

—Se ha cogido unos días libres… ¿Quién es usted?

—Will Daniels, su marido.
Las dos mujeres intercambiaron una mirada de entendimiento.

XIII

—Sospeché algo en la habitación de *The Royal Oak*. Privado de la vista, pude sentir con mayor intensidad el tacto de tu piel, de tus labios, el suave perfume de tu cabello, como algo reconocible. No lo descubrí, sino que lo recordé. Pero no estaba mi cabeza en aquel momento para hacer cábalas. Ya te encargaste tú bien de ello. Debería repudiarte. Y tal vez lo haga. Debo reflexionar.

Merryn y yo conversábamos en el salón de Grosvenor Square, desde extremos opuestos, con demasiada distancia entre ambos y el fuego del hogar devorando la madera.

—De acuerdo —acepté—. Me retiraré a Longfield House para no mortificarte con mi presencia. Así tendrás libertad para meditar mejor.

Con una suave inclinación de cabeza, me di la vuelta para salir.

—No es necesario que regreses a Pendleton… por ahora —me detuvo.

Yo no moví un solo músculo cuando respondí:

—Lo prefiero, gracias.

Y me fui. Yo también necesitaba mi espacio para pensar. El fracaso del experimento de lady Bickford era evidente y hablaría con ella. Pero tía Agatha me aguardaba en mi habitación, en pie de guerra.

—A qué esperas para informar a mi sobrino —me espetó.

Cansada de todo aquel juego en el que yo no llegaba ni a la categoría de peón, no le puse muy buena cara.

—De qué debería informarle…

—¿Has visto al médico?

En lugar de responder, me dediqué a arreglar cosas por la estancia.

—La otra mañana te oí vomitar en el baño, y sé que van dos meses que no te lavan paños…

Enrojecí de pies a cabeza, pero de rabia.

—Querida tía Agatha, ya tiene lo que quería, pero a cambio yo… lo pierdo todo.

—Estás equivocada, él no puede vivir sin ti. He escuchado sus conversaciones con el teniente Bracknell.

—Eso sería antes de…

—Eso fue ayer.

Pillada por sorpresa, sólo pude mirarla, incapaz de despegar los labios.

* * *

Incapaz de despegar los labios para proferir un solo juramento, Suzanne pensó y repasó hasta la extenuación cada uno de sus movimientos desde que se puso el colgante, pero no le sirvió para encontrarlo. Tras el maravilloso fin de semana con Adrien, quedaron en que ella se mudaba a casa de él. El plan era recoger sus pocas pertenencias aquella mañana y trasladarse a la hora de comer. Todas las cajas estaban ya preparadas. Pero ¿cómo y cuándo había perdido la lámpara? ¡Qué horror, por favor, eso no podía ser! Una de sus pérfidas voces le recomendaba no preocuparse más por ello, ya poseía cuanto deseaba. Sin embargo, otra de las voces, la angustiada, le recordaba las condiciones aceptadas en el sueño con Morgan: «Tu contrato establece claramente…». «Pero ¡¿qué contrato ni que ocho cuartos!», la acallaba una tercera voz que nadie sabía de dónde había salido. «¡¡¡Nooo!!! —gritó al fin la atormentada mujer—. ¡¡¡Dejadme, fuera!!! Con lo feliz que era yo al abrir los ojos.»

Había amanecido despreocupada y vestida sobre la *chaise longue*, con *Apágame* encima de la cara y el cuerpo entumecido; la inmensidad del océano no se podía comparar con la inmensidad de su felicidad, su alma rebosaba de ella. Habían quedado en El Reno para conocer al marine de Tabitha, era domingo y todo hacía prever un día perfecto. Sin embargo, cuando fue a echar mano a la lámpara maravillosa y vio que no estaba en su cuello ni en ninguna parte, todo se le vino abajo.

* * *

El bullicio de El Reno podía oírse desde el exterior. Un grupo de irlandeses había tomado el control del billar, pero parecían haberlo perdido de sí mismos. Los ojos brillantes indicaban que andaban abrazados a sus jarras desde antes del café. Al entrar Suzanne la ovacionaron y vio a uno de ellos atravesar el ventanal al ser lanzado entre estrépito de cristales. Pero no, no fue así, sólo había ocurrido en su cabeza. Que la ovacionaron fue real, porque Adrien la cogió por el hombro.

—Voy a recetarles un calmante. —El jefe Richmond se acercó a los muchachos.

—¿Y esa mala cara? —le preguntó Adrien.

Ella le restó importancia con un gesto.

—Aquí está mi jefa de la casa Targaryen —saludó Tabitha con una gran sonrisa—. No hubiera podido levantar este castillo sin ella. Vinny, Suzanne. Suzanne, Vinny.

Se saludaron con un beso afectuoso.

—¡Enhorabuena, Vinny! ¡Me alegro tanto de que ya estés aquí!

—Y yo me alegro de conocerte en persona al fin. Por las charlas con Tabitha ya te apreciaba, pero tenía ganas, ¡ya lo creo! Venga, otra ronda de café.

Drew le apuntó con ambos índices, guiñó un ojo y se puso a ello.

—Uy, tienes ganas de ir al lavabo, Suzanne… Pues vamos contigo —dijo de pronto Tabitha.

—¿Yo? No, no tengo ganas. —No había pillado la sutileza.

—Escúchame —intervino Audrey en un tono que no dejaba lugar a dudas—, tienes ganas de ir al baño.

—Id vosotras, yo no lo necesito. —Suzanne seguía sin pillar la indirecta.

Los hombres tampoco entendían nada y la expresión de sus caras resultaba cómica.

—Dejadlo, chicas, esto hay que hacerlo así. —Priscilla la agarró por un brazo y empezó a tirar de ella—. Claro que tienes ganas, corazón.

—Puedes aprovechar para enseñarles en secreto tu dedo anular y nosotros oiremos desde aquí el griterío —emocionado, Adrien no podía aguantar más para anunciar sus novedades.

Suzanne levantó el dedo a la vista de todos. Las felicitaciones y las expresiones admirativas no se hicieron esperar y llovieron sobre ellos de modo copioso. Las chicas la arrastraron por fin hasta el baño de mujeres.

—Pero ¿por qué me traéis aquí, locas? ¿Queréis detalles?, pues…

—Sí, los detalles luego —la cortó Priscilla.

—¿Por qué no ha venido Morgan? —Suzanne seguía en su mundo.

—¿Morgan? ¿Quién es Morgan? —preguntaron sus tres amigas a la vez.

—¿Cómo que quién es Morgan? No me toméis más el pelo, chicas.

—No seas monjil. —Audrey se impacientaba—. Venga tías, se lo

decimos ya, antes de que yo me vaya a patrullar. Venga.

—El otro día se presentó en la librería Will Daniels preguntando por ti —pudo decir Tabitha al fin.

Suzanne se sentó a plomo sobre el inodoro.

—Dadle aire —la abanicó Audrey.

—Mejor una toallita húmeda. —Priscilla le aplicó una en las sienes.

—Qué voy a hacer ahora…

—¿Echarlo? —La chica caramelo lo tenía muy claro.

—Porque Adrien lo sabe —afirmó Tabitha alarmada—, ¿no es cierto? —insistió con mayor alarma.

Suzanne negaba con la cabeza escondida entre los brazos.

—Un poco —susurró.

—¿Cuánto es un poco? —El sobresalto de Priscilla era notorio en su voz.

Suzanne, bloqueada, ya no respondió.

—Habla con Adrien cuanto antes —le ordenó más que aconsejó Priscilla.

—Sí —la apremió Tabitha—. Olvida nuestra barbacoa y vete a casa con él. Cuéntaselo todo antes de que aparezca ese hombre. ¿Vas a hacerlo?

Suzanne afirmó con la cabeza.

El intercomunicador del hombro de la ayudante Chambers empezó a dar la lata.

—Nenas, el jefe me busca —se despidió Audrey—. Salid ya, que los tíos se van a preocupar. Os veo luego. Y se fue.

Cuando las demás abandonaron la improvisada sala de reuniones, se dieron de lleno con Will Daniels.

—Por fin te encuentro, ¿no tienes nada qué decir, Suzanne?

—¿Quién es este tipo, Suzanne? —intervino Adrien.

—¿Quién es este polluelo, cariño?

Ahora los dos hombres se lanzaban miradas atravesadas, como dos venados en plena berrea. El estupor general se percibía a través del denso silencio. En El Reno parecían haberse detenido incluso los relojes. Entonces, Drew salió de la barra y posó una mano sobre el hombro de Will:

—Será mejor que se vaya, amigo, no queremos problemas.

Will, con una sacudida del hombro, se desasió de la mano de Drew y la mirada desviada de ciervo despechado se apartó de Adrien para dirigirse a él en exclusiva. La tensión entre los presentes alcanzó un punto culminante. Los amigos de Suzanne se alinearon, preparados para repartir contundentes caricias a la

menor oportunidad. No hizo falta, Will no estaba tan loco.

—Nos veremos más tarde, Suzanne. Entretanto, puedes contarles a tus amigos por qué he venido. En especial al polluelo.

* * *

Tras nuestra separación, la vida se tornó gris, sólo los recuerdos poseían el colorido y la alegría suficientes como para ser escritos. Fue por entonces, mientras veía crecer mi vientre, cuando tomé la costumbre de escribir mis ideas en un cuaderno. Se trataba de mi jardín secreto, en el que sólo yo podía entrar, donde nadie podía dañarme, excepto algunos de los fantasmas que me acompañaban, pero ni siquiera ellos, porque, una vez encerrados en el cuaderno, perdían su poder y el mío aumentaba. Ese lugar de mi mente pronto adquirió el grado de sagrado, porque podía entrar y salir a mi antojo y sólo yo conocía la puerta…

* * *

Suzanne devoraba páginas y más páginas hecha un ovillo en su sillón, rodeada de cajas de mudanza sin tocar desde hacía días. Huía de su vida para vivir la de Scarlett. A pesar de ello, algunos pensamientos de la realidad se cruzaban en el camino de su heroína y la apartaban de un manotazo, para poner en su lugar incómodas escenas del presente. Como algunas de las semejantes situaciones entre ambas, o algunos sentimientos parecidos, o la terrible escena entre Adrien y ella tras la aparición de Will, cuando le confesó que había huido de un marido que seguía siéndolo, sin solucionar las cosas, sin divorcio. Que a pesar de ser una mujer casada, le amaba con toda su alma… Y Adrien, sin alboroto, admitió sentirse decepcionado y se marchó con el corazón roto. La había conquistado contra todo pronóstico y ahora Suzanne podía perder al amor de su vida. Como la noche al sol… Si pudiesen tener un solo crepúsculo, tal vez entonces podría apretarlo tan fuerte que el tiempo, por más que tirase de ellos, no podría separarlos. Pero había perdido la lámpara maravillosa, Morgan no existía, todo se había desvanecido…

—Debes llegar al final de *Apágame* y entonces hablaremos —le había repetido hasta la saciedad Tabitha.

* * *

… El final del embarazo se acercaba y yo sin más compañía que mi, más que doncella, amiga, Mildred Forrest, pasaba los días y las horas vengándome del mundo escribiendo mis recuerdos de la forma más escandalosa posible, porque, aunque fuese una situación tan íntima como las experimentadas con Merryn, no me importaba ni mucho ni poco si alguien lo leía y me encerraban por inmoral. Mi vida ya había acabado mucho antes de nacer y ser expulsada al mundo en un acto puramente animal, desprovisto de amor. Fui astuta durante un tiempo, pero no estoy muy segura de que la inteligencia pueda mucho contra el destino.

—Señora, le he preparado un caldo. —Mildred siempre me interrumpía.

—No tengo hambre.

—Pero señora Tremaine, debe pensar en la criatura.

Ahí sí me venció. No podía negarme, me importaba. El bebé era el único motor de mi vida. Cogí el cuenco con ambas manos y me lo acerqué a la boca con cierta dificultad; me sentía débil porque lo estaba. Pálida y en los huesos, sólo mi vientre parecía latir por mí.

—Así me gusta, señora Tremaine.

—Mildred, por favor, te he pedido un millón de veces que me llames por mi nombre de pila.

—No puedo, señora. Perdón.

—Está bien, tú ganas. No tengo fuerzas para discutir… Sal yaaa —acabé, dirigiéndome al bebé.

—Ha llegado carta de lady Bickford…

—¿Puedes leérmela, por favor?

Mildred sonrió y rasgó el sobre.

Mi querida Scarlett, el médico es optimista y me anima a continuar con el tratamiento de aguas en Bath. La tos ya no supone un problema, porque mis pulmones se hallan recuperados y sin rastro de manchas después de la terrible neumonía. Ahora sólo es cuestión de engordar, algo aborrecible, y recobrar el brillo de la piel.

A pesar de tus bellas cartas, sigo preocupada por ti. Detesto no poder estar a tu lado y que mi enfermedad me haya privado de acompañarte en estos momentos tan importantes. Por más fiestas y recepciones que se celebren, mi mente sólo se centra en ti y en lo que viene.

No obstante, mi ánimo es alegre, porque tengo la certeza de que podré llegar a Longfield House antes que la cigüeña.

Las noticias sobre el Storm *hablan de su inminente llegada a puerto, posiblemente en pocos días. Si para entonces el capitán Tremaine se digna aparecer por Grosvenor Square, le aguardan duros mensajes. Una persona que se precie como tal no puede abandonar los problemas a su suerte. Los problemas deben ser enfrentados y solucionados en la medida de lo posible. De lo contrario, siempre van tras uno, por más que se corra.*

* * *

Suzanne, sobrecogida, interrumpió la lectura de modo abrupto. «Una persona que se precie como tal no puede abandonar los problemas a su suerte. Los problemas deben ser enfrentados y solucionados en la medida de lo posible. De lo contrario, siempre van tras uno, por más que se corra.» Las palabras de tía Agatha se imprimieron en su mente a hierro y fuego. Debía hacer frente al problema y zanjarlo, para bien o para mal. «Coger el toro por los cuernos», como le recomendaba su amiga de Nueva York, Elle, cuando se ponía la cresta platino de punta. «Acabo esta página y llamo a Adrien.»

* * *

… De lo contrario siempre van tras uno, por más que se corra.

Querida, mantén la esperanza, te lo ruego. A buen seguro todo se arreglará con la llegada del pequeño. Y hazme el favor de apartar de tu cabeza esas negras ideas de matrimonio fracasado y de que no mereces el amor. Yo urdí este plan, tú no tienes ninguna culpa. Lo sabía todo de ti cuando decidí unirte en santo matrimonio con mi descastado sobrino. Nos hace falta esa conversación, se marchó sin escucharme, hundido en su dolor. Dios quiera que el mar haya cicatrizado sus heridas… A buen seguro, así será. Y entonces todo tomará otro rumbo. El rumbo debido, querida, no lo olvides.

Entretanto, ten valor.

Te quiere,

Tía Agatha

* * *

Medité aquellas palabras llenas de empeños ajenos. Me pregunté qué deseaba yo realmente. Fue en vano, porque no obtuve respuesta. Mi corazón parecía vacío, pero en el fondo no era verdad. Sentí a mi niño, se había movido y mi inmenso amor por él me sacó una sonrisa.

—Respóndele tú de mi parte, dile que estoy bien, aunque un poco acatarrada, que me alegro mucho de su mejoría y que espero verla pronto. Sé breve —le pedí a Mildred.

Horas después, me hallaba en el cenador, rodeada de mis preciosas rosas blancas y sintiendo sobre la piel la suave caricia del

sol de la tarde, cuando divisé a lo lejos, recortada en el páramo, una figura varonil. Mi corazón dio un vuelco y el niño se contagió e hizo lo propio. Creí que era Merryn, que venía a mí, pero cuando se acercó la sonrisa abandonó mi rostro y la apatía retornó a mi ánimo. Era el teniente Bracknell.

—Señora Tremaine, soy portador de una carta del capitán para usted —me informó con suma formalidad.

Yo me levanté y mi estado se hizo manifiesto con rotundidad. El teniente no acabó su frase, arrugó la misiva y la devolvió a su bolsillo. Su perplejidad resultaba abrumadora.

—Me alegro de verle, teniente. ¿Qué noticias me trae?

—¿Cómo se encuentra, señora Tremaine? —Su tono se hizo más amigable—. Me temo que ha habido una equivocación. Confundí los sobres y el mensaje que traigo no es para usted.

—¿Puede darme alguna pista de su contenido, al menos?

—El capitán ha ido a Bath para regresar a Londres con lady Bickford. Se encuentra bien. Ha sido licenciado con honores, le han ofrecido un cargo como asesor en la Compañía Británica de las Indias Orientales…

—¿Sería tan amable de acompañarme en la cena? Mildred ha guisado un pollo entero, me temo.

—Será un placer, querida señora. —Bracknell me besó la mano —. ¿Me permite afirmar que su estado la favorece sobremanera?

—Su compasión me conmueve, teniente. Sin duda es usted… ¡Ooooh, Dios mío! —Acabé la frase con un grito aterrador.

—¿Qué ocurre? —Nervioso, el teniente me sostuvo por los brazos—. Tranquilícese, Scarlett, iré en busca del médico.

—No hay tiempo, teniente, el niño viene yaaaaaaaa. —Una nueva y dolorosísima contracción hizo que me doblase sobre mí misma—. Usted y Mildred me ayudarán en el parto. Haga cuanto ella le diga, por faavoooor…

* * *

—Por favor, coge el teléfono, Adrien. Vamos…

Suzanne, con el móvil pegado a la oreja, paseaba entre las cajas de la mudanza. En su expresión había un aire nuevo y resuelto. Miró su anillo, no iba a perder a Adrien. Hablarían, le contaría el agujero emocional en el que se hallaba cuando huyó de Nueva York, cómo sus nuevas amistades habían conseguido sacarla de él, cómo se le «complicó» la vida cuando se enamoró de él y cómo ese amor ocupó cada rincón de su alma hasta hacerla olvidar el pasado.

—Hola, Suzanne —dijo la voz muy seria de Adrien al otro lado.

—Adrien… ¿podemos vernos? Quisiera tener la oportunidad de explicarme…

—Para poder justificar tus mentiras, ¿no?

—No te he mentido. Jamás lo he hecho.

—La omisión es una mentira.

Suzanne guardó silencio un breve instante, al cabo, insistió:

—Ya que estoy condenada, ¿puedo hacer el alegato final?

Al otro lado del teléfono sólo se oía una leve respiración.

—De acuerdo —respondió él al fin—. Paso por tu casa. Ando cerca.

* * *

Cuando el timbre sonó y Suzanne corrió a la puerta con una sonrisa, ésta se le borró de golpe al abrir y ver ante sí a Will, con un ramo de rosas en ristre.

XIV

Will le tendió el ramo de rosas a Suzanne y pasó al interior de la casa sin ser invitado.

Eligió un sillón tapado por una sábana y se sentó con las piernas exageradamente abiertas.

—Cuántas cajas, ¿te mudas de nuevo?

—No te importa. ¿Cómo me has encontrado? —Suzanne dejó el ramo sobre la mesa.

—Tu amiga, la famosa, subió a las redes una fotografía tuya…

Ella levantó una ceja.

—Debería pedirte que te vayas, estoy muy ocupada. Pero ya que estás aquí aprovecharé para comentarte lo que hubiera debido decirte en Nueva York. Prepararé café si quieres.

—No, no quiero. Además, podría prepararlo yo si lo quisiera. Me sale muy bueno, ¿sabes?

Ambas cejas de Suzanne se alzaron con escepticismo y paciencia a la vez.

—Pues me alegro por ti, me hubiese gustado probarlo en alguna ocasión cuando estaba en casa.

—¿Y por eso me abandonaste? ¿Por qué no te preparaba el café?

Suzanne miró un momento por la ventana.

—Will, si no entiendes que soy una mujer antes que un robot doméstico multiusos, gratuito y sin necesidad de mantenimiento… Si no entiendes que aquí dentro —se golpeó el pecho— hay un corazón que quiere ser escuchado, comprendido y amado…

—No es necesario que sigas. Sí que lo entiendo. Dentro de este envoltorio de hombre de Neandertal también late un corazón que no siempre sabe expresar con bonitas palabras sus sentimientos, pero los posee y late según ellos. Unas veces alegre y despreocupado y otras doliente y amargado.

Suzanne se volvió hacia él, con la culpabilidad reflejada en la cara.

—Mira, Suzanne, no te negaré que al principio me enfadé, pero luego me deprimí. No entendía nada, no sabía qué había hecho mal. Para mí, hasta la noche anterior todo estaba bien en nuestras vidas. Nunca me abriste tu corazón…

—Sí lo hice —se defendió ella débilmente.

—Tal vez, pero yo no te comprendí. Quizá sea más lento y torpe que otros, ¿sabes? Tal vez hubiera necesitado largas conversaciones e insistencia… Y no que te hartases y te largases por las buenas… He sufrido todo este tiempo pensando si estarías bien…

El corazón de Suzanne se contrajo, afligido, sintió que todavía le quería. Will había adelgazado mucho.

—Pues estoy bien.

—Deja tu trabajo en esa librería, no lo necesitas, y vuelve conmigo.

—Te equivocas del todo, Will. Ese trabajo es mi pasión. Y no deseo volver contigo.

—Pero ¿por qué?

—Admito que debí insistir y hablarlo cara a cara antes de desaparecer. Pero tú debes aceptar que lo nuestro acabó a los pocos años de empezar. Cuando preferiste la compañía de tus amigos y de la cerveza antes que la mía. Cuando mi cuerpo se convirtió en un objeto para tu placer. Cuando comer gruñendo era la única recompensa recibida tras horas de soledad en la cocina… Cuando…

—Pero Su, yo estaba muy orgulloso de ti… pero no veo por qué hacía falta que te lo dijera. Yo me comía tus guisos y me encantaban.

Suzanne hizo memoria de la infinidad de veces que se había sentido mal porque él le respondía: «No está mal, pasable», cuando ella le preguntaba. Tantas que eran incontables.

—Y cuando te contaba que me gustaba fotografiar gente y cosas… ¿Recuerdas tus respuestas?

Will permaneció en silencio.

—Yo sí. «Cuántos pajaritos en la cabeza. Fotografía *muffins* o lo que quieras mientras estés en casa.» ¿Y sabes por qué me resulta apasionante trabajar en la librería?

—Porque te hace independiente… —respondió él inseguro y con gran torpeza.

Suzanne, colérica, le tiró *Apágame*.

—¡Porque adoro leer! ¡Leer novelas románticas es lo que me ha permitido sobrevivir todos estos años a tu lado! Leía una detrás de otra, a veces tenía cuatro o cinco títulos diferentes sobre la mesita de noche… Y tú sin enterarte. Después de tantos años, todavía no sabes que me gusta leer.

Will, estupefacto, le dio vueltas al libro, hasta que acertó a leer el título:

—Apágame… —silabeó.

Suzanne se lo arrebató y lo dejó sobre la mesa.

—Llegaba a casa cansado, me levantaba pronto. Es injusto. Trabajaba por nosotros, para que no te faltase de nada.

—Me faltaba lo principal, tú.

—Madeleine, Rita y Jane me advirtieron que me dirías algo así. En cambio, Elle me aconsejó dejarte espacio, tiempo… ¿Qué les has contado, Su?

—Lo único que sé, que me dejaste hace tiempo. Estás casado con tu trabajo, con tus amigos, con tus juergas, contigo mismo… pero no conmigo. Presentaré la demanda de divorcio esta semana.

Cuando Will oyó la palabra «divorcio» se afanó en parchear aquel agujero inmenso que se lo tragaba. Se levantó, se situó frente a Suzanne y le puso las manos sobre los hombros.

—Su, cariño, ¿no podríamos volver a empezar? He cambiado. Sólo necesito una oportunidad para demostrártelo. Una sola. Durante todos estos meses sin ti me he dado cuenta de mi gran pérdida: la mujer que me importa y a la que amo. Por las mañanas la casa ya no huele a café y cuando entro en la cocina y no oigo los borbotones de la cafetera… me entra desasosiego. La casa está vacía sin ti. Te perdí por insensible, pero ahora quiero recuperarte. Cocinaré, plancharé, te llevaré al cine, a bailar, serás mi reina. Permite que te lo demuestre.

El abatimiento de Will era tal, que Suzanne, conmovida, lo abrazó con la única intención de que se sintiera mejor. Él aprovechó para besarla y en ese momento se abrió la puerta de par en par y apareció Adrien.

—Suzanne, ya estoy a…quí —dijo y se calló.

Durante unos eternos segundos, los tres fueron presa del mayor atolondramiento.

—Adrien, Will, en fin, él… tan sólo… —A pesar de reaccionar, Suzanne no logró disminuir la tensión.

—Mi mujer y yo estábamos tratando temas importantes —soltó Will con la satisfacción del triunfo en la voz.

—Podéis seguir hablando, yo me voy. —Adrien dejó su juego de llaves sobre la mesa y miró a Suzanne con los ojos anegados.

—¡No! No te vayas, por favor. Necesito contártelo todo. Will es quien se va. —Suzanne empezaba a desesperarse.

—Su, permíteme que sea yo mismo quien decida si me marcho o no. No me gustaría dejarte sola en según qué compañías…

Adrien, que ya se había dado la vuelta para irse, se volvió muy serio, caminó decidido hasta situarse frente a Will y le propinó un derechazo en plena mandíbula que lo tumbó.

—Adiós, Suzanne —se despidió luego, sin dar lugar a réplica.

* * *

Un nuevo escándalo acabó con la carrera recién inaugurada de Merryn, en la Compañía Británica de las Indias Orientales. Su departamento se vio afectado por una auditoría que arrojó como resultado un grave desfalco. La situación venía de lejos y el contable fue detenido, pero el predecesor del capitán se hallaba en paradero desconocido y quien había firmado los últimos documentos de su puño y letra no era otro que el señor Tremaine. Enterado de su paternidad por nuestro leal amigo, el teniente Bracknell, no pudo reaccionar como hubiera querido al hallarse procesado. Fui yo quien se presentó en Londres con nuestra pequeña Janice, de dos meses. Asistí a cada jornada del juicio junto a tía Agatha, que no fue capaz de reprimir su llanto cuando conoció a la niña. El proceso fue largo, difícil y bochornoso, y a cada sesión a Merryn se lo veía más abatido. Sin embargo, el equipo de Bronson y Charles abogados era optimista. Contaban con los mejores investigadores y lady Bickford no reparó en gastos para proporcionarle a su sobrino la mejor defensa. Se aportaron infinidad de pruebas absolutorias: el capitán Tremaine era absolutamente inocente de los cargos que se le imputaban y ello quedó de manifiesto de modo incontestable. Pero Merryn, derrotado por completo, tardó en recuperarse. Conocer a su hija fue lo único que le proporcionó un halo de vitalidad. Fue en los pasillos del tribunal, cuando, tras ser exculpado y quedar libre, se precipitó sobre nosotras al vernos. Besó a tía Agatha en la frente y luego me abrazó como si no hubiese un mañana, besándome a continuación sin pedir permiso.

—Perdóname —dijo, fundiendo sus labios con los míos de nuevo.

—Janice, saluda a tu papá.

Cogí a nuestro bebé de brazos de Mildred y se la tendí. Él, trémulo, la sostuvo contra su pecho y cuando la niña cerró los ojos y se durmió plácida, juraría que lo vi enjugarse una lágrima.

* * *

—Estoy arruinado.

Abatido, en una butaca del salón de Grosvenor Square, Merryn sostenía una copa de brandy con una mano y su cabeza con la otra.

Me senté sobre la alfombra, a su lado, las llamas del hogar lamían semidormidas los últimos rescoldos. Aparté la copa, la deposité en el suelo, tomé sus manos en las mías y lo obligué a levantar la cara para mirarme:

—No estás arruinado, Merryn Tremaine. Asesorada por Peabody, compré una licencia para extraer estaño, poseemos una mina en Longfield House y la vamos a explotar. Generaremos empleo en el condado y volverás a ser un respetable miembro de la comunidad.

Los verdes ojos de Merryn se agrandaron ante tamaña sorpresa. Apretó mis manos como si yo fuese un sueño a punto de esfumarse. No se pronunció. No podía. Lo amé más en aquel momento que en toda mi vida y así lo amaría siempre, de aquella manera inmensa e inabarcable. Quise levantarme, pero él me retuvo:

—¿Crees que algún día habrá algún lugar para nosotros donde no haya nadie más?

—Ya existe, Merryn. —Señalé mi pecho—. Aquí.

Abandonó la butaca, vino junto a mí y me abrazó. Con la cabeza reclinada en su pecho, escuchaba latir su corazón y me sentía infinitamente diminuta y feliz. Él acariciaba mis bucles. El fuego recortaba nuestras siluetas.

—No regresaré jamás a Londres.

—De acuerdo, en Pendleton no necesitamos nada más. Nos tendremos el uno al otro.

—¿Cómo puedes ser tan buena, amor mío?

Reí con suavidad, o con pena resignada, o con resignación antigua:

—No, Merryn, soy horrible. Tal vez nuestra pequeña logre redimirme, lo que siento por ella llena de luz pura mi alma.

—Vayámonos al Nuevo Mundo, empecemos de nuevo donde nadie nos conozca. Nos merecemos otra oportunidad.

Lo miré y le sonreí.

—¿Querrás darme esa otra oportunidad?

Aparté la ropa de su pecho y se lo dejé al descubierto, posé con suavidad la mano sobre él y lo besé. Él echó la cabeza hacia atrás y se permitió sentir la caricia en toda su intensidad. Exhaló aire de un modo suave y prolongado, con un conato de gemido. Buscó mis labios, me besó, regresó a la vida, la pasión inflamó nuestros corazones. El fuego en la chimenea estalló contagiado y recorrió nuestras venas.

—Tú eres el único océano donde navegaré seguro. El agua bendita que apagó mi fuego destructor. Tardé en comprenderlo… Perdóname... Perdóname… Perdóname…

Imploraba perdón mientras hundía su cabeza en mi cuello, en mi pecho, en mi vientre. Me besaba desesperado, me abrazaba sin escapatoria. Y yo sentía cómo la ropa se desprendía de mi cuerpo abierto al amor como la caricia final y el adiós de otro tiempo. Mi piel se erizaba, mi corazón se inflamaba, mi espíritu crecía, alcanzaba el universo y se confundía con él.

En aquel trance, algo me advirtió que tía Agatha, satisfecha, cerraba una puerta, pero lo ignoré, ocupada en mis sentidos. Y éstos sólo recibían amor y placer. Cuando mi amante entró en mí, creí morir de pasión. Comprendí cuánto le había echado de menos, cuánta falta me hacía. Y las anheladas caricias estallaron como una vidriera multicolor, que giró y giró. Grité y gritó. Fuimos uno. Lo fuimos todo.

* * *

—Todo —decía una dulce voz en la televisión.

Suzanne, refugiada en casa de Tabitha tras los últimos acontecimientos, se distrajo de la lectura con el programa de gran audiencia de la inimitable Opal Warrior, una enorme voz al servicio de un enorme carácter. Graciosa y ocurrente, Opal clavó unos despampanantes ojos negros sobre su invitada, Emmaline Edouble, rubia, de facciones apasionadas, con un traje pantalón oscuro, de corte moderno, parecía una fiscal o una editora. Y era exactamente la editora del gran éxito de los últimos tiempos, un auténtico fenómeno de masas lectoras, «el indecoroso y nada ortodoxo diario de una inglesa del siglo XVIII», según lo definió Opal. La entrevista debía llevar ya un buen rato, porque la presentadora dijo varias veces: «Para acabar».

—Para acabar, Emmaline, se ha hablado mucho de la verdad que contienen esas páginas. En ellas se alude a gente real, que existió en aquel tiempo… ¿Los nombres son reales, o la autora los cambió?

—Verás, Opal, cuando el diario concluye, en una página anexa la autora hace una pirueta y agrega: «Yo existo, y lo narrado es totalmente cierto, pero los nombres y algunos lugares los tomé prestados para no dañar a mi familia y a mis seres queridos». Quisimos conservar dicha página en la edición por su valor testimonial.

—Bien. ¿Y se ha indagado respecto a las identidades?

—Sí, por supuesto. Y estoy en condiciones de afirmar que hemos dado con el protagonista del escándalo del desfalco y sabemos con

quién se corresponde. Aunque de momento no podamos revelarlo. —Emmaline se encogió de hombros con una sonrisa y un guiño.

—De acuerdo —gruñó riendo Opal—. Lo que no quieres revelarme a mí vas a tener que confesárselo al público. Querida audiencia, Emmaline Edouble es vuestra.

La cámara enfocó a una joven morena, con gafas de pasta roja, peinada con una cola hacia atrás.

—¿Tu nombre? —preguntó el azafato, acercándole el micrófono.

—Penélope, soy escritora. Quisiera saber si el manuscrito llevaba título, y, de no ser así, ¿por qué *Apágame*?

—No, el manuscrito no tenía título. Una de las frases más bellas que contiene se encuentra hacia el final, cuando el capitán Tremaine reconoce su amor por su esposa y el valor de la mujer que tiene al lado y le dice: «Tú eres el único océano donde navegaré seguro. El agua bendita que apagó mi fuego destructor». Ahí me iluminé y dije: «¡Chist! ¡*Apágame*!».

—Aunque aquí no se apaga nada, sino que se enciende más y más —saltó Opal sonriente.

Una fotografía con un nombre se superpuso a la imagen para anunciar la entrevista de la siguiente semana. En ella aparecía, vestida de rojo sobre fondo azul, cabello dorado y mirada de travieso querubín, la sonriente autora europea de novela romántica más aclamada de las últimas décadas.

La pantalla se fundió a negro de repente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Suzanne, embelesada aún.

—Es hora de arreglarse para acudir a la librería —la regañó Tabitha—, ¿o es que ya no recuerdas que tienes un trabajo ahí?

—Pero hablaban de *Apágame* y…

—¿Contaban algo nuevo que no sepas?

Suzanne recuperó el libro y lo abrió:

—Sólo intento encontrar el mismo valor de Scarlett para hacer las cosas…

Su amiga le quitó el libro y lo devolvió a la mesita de lectura.

—Olvida la novela. La vida real está aquí. Aquí. Ésta es una gran novela, sin duda. Fui yo quien la introdujo en tu vida, de acuerdo, y hasta cierto punto me alegro mucho. Pero ya está bien, Suzanne. No puedes huir de la existencia a través de ella, ni de ninguna otra, cada vez que tienes problemas. Debes hallar los recursos para resolverlos dentro de ti; posees esos recursos.

Ella la contempló un instante, desvalida por completo.

—Me resulta más fácil vivir allí que aquí. Lo siento, Tabitha, no puedo evitarlo.

—Entonces trata de controlarlo. Si quieres vivir en la tierra sin dañar a quienes te aprecian, no puede ser al revés. Adrien está devastado, incluso se accidentó con una herramienta. Está de baja y no sale de casa.

—¿Se hizo mucho daño?

—No, pero lleva el brazo vendado. ¿Por qué no vas a verle?

—Lo intenté, sin resultado. No quiere ni oír hablar de mí.

—Sé perseverante.

—Lo soy, Tabitha, créeme. La noche del malentendido, cuando se fue creyendo que Will pertenecía a mi vida, fui a buscarlo a su casa y lo encontré sentado frente al lago. Me senté junto a él y se lo conté todo una vez más. Su respuesta fue: «Necesito tiempo». Como comprenderás, se lo he concedido. No puedo ir contra su voluntad.

—¿Y Will…?

—Ya ves cómo está Castle Books de flores y bombones. Ayer me envió una carta y todo. Me hizo reír. Insiste en que ha cambiado, que sólo necesita una oportunidad para demostrármelo.

—El muy zorro... Aguarda bajo el árbol hasta que la fruta haya madurado y caiga.

—Incluso escribió un ripio. Es enternecedor…

—¿Cómo que enternecedor? Suzanne, ¿debo asustarme?

—¿Asustarte? ¿De qué?

—¿Todavía sientes algo por Will?

—No. No siento nada por Will, tal vez cierto cariño, como a un viejo amigo. Nada más.

—Adrien cree que dudas entre ambos —intervino Vinny.

—Porque le dije que fueron muchos años a su lado y que a veces me invadía la confusión… —admitió Suzanne apesadumbrada.

Nadie dijo nada.

—Estaba furiosa, ¿vale? —se defendió ella.

—Eres estúpida —la regañó su amiga.

—Sí —admitió—. Tengo la demanda de divorcio…

—¿Y a qué esperas para mandársela?

—El momento adecuado, supongo.

—Definitivamente estúpida.

—Pues tendrás que apañártelas para hacer las paces con Adrien, porque hoy es el gran día del concurso del karaoke de Drew y tenéis vuestro *Love Me Tender* a dúo —anunció Priscilla, apareciendo con una taza de café.

—Buenos días, Priscilla —la saludó Tabitha.

—Estaba la puerta de la cocina abierta —le respondió.

—Seguía abierta —se asomó la chica caramelo de uniforme y

con otro café.

Tabitha dejó caer la mano en un gesto simpático.

—¡¡¡¿Qué?!!! —exclamó Suzanne en reacción al anuncio de Priscilla—. Lo del karaoke que me comentaste el otro día, ¿iba en serio?

—Me temo que sí. También se lo comuniqué formalmente a Adrien. Se quedó con la misma cara que tú ahora.

—Yo lo persuadí para que compareciera, aunque no sabe quién es su compañero —informó Vinny.

—Hasta hace un momento, yo también vivía feliz en la ignorancia —se quejó amargamente Suzanne.

—Quién sabe si no servirá para una apasionada reconciliación —añadió Tabitha, con su brillo mágico en los ojos.

XV

—Olvide ese cuaderno, señora. —Mildred Forrest retiró con suavidad el diario de mis manos—. Es hora de concluirlo. La verdad ilumina cada página. Ya está escrita, eso está bien. Ahora debe usted vivir el presente, señora. Los recuerdos es mejor guardarlos en el baúl. Y ahí es donde lo voy a llevar.

—Nada más cierto, mi juiciosa Mildred. Pero quiero escribir hasta la última página. Cuando así sea, tienes mi permiso para guardarlo donde tú creas oportuno.

Contra la creencia de Mildred, escribir hasta donde mi memoria alcanzaba me aportaba beneficios emocionales, calma y serenidad. Nuestra próspera plantación de algodón en Virginia nos proporcionaba una dichosa vida sin demasiadas preocupaciones. Nuestros cuatro hijos, Janice, Coburn, Earp y Kaitlyn, crecían saludables y hermosos. En cuanto a nuestras noches, seguían presididas por el mayor ardor. Merryn era un buen patrón, no quería esclavos y todos los trabajadores eran libertos que habían elegido quedarse con nosotros. Aunque esto le atraía ciertas antipatías, él vivía feliz con sus convicciones y sin dar su brazo a torcer.

Parecía mentira que tía Agatha nos hubiese abandonado el invierno anterior. Lo pasamos mal y se la lloró mucho. Ahora, Merryn, el barón Bickford, era un lord y poseía una gran fortuna. Todo era bueno para nosotros. Pero se avecinaban tiempos convulsos y la inquietud se apoderaba de mí. En especial cuando tenía aquel sueño. No era una pesadilla, pero era extraño y un poco angustioso. Siempre el mismo. Me arreglaba delante del espejo y no me veía a mí, veía otro mundo, incomprensible; otras gentes, extrañas. Una joven hermosa leía mi cuaderno y lloraba, era insegura y desgraciada en su matrimonio y se enamoraba de otro hombre. A la hora del crepúsculo se amaban con arrebatadora pasión. El amor que se profesaban era puro, bello y sincero. Y luego ella corría entre las llamas y entonces yo me despertaba agitada y con desesperación.

Algo me decía que nos acechaba un inminente peligro.

* * *

«Inminente peligro, pobrecillos, ahora que ya estaban bien —pensaba Suzanne—. Yo sí que voy a estar en peligro si no me centro. No se lee en el trabajo, pero es que sólo me quedan dos páginas y se acaba. ¡Dioses, ¿qué haré cuando se acabe esta novela?! Nunca más podré volver a leer nada.» Guardó la novela en el bolso y dejó la trastienda para regresar a la librería. Estaba tranquila a aquella hora de la tarde. Holly a lo suyo. Al echar el cierre, sería el momento de acudir a El Reno para la competición de karaoke. ¿Y si no iba? Significaría la muerte, a las chicas las eliminarían con métodos dolorosos. Priscilla le había dicho que Richmond acudiría, todos sus amigos emparejados y acaramelados acudirían, y Adrien y ella peleados.

Se dedicó a la estantería de ciencia ficción, habían llegado títulos nuevos y retiró unos cuantos para redistribuir el espacio. ¡Y allí estaba! No podía creerlo, allí estaba el colgante con la lámpara maravillosa. Alborozada, lo cogió, no fuese el caso que se desvaneciera. «¡Gracias!», le dijo, llena de esperanza, lo besó y se lo guardó en el bolsillo de sus vaqueros. Allí estaría a salvo hasta nueva orden. El brillo retornó a sus ojos y, decidida, fue a la trastienda, cogió un sobre y se lo llevó a Holly.

—Holly, mañana ni Tabitha ni yo vendremos. Te quedas al cargo, pero te rogaría un favor. Si viene Will, dale esto.

Holly leyó lo que había escrito en el sobre.

—Para Will, de acuerdo. Se lo daré, descuida.

—Me voy a El Reno para…

—Sí, en cuanto cierre voy yo también.

—Hasta ahora.

—Sí.

* * *

En El Reno el ambiente era fabuloso, y eléctrico, y estaba a reventar. Al fondo, la tarima preparada con gente, entre ellos Drew dando los últimos retoques, una cortina a modo de telón con lentejuelas, micrófonos, focos… Suzanne sintió un pellizco en el estómago, pero se lo cortaron las lectoras del club. Literalmente, la asaltaron para abrazarla.

—Mucha suerte, querida. No podíamos dejar pasar la ocasión de disfrutar viéndote —la animó Carmel.

Blandía un folleto, ¡Drew había hecho folletos!

—Seguro que vas a estar estupenda —aplaudió Rose.

Remi se echó de nuevo a sus brazos:

—¡Ánimo! Las estrellas me dicen que se les ha caído una y anda por aquí.

Suzanne, abrumada, se echó a reír. Buscaba a Adrien, pero no lo veía. No había ido, no iba a ir.

Marcia y Helen también la abrazaron:

—Venga, Suzanne, que ahí vas, a darlo todo, ¡brava!

—Gracias, chicas, os adoro. ¿No ha venido Martha?

—Cómo que no —irrumpió de pronto la aludida—. ¡Vamos, querida, a comértelos! Y vosotras, venid, nuestros gintónics nos esperan…

Se perdieron de vista, pero entonces fue atrapada por sus amigos. Estaban todos, incluso Merton, que había regresado para fotografiar a Priscilla. Todos dispuestos a disfrutar de una gran noche.

—No veo a Morgan —les comentó nerviosa.

—Y dale, pero ¿quién es Morgan? ¿Alguien lo sabe? —se quejó Priscilla.

Una sucesión de «noes», se lo dejó claro.

—En vez de preocuparte por Adrien, que no aparece —la regañó Tabitha.

Vinny le pasó una cerveza.

—Venga, que va a empezar —la apremió.

Un redoble logró silenciar al personal. El foco se centró en Drew, que presentó a los primeros participantes:

—Amigos, empieza nuestra noche más loca y deseada, en el Karaoke de Drew.

Aplausos, vítores, silbidos de ánimo.

—Quiero presentarles a nuestros primeros participantes, los Devil with You, que nos interpretarán a los Talking Heads con *Psycho Killer*. Un fuerte aplauso.

Acompañados por el estruendo de una calurosa ovación, subieron al escenario dos hombres y una mujer. Uno de ellos, con melena, bigote y perilla a lo Bill Hickoc, el otro con gafas metálicas, chaleco y pipa y la mujer, pelirroja y vestida de cuero, con una iridiscente luz sureña en la mirada, muy típicos de Texas. Cantaban magníficamente.

Holly y Ronda entraron de la mano y así el grupo se completó, a excepción de Adrien, que seguía sin aparecer. Drew se acercó un momento a coger la mano de su chica caramelo.

—¿Dónde anda Adrien? —le preguntó a Suzanne—. Bueno, si no

aparece puedes defenderlo tú sola. —Le guiñó un ojo, besó a Audrey y volvió a lo suyo.

—Aún queda bastante —la animó Merton, no demasiado convencido, mirando el programa.

Un grupo de chicas se acercó y lo rodeó armando jaleo:

—¡Merton! ¡Estás aquí! ¿Cuándo has vuelto?

Él se abrazó a todas, dos por cada lado.

—Perdón, me debo a mis fans —dijo con una enorme sonrisa.

—Son sus modelos del equipo de *cheerleaders*; están locas por él desde que les hizo el calendario —aclaró Priscilla, abrazada por su parte al jefe Richmond.

Vinny le pidió otra ronda de cervezas a Sally, y cuando ella llegó con la bebida y un zumo para Tabitha, Rob Thorton aprovechó para palmearle el trasero. Entretenidos en la conversación y mientras las actuaciones se sucedían, nadie reparó en el individuo que entraba y se sentaba en el rincón más alejado, el único que quedaba libre, junto al baño. Will Daniels pidió una cerveza de lata.

Y llegó el momento temido por Suzanne, Drew los anunció a ella y a Adrien para interpretar *Love Me Tender* y al escenario no subió nadie.

—Suzanne, sé que estás ahí, no le puedes hacer esto al público, así que ven aquí, ¡ya! —pidió Drew.

Suzanne no movió ni una pestaña, entonces el foco la buscó, la encontró y la señaló.

—Venga, Suzanne, que hasta te ha ido a buscar la luz…

Ella, avergonzada, cedió y se dirigió al escenario, precedida por el foco.

—Sigue la luz, sigue la luz —la animaban sus amigos.

—Gracias por los ánimos —dijo Suzanne a media voz, ante el micro—. Alguien a quien juro venganza eterna me metió en esto —señaló a Priscilla—. Pero no sólo a mí. Implicó a otra persona que, por lo visto, no ha podido venir y…

—¡Venga, Adrien! —gritó Richmond tras unos silbidos—. ¡Da la cara ya, sabemos que andas escondido por aquí!

Suzanne sonrió apurada ante el micro y prosiguió con su discurso:

—No ha podido venir y en verdad lo siento. Lo siento enormemente, porque si estuviese aquí le pediría perdón de rodillas por haber sido tan estúpida. Le hice creer que no tenía claros mis sentimientos, cuando mis sentimientos por él siempre han estado más claros que el azul cielo radiante de sus ojos, donde yo me pierdo para toda la eternidad cuando lo miro. Lo amo. Sólo a él

puedo amarle como una mujer ha de amar a un hombre. Y no hay otro tiempo ni edad para nosotros más que el amor. Ahora lo sé, aunque sea demasiado tarde y la tristeza ocupe el lugar de la felicidad. Ahora somos como la noche y el día, la oscuridad y el sol… Si hubiera un crepúsculo para nosotros… ningún tiempo podría apartar mi mano de la suya, pero…

Todas las mujeres que apreciaban a Suzanne tenían los ojos brillantes de lágrimas y contenían la respiración.

—Lo siento, Drew, no puedo…

Suzanne iniciaba el descenso de las escalerillas, cuando los acordes de *Can't Help Falling in Love with You* sonaron. Entonces, la voz aterciopelada y profunda del mismísimo Elvis se adueñó del espacio.

Por segunda vez en la noche, Suzanne no movió una sola pestaña, su espalda veía lo que sus ojos imaginaban. No podía ser… Algunas amigas prorrumpieron en llanto. Resultaba difícil resistirse al hombre alto, vestido de negro, de ojos brillantes y rostro enamorado.

Adrien sólo la miraba a ella, mientras su voz proseguía cantando.

Sally le dio un codazo y Suzanne se volvió despacio… Adrien tendió una mano hacia ella.

Suzanne, hipnotizada, se acercó con la lentitud de la suave brisa que mece los juncos del río. Adrien la cogió de la mano, apretó fuerte y siguió cantando para ella. Entre el público femenino, alguna se mordía las uñas, la parte masculina preparaba los vítores. La tensión era palpable.

Adrien dejó el micro y la música siguió sin su voz. Abrazó a Suzanne contra su enorme cuerpo hasta casi hacerla desaparecer de la vista y la besó con la fuerza de un ciclón y la dulzura de aquella canción que ningún tiempo podía detener. Continuaban las notas musicales y el beso se prolongaba. Drew disparó un cañón de confeti sobre ellos. El público estalló en vítores y aplausos y algunas gorras de béisbol volaron hacia el techo.

—Sabéis que estáis descalificados, ¿verdad? —Drew lo comunicó a través del micrófono—. Ni ésta era la canción, ni habéis cantado juntos.

Como respuesta, sólo obtuvo un gesto del brazo de Adrien, un «apártate». El beso, unido a los acordes, no terminaba.

—¡Idos a un hotel! —gritó alguien amigable.

—Queremos seguir con el concurso —dijo algún otro, en tono cordial.

Drew oscureció el local y cuando devolvió la luz, Adrien y Suzanne ya no estaban.

—Los sueños se cumplen —murmuró Priscilla, abrazándose a su jefe Richmond.

* * *

En el rincón oscuro, Will, presionó su lata de cerveza hasta aplastarla, la soltó sobre la mesa y abandonó el local. La noche lo engulló sin que nadie lo advirtiera.

* * *

Por la mañana, se presentó en Castle Books, en esta ocasión no llevaba flores ni bombones y su rostro no parecía muy amigable. Irrumpió en el local sin demasiada consideración, como un animal enjaulado, y se encaró con Holly:

—¿Dónde está mi mujer?

—Hoy no trabaja —respondió ella en tono suave y le tendió el sobre—. Me encargó que le diera esto.

Will lo rasgó y su rostro se tornó rojo de ira.

—Ya que estoy aquí, quisiera un cuaderno…

—Esto no es una papelería, no tenemos cuadernos. Sólo agendas temáticas.

—¿Por qué no tenéis cuadernos?

Por sorpresa, el hombre agarró a Holly de la camisa, le dio un puñetazo y la tiró contra los anaqueles. La chica quedó inconsciente. La arrastró dentro de la trastienda y la dejó allí sin miramientos. Luego se aseguró de bloquear la puerta con una estantería repleta de libros. Sin perder un segundo, se dirigió a la zona de manuales de cocina, encendió la demanda de divorcio con su encendedor y la lanzó:

—¿No os gusta el fuego? Pues ahí lo tenéis. ¡Ja!

Se marchó riendo, volteó el cartel para dejar visible el lado de «Cerrado», y desapareció calle abajo con sus carcajadas.

XVI

Suzanne y Adrien se despertaron desnudos y abrazados sobre la cama sin deshacer. *Mery* y *Penny* dormían enroscadas sobre la mullida alfombra frente al fuego. La reconciliación fue dulce, parsimoniosa, un deleite sin ansia y sin final. Hicieron el amor toda la noche. Aprovecharon los intervalos para reírse de sus dudas y tozudez, de sus inseguridades y de cuanto había estado a punto de separarlos. Ella le pidió sin ningún recato que cuando quisiese sexo le cantase *Can't Help Falling in Love with You,* porque su timbre de voz la ponía a cien mil y más. En contrapartida, él le dijo que, cuando quisiese sexo, sólo tenía que mirarlo desde la inmensidad de aquellos dulces ojos llenos de luz y tal vez parpadear un par de veces, porque no podía resistirse a esa mirada y todo enloquecía en su interior con sólo imaginarla.

Decidieron pasar el día en un centro comercial de Raymond. Compras para la casa, víveres y provisiones y, tras el almuerzo, quizá una película y palomitas. Era un buen plan.

Mientras tomaban café y huevos en el Sebago Coffee, Suzanne oyó parte de la conversación entre dos camioneros de la mesa de al lado:

—Mi pequeña Clarice es tan bonita e inocente. Ya ha cumplido los catorce, ¿sabes? —comentaba un hombretón con camisa a cuadros azules y gorra de los Twins de Minnesota.

—¡Cómo pasa el tiempo, chico!

—Merece ver cumplido su sueño —meditaba el hombretón.

Su compañero lo animó:

—Ya verás como triunfará. Con esa voz preciosa y lo duro que trabaja, su talento no pasará desapercibido.

—Necesito un milagro o magia, no puedo pagarle esas clases en el conservatorio…

Suzanne no se lo pensó dos veces, se palmeó el bolsillo del pantalón y se levantó.

—Voy al baño —pretextó.

Adrien sacó su móvil para distraerse mientras tanto.

—De acuerdo.

Con suma precisión y gran disimulo, Suzanne deslizó el colgante

de la lámpara en el bolsillo del gabán del camionero. «Gracias, preciosa, por haberme dado esta vida tan bonita. Misión cumplida.» En el baño, pensó que estaba como una cabra. Cuando salió, vio que los camioneros ya no estaban. La curiosidad la empujó hasta el ventanal y llegó a tiempo de ver arrancar los camiones. Entonces, desde el tráiler con lona azul, alguien la saludó. Miró bien y el asombro la paralizó, Morgan sacaba un efusivo brazo por la ventanilla, levantó el pulgar hacia arriba, le sonrió y le guiñó un ojo. Ya no era una heavy, iba ataviada como una *cowgirl* de rodeo, con melenaza rubia, pero la cara y los ojos azabache brillantes eran los mismos. Los vehículos desaparecieron y Suzanne seguía allí, plantada, perpleja y paralizada. Adrien se acercó por detrás:

—¿Qué ocurre, pequeña?

—No te lo vas a creer…

Entonces sonó el busca de Adrien, él llamó desde el móvil a Foster y por la expresión de su rostro y por cómo la miró, Suzanne supo que pasaba algo malo y que la atañía.

—Tenemos que regresar a Silverfield, mis compañeros ya están allí. Me cambio de camino… Es Castle Books, está ardiendo.

Suzanne, sobrecogida, se tapó la boca con las manos.

* * *

Suzanne hizo caso omiso de las advertencias de Adrien de que no se acercase a la librería ni a su perímetro. Llegó corriendo y encontró a Tabitha terriblemente angustiada.

—Están remojando para que no se aviven las llamas. Lo peor son los vecinos del edificio, los están sacando medio intoxicados por el humo. Mira a Adrien, va de cabeza, el pobre —le dijo sollozando.

Suzanne, preocupada por Tabitha y el bebé, se sobrepuso y la abrazó intentando tranquilizarla.

—Todo va a ir bien, cariño. Éstos son unos héroes; no permitirán que le ocurra nada malo a nadie. Todo se arreglará.

El desconsuelo de Tabitha, unido a la impotencia reflejada en el rostro de Vinny cuando llegó a la carrera, afligieron el corazón de Suzanne. Una mirada a su alrededor llenó de desolación su espíritu. El jefe Richmond suponía como causa del incendio un cortocircuito mientras la librería estaba cerrada. Audrey Chambers recababa información entre los congregados, cuando un testimonio aseguró haber visto a Holly Jefferson abrir la tienda. A los pocos segundos apareció Ronda, muy alterada, diciendo que Holly no respondía al teléfono.

Y entonces Suzanne, ajena a todo ello, recordó haber dejado *Apágame* sobre la mesita de lectura, en la trastienda. No podía acudir a nadie, porque a su alrededor imperaba el caos. El jefe Richmond daba órdenes a voz en grito. Su ayudante, Audrey Chambers, iba de acá para allá entre afectados, paramédicos y bomberos, además de Priscilla, Merton y Rob, junto a Tabitha y Vinny. Alguien gritó que el edificio se derrumbaría de un momento a otro… Adrien, a lo lejos, estaba atareado reanimando a una víctima.

Suzanne no lo dudó y se coló dentro por el agujero de la escalera anexa. Con la nariz y la boca cubiertos con el pañuelo de cuello, logró alcanzar la trastienda. No sin esfuerzo, apartó la estantería que bloqueaba la puerta. Resultaba difícil ver y respirar, llamas como lenguas resucitaban y lamían el techo… No había tiempo que perder. Vio el libro intacto, seguía allí. Lo rescató y lo protegió metiéndolo en su bolso. Entonces oyó algo, como un débil lamento, al fondo. Se adentró y descubrió a Holly herida y medio desmayada.

—Vamos, preciosa… salgamos de aquí.

La cargó a su espalda y trató de escapar del infierno, pero el techo se derrumbó ante ellas y quedaron atrapadas. Las llamas, implacables, se inflamaron como la vela de un barco.

* * *

La vela del barco preñada de viento me invitó a cerrar los ojos y extender los brazos. Inspiré hondo y le robé a la brisa marina todo su aroma. Enseguida, mi espíritu anhelante se inundó de recuerdos y por un momento me devolvió la esencia del hombre que un día dominó los mares y mi corazón. El capitán Tremaine se dejó acariciar por mis bucles enredados en el aliento de Eolo… Se acercó en silencio por detrás, como hacía siempre…, me rodeó la cintura con sus enormes brazos y me besó el cuello. No hablaba, tan sólo su cálida respiración se dejaba sentir sobre mi piel… No podía… no quería abrir los ojos… Me resistía tanto como me era posible, a pesar de las llamadas de mis pequeños, a pesar de los ruegos de Mildred. Obstinada, mantenía los ojos cerrados, porque si los abría, el mar arrancaría a Merryn de mis brazos y lo engulliría en su fondo oscuro, donde todo permanece oculto y perdido para siempre.

Cornualles nos aguardaba para hacer que nos recuperásemos de nuestras cenizas con su abrazo protector. El viento del páramo las dispersaría en la niebla, y cuando volviese a salir el sol, la enlutada lady Bickford y sus pequeños habrían renacido. No más pesadillas…

Los fantasmas del incendio malintencionado que arrasó nuestras vidas en Virginia se ahogarán con este diario. Lamento no escribir más, pero no puedo hacerlo. Adiós Scarlett Turner, vive tu triste vida en el fondo del océano. Lady Bickford, la baronesa viuda, no puede llevarte contigo…

* * *

—Estoy contigo, mi amor, no te duermas, estoy contigo…

Suzanne, con los ojos cerrados, revivía la desesperación de Adrien mientras intentaba estabilizarla sobre la acera. Holly y ella habían sido rescatadas in extremis. Fue el jefe Richmond quien dio la voz de alarma, al ver desde lejos que alguien se colaba en el edificio. Cuando Priscilla se dio cuenta de que su amiga no estaba por ninguna parte, todos se llevaron las manos a la cabeza, porque ya sabían quién había cometido el suicidio de entrar. Adrien fue el primero en entrar junto a sus compañeros, el primero en retirar las piedras con sus propias manos y no cejó hasta hallarlas.

—Vamos a salir de ésta, cabrona —murmuró Holly antes de volver a desmayarse.

Suzanne, a duras penas podía respirar, había recibido el golpe de un cascote. Lo último que vio cuando se abrió el agujero ante ella, fue la cara de Adrien.

—Ya tiene narices que te deba la vida. —Holly, con el alta en la mano, había ido a visitarla—. Pero me alegro, tía, me alegro tanto. —La abrazó.

Tabitha retiró la novela que a Suzanne se le había resbalado de las manos antes de dormirse y sonrió al dejarla sobre la mesita.

—¿Cómo te encuentras, cariño?

—Como si me hubiese emborrachado, como de resaca… pero bien.

Audrey también estaba allí.

—Qué susto nos has dado, tesoro. Besos de Merton, que ha tenido que marcharse a África por la campaña de Benetton. Tengo un mensaje de Elle, ¿te lo leo?

Suzanne asintió. Sonreía, aunque aún tenía una lágrima prendida en el párpado, la lágrima que Scarlett le había provocado.

—Dice Elle: «Cariño, qué descanso. Qué bien que todo haya quedado en un susto. Prepárame una habitación, porque este verano voy a ir a verte. Te quiero, haz el favor de tener cuidado».

Suzanne levantó el pulgar.

—El jefe detuvo a Will Daniels en la 202, cerca de Popeville. Lo

tiene claro, le van a caer cargos por homicidio frustrado, violencia doméstica, resistencia y agresión a la autoridad. No va a salir del penal en su vida. —Audrey parecía satisfecha de su informe.

—Me avergüenza pensar que todo ha sido por mi culpa. Lo siento tanto que no soy capaz de expresarlo.

—No, cielo, eso jamás —se apresuró a animarla Tabitha—. Tú no hiciste nada de lo que debas avergonzarte. Eres un miembro importante de la comunidad y el malo pagará por sus malas acciones, contra ti, principalmente.

Suzanne sonrió con tristeza.

—¿Qué ocurrirá ahora con la librería? —se angustió.

—La reconstruiremos. El seguro lo cubre todo —le informó Tabitha.

Priscilla decidió cambiar de tema:

—El médico dice que en un par de días para casa. Te mantienen en observación por el golpe en la cabeza. No hay quemaduras ni intoxicación. Sólo el golpe, sin más consecuencias que una ligera conmoción, pero es mejor asegurarse.

—Gracias, chicas, os quiero. No os podría querer más.

Todas la abrazaron en piña. Adrien, apoyado en la puerta, observaba la escena con una sonrisa. Llevaba un ramo de rosas. Cuando las chicas lo vieron, se apresuraron en despedirse.

—Cena en mi casa en cuanto salgas, para celebrar el amor.

Los planes de Priscilla arrastraron a las demás fuera de la habitación, entre frases de despedida, besos y abrazos interminables.

—Conque despierta para tus amigas y dormida para mí, ¿eh? Eres muy mala, señorita.

—No seas malo tú y ven aquí. Quiero un abracito…

Adrien dejó las flores sobre la mesa, vio *Apágame* y la enarboló.

—No debería. ¿Tan importante es esta novela? ¿No hay más ejemplares? —No era una regañina.

—No espero que nadie lo comprenda, pero esta novela cambió mi vida; mis notas están dentro. Anotaciones de mis propios sentimientos y sucesos. No podía perderla…

Adrien devolvió la novela a su lugar, se sentó en el borde de la cama y abrazó a su amada.

—Y yo no podía perderte a ti, vida mía. Me hubiera vuelto loco. —La besó en la boca.

Un golpecito en la puerta los separó. Era el médico.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días, doctor —saludaron ambos a la vez.

—Todas las pruebas han salido bien. No hay nada de que preocuparse. En un par de días volverá a casa.

—Gracias, doctor —respondió Suzanne.

El hombre llevaba un sobre en la mano, sacó el contenido y lo extendió ante la pareja. Adrien y Suzanne lo miraron perplejos, se miraron el uno al otro y volvieron a mirarlo a él con la boca abierta:

—El bebé no ha sufrido daños. Está perfectamente. Serán papás en otoño —sonrió satisfecho.

Suzanne y Adrien sostuvieron el acordeón de ecografías, cada uno por un extremo, sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Se fundieron en un abrazo y lloraron. El médico se fue sin perder la sonrisa.

—Por el amor de Dios, Adrien, ¿qué has hecho?

—Por el amor de Dios, Suzanne, ¿qué has hecho?

Adrien la besó en la frente, en las cejas, en los ojos, en la nariz, en las mejillas, en la barbilla, en los labios…

—¿Qué me has hecho, Adrien…?

—¿Qué me has hecho, Suzanne…? —Volvió a besarla.

Posaron las manos sobre el vientre de ella.

—¿Qué hemos hecho? —dijeron en el *summum* del júbilo. Adrien se acomodó en la cama, rodeó a Suzanne con su enorme brazo, y ella, diminuta e inmensamente feliz, apoyó la cabeza en su torso. Ambas respiraciones se acompasaron como una sola.

—Apágame la luz —murmuró Suzanne.

Adrien estiró el brazo libre, la luz se apagó y la habitación quedó en penumbra.

* * *

La penumbra de la habitación aportaba el sosiego necesario al espíritu de lady Bickford, antes señora Tremaine y antes Scarlett Philips, y mucho antes de eso, Scarlett Turner. Le gustaba recogerse en aquella parte del ala oeste de Longfield House, donde no se transitaba demasiado y podía estar a salvo de las miradas del servicio.

Con el tiempo, yo me convertí en mucho más que su doncella, dama de compañía o amiga. Fui para ella lo más cercano a una hermana, incluso una madre. Mildred Forrest siempre a su lado, contra viento y marea. También para mí, ella era hermana y madre, también ella me defendió como una fiera de todo mal, y sus consejos y cuidados supusieron mi bienestar.

Por esta razón escribo la última página de su diario. Lo decidí en el barco que nos traía de vuelta a Inglaterra, tras la tragedia, cuando ella sólo quería morirse. Me ordenó tirarlo por la borda, pero yo mentí y me lo guardé. Ella lo cree desaparecido desde entonces. Y prefiero que así lo siga creyendo. Su sosiego es lo más importante para mí. Hay un lugar que custodiará para siempre este cuaderno, cuando su última línea haya sido redactada: la piedra de un muro de esta habitación de la penumbra lo sellará durante toda la eternidad. Será entre sus frías piedras donde reposarán los fantasmas que habrán de habitar esta casa encantada, donde sólo el silencio y los siglos les permitirán revivir su historia una y otra vez para apagar sus gritos.

No siempre gritos de dolor, por más angustias y tormentos que se hayan sufrido. También son gritos de alborozo y alegría, de final de acto glorioso.

Como el día en que Scarlett recibió la mayor impresión de su vida, a causa de una visita inesperada. Se hallaba en el cenador, uno de sus lugares preferidos, ocupada en un bello bordado. Los niños se perseguían en el jardín, habían crecido mucho en los últimos meses, medio año desde el regreso. Vio a lo lejos, una figura recortada en el horizonte del páramo. Se acercaba. Le pareció advertir un ligero cojeo, el viento despeinaba sus largos cabellos. Por un instante quiso creer que se trataba de Merryn, pero no, el amor, la añoranza y la melancolía le jugaban una mala pasada, él había perecido en el incendio de la plantación, tratando de salvar a los jornaleros. Algunos quedaron atrapados y resultó imposible. Otros se salvaron, en efecto, pero a cambio él dio su vida.

Seguramente sería Bracknell; la visitaba demasiado, resultaba agotador. A pesar de no haberse insinuado jamás, parecían claras sus intenciones. Perdía el tiempo, ella jamás le aceptaría, ni a ningún otro de entre los que mostraban un especial interés. Siguió atenta a su bordado, oyó un conato de pelea entre Coburn y Earp, dejó la labor, se levantó con cara seria y gesto firme y les echó una regañina. Los niños, ya calmados, se disculparon y siguieron con sus juegos. Ripley, la niñera, se los llevó a merendar y desaparecieron en la casa.

Antes de que pudiese tomar asiento de nuevo, Scarlett sintió la fuerza de unos brazos rodeándole la cintura por detrás. Por una fracción de segundo, sólo durante una fracción de segundo, fue presa del pánico, creyéndose atacada. Pero aquella calidez acompañada del aroma inolvidable le resultaba demasiado familiar. Su corazón se detuvo, la sangre, la respiración y la vida, también…

Y sin tiempo que pudiera detenerla, se volvió hacia el hombre que la sujetaba. Los ojos de ambos se encontraron, entraron en el otro, la vida regresó a sus corazones y éstos volvieron a latir. Ya nada los separaría nunca. Sus labios se unieron en un beso profundo y hermoso, hasta hacer brotar las lágrimas tanto tiempo reprimidas.

Aunque el capitán Tremaine nunca murió en el incendio, se lo dio por fallecido. Un terrible golpe lo dejó malherido, tiznado y harapiento. Lo confundieron con otros cuerpos y fue apilado en el terrible montón de la morgue de Petersburg. Cuando vieron que tenía pulso, lo trasladaron al hospital, nadie conocía su identidad y él no tenía conciencia. A Scarlett le notificaron su muerte debido a este lamentable error y todo sucedió sin que él pudiese demostrar lo contrario.

Una nueva odisea aguardaba al capitán Tremaine, recuperar su conciencia, su cuerpo y su vida, pero salió victorioso y pudo ir en busca de su amada.

En Pendleton ya nadie recordaba ningún escándalo, sólo les importaba que lord Bickford era un hombre bueno, que trataba bien a sus arrendatarios y mineros y que la prosperidad recorría el páramo.

Tan sólo sucede algo perturbador para el buen ánimo de lady Bickford. Muy de vez en cuando. Aquellos sueños en los que ve a otra mujer devorar páginas y más páginas. Cuando esto ocurre, siempre se despierta con un grito de angustia y su esposo la abraza y la consuela, pero por la mañana acude a mí y me lo confía. Yo siempre le digo lo mismo:

—Son los fantasmas que llaman a su puerta, señora. No abra. Sea fuerte. Sólo así se apagarán sus voces y ya no regresarán. Un día así será.

Y así, al fin, el día de apagar esos gritos ha llegado. Paso la última página. Cierro la cubierta. El libro será guardado.

Vilanova, 3 de noviembre de 2019

Agradecimientos

Dedico especiales agradecimientos a personas muy importantes para mí, porque nuestros corazones laten al unísono en muchos momentos y su complicidad y cariño me dan la energía suficiente para transitar feliz por esta senda de sueños. ¡¡¡Gracias con todo mi cariño!!!

A mi familia:

Jofre, Míriam, Enver, Cèdric, Joel, Frida, Lennon, Ginny. Por hacerme *coaching* ilimitado, soportarme y quererme tanto. ¡Os amo!

A mi editora, Esther Escoriza, por creer en mí. Hacedora de sueños y hechizos. Tejedora infatigable de caminos fantásticos. ¡Gracias infinitas!

A los Books Wings, Ainhoa, Maty, Miguel Ángel, Paris, Tanya y la pequeña Wings. Por las risas, por los cafés, por el cariño, por la amistad y por encerrarme en el Condado Wings.

A Luis, el padrino. Ese poeta que toca las estrellas con los dedos. Por las bellas palabras y la amistad disueltas en el café y que alimentan el alma.

A Patricia D, por la brujería acuática, los jalapeños y los cócteles que nos lanzan al universo y más allá.

A Elisenda y Emi, por ser tan buenas amigas y compinches de risas y letras.

A las chicas Zafiro, mis compañeras, ¡sois la bomba!

A Olga, por el micro, los uniformes, las risas y los kilómetros de confidencias y buenas charlas.

A Cecilia, Karina, Patricia M por ese apoyo incondicional.

A Carmela, Rosario, Reme, Mencía y Helena, por el gran cariño y por estar siempre ahí.

A Pili, Manolo y Angie, por todo lo que compartimos, nos une y nos hace felices.

A Mari Carmen, Pep y Josep Maria, por la radio, el Rock, lo negro, las risas y las interminables conversaciones.

Y ahora el casting. No fueron consultados, pero algunos de mis amigos han interpretado personajes de esta novela, y si se hiciese la versión cinematográfica, deberían actuar en la película. Soy incapaz de imaginar a esos personajes de otra manera y ellos lo han hecho

de Óscar. Cuando os veáis, pensaréis igual que yo. En cualquier caso, es un homenaje a vosotros con todo mi cariño y amor. Al menos merezco que me invitéis a una copa…

Por orden de aparición:

Tabitha Waters: Tanya M.

Miranda: Maite LR.

Morgan: Maty E.

Evelyn: Emi H.

Merit: Minerva F.

Audrey Chambers: Ainhoa SG.

Larry: Luis E.

Elle: Elisenda F.

Priscilla Lombard: Paris YG.

Merton Shelley: Miguel Ángel G.

Opal Warrior: Olga C.

Emmaline Edouble: Esther E.

Penélope: Patrícia D.

Carmel: Carmela Q.

Rose: Rosario R.

Remi: Reme L.

Marcia: Mencía Y.

Helen: Elena N.

Los Devil With You: Mari Carmen S. Pep A. y Josep Maria A.

Nota:

La anécdota de la galleta en el club de lectura es absolutamente cierta. Sólo cambia que fue un trozo de pizza en un congreso.

Biografía

Úna Fingal nació en Lleida en octubre de 1964.

En la actualidad vive en una ciudad costera cercana a Barcelona. Amante de la lectura y los animales, su primer cuento lo escribió a los seis años, a los siete, montaba obras teatrales con cajas de zapatos, muñecas y vestuarios de papel. La fantasía ha sido siempre su lugar preferido para refugiarse. De formación audiovisual, inició su trayectoria como creadora escénica y actriz, sin dejar de escribir novelas y relatos. Es esposa, madre y abuela orgullosa y enamorada de su familia. Sus dos gatos son su locura de amor. Música aficionada y aikidoka principiante.

En 2011 lo dejó todo para dedicarse en exclusiva a la producción literaria.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

www.unafingal.com

Referencias a las canciones

Can't Help Falling in Love with You, ℗ 2010 Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por Elvis Presley. *(N. de la e.)*

Love Me Tender, © 2012 Duke Marketing Ltd., interpretada por Elvis Presley. *(N. de la e.)*

Psycho Killer, ℗ © 1977 & 2005 Sire Records Company, interpretada por Talking Heads. *(N. de la e.)*

Apágame
Úna Fingal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Úna Fingal, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-08-22225-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta